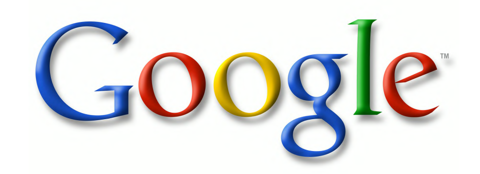
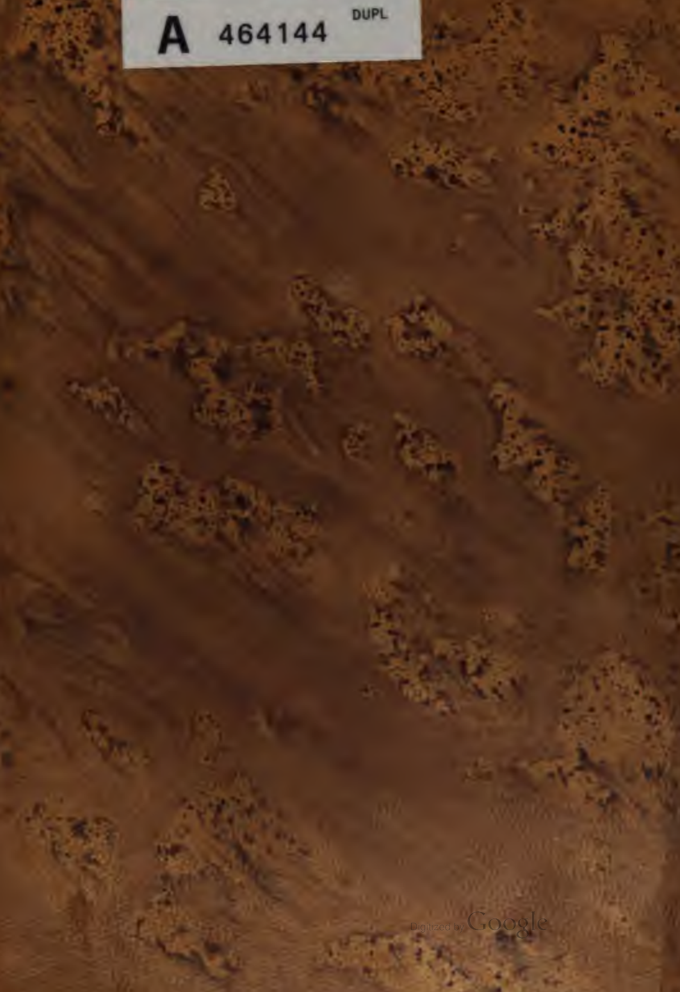
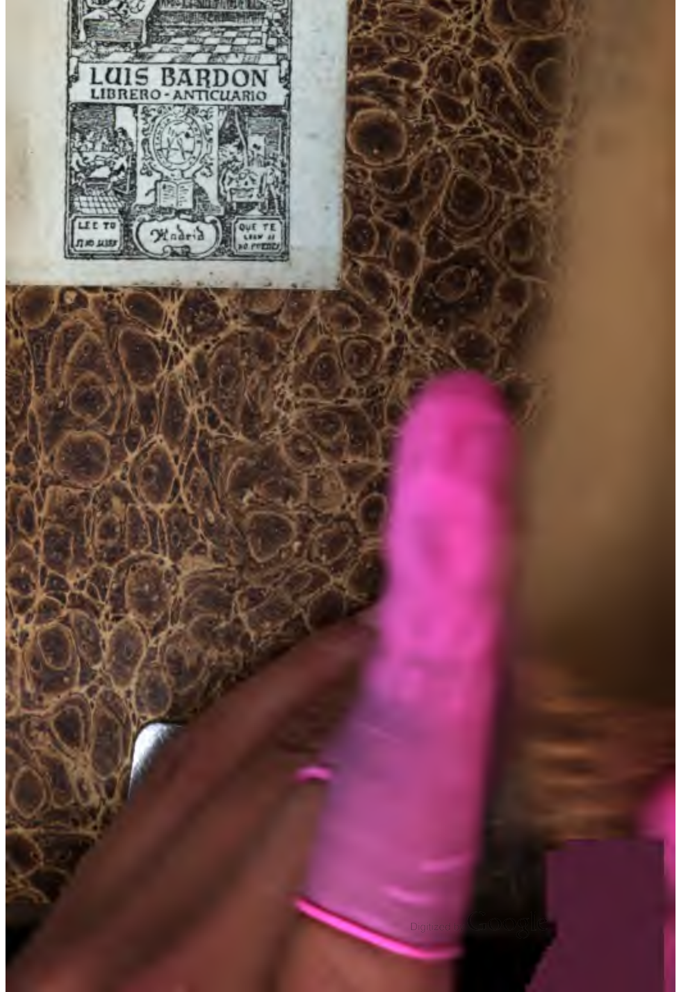



A 464144 DUPL
Digitized by Google


LUIS BARDON
LIBRERO - ANTICUARIO
LEE TU
Madrid
QUE TE
Digitized by Google

ORAS

N A.

O R

CASTRO

PUBLICA

D. S.

IMERO.

LAS AURORAS

DE DIANA.

SU AUTOR

D. PEDRO DE ÇASTRO

Y AÑAYA.

LAS REIMPRIME Y PUBLICA

D. A. V. D. S.

TOMO PRIMERO.

MADRID MDCCCVI.
En la Imprenta de la calle de Relatores.
Con las licencias necesarias.

PROLOGO DEL EDITOR.

Esta obra fue impresa la primara vez en Málaga en 1640, y despues se hicieron varias ediciones, teniendo todas singular aceptacion del público por lo singular de su mérito. Su mayor recomendacion es su leccion. El literato hallará en ella novedad y deleyte, y el que no lo sea instruccion sin molestia, y gusto con provecho. Su estilo elegante guarda toda la pureza de nuestro idioma, así en la prosa, como en los versos; cuyos conceptos, fluidez y dulzura, acreditan á su autor Don Pedro de Castro y Añaya de uno de los mejores poetas de su tiempo. En los elogios que de su obra hicieron los mas famosos ingenios de él, gradúan el suyo de superior. El Licenciado Villayzan, uno de los

mejores Jurisconsultos y Poetas de aquel siglo, le aplaude así:

Sol y Apolo, una persona
Son, tan de sí misma ocaso,
Que ni es Sol en el Parnaso,
Ni Apolo para su zona.
Esta Aurora te corona
De Apolo y Sol; porque solo
En tu poético Polo
Le enseñas, Sol Español,
Que sepa lucirse Sol,
Sin deponerse de Apolo.

El Doctor Juan Perez de Montalvan le elogia en estos términos:

Castro, en sus primeras horas,
Vuestro escribir Español,
Como amanece de Sol,
Debió amanecer Auroras.
Proseguid vuestras mejoras

Vos solo, que en la osadia
De amanecer tan de dia
Vuestro luciente decir,
No podrá el Sol proseguir
De esta Aurora el medio dia.

Don Pedro Calderon y Riaño dixo en su obsequio:

Estos útiles verdores,
Lisonja á tu diversion,
Parto de tu ingenioso son,
Que ofrecé el fruto en las flores:
Ya los espera mayores
España; pues en las horas
Primeras que el alba doras,
De un ocio al leve sudor
Responde el fruto en la flor,
Y lleva por fruto auroras.

Don Alonso Pelaez Tamayo, su amigo, le celebró con esta décima.

De Diana el arrebol
Nunca se vió que alumbrase,
Sino la comunicase
Sus mismos rayos el sol:
Y pues tú, Febo Español,
Alumbras noche y mañana,
Con evidencia se allana
La consecuencia en que pruebo
Que son Auroras de Febo
Las Auroras de Diana.

El Doctor Diego Luis Nieto le alaba de este modo:

Esposa de Memnon, que mansamente
Por el rosado oriente
Sales vertiendo perlas,
Que codicioso el sol viene á cogerlas:

Olvida de sus luces el decoro,
Pues con términos de oro,
Y esfera soberana
Te hermosean los rayos de Diana.
Presta esplendor al coro luminoso
El sol bello y hermoso;
Pero tus luces bellas
Al sol prestarán luz y á las estrellas.
De un ruiseñor la dulce melodía
Anima su armonia
Con voces tan sonoras,
Que dilata tu aurora á mas auroras.
Tanto en ramos de amor entretenido
Con canto tan lucido
Á Diana se ofrece,
Que en sus tiernas auroras resplandece.
Auroras son á cuya luz suave
No sigue el dia grave,
Que en tan dulces auroras,
Ni corre tiempo, ni se pasan horas.

Y el Licenciado Nicolas Davila con estas redondillas:

Bañe su vivo alabastro
En tu Aganipe, Diana,
Que no su culto profana
Lo que hay de Caistro á Castro.

Canta en las purpureas horas,
Cisne, en tu puro candor,
Ó el mas claro ruiseñor,
Aun mas dulce en las auroras.

De tu Euterpe soberana
La cándida locucion,
Por ser casta, con razon,
La consagras á Diana.

Y así en tu espíritu infusas
Quando en tu ingenio las doras,
Serán siempre las auroras
Gratísimas á las Musas.

Ostente tu ilustre Genio
Vigilias del tiempo avaras,

Si en las auroras mas claras
Tienes tan despierto ingenio.
Vivirán eternizadas,
Pues eres tambien Apolo,
Si se miran por tí solo
De dos soles animadas.
En eterna primavera,
La aurora entre sus albores,
Verá de tu ingenio flores
En las hojas que venera.
El mismo asunto adivina
Que á luz saldran felizmente,
Que á tu concepto elocuente
Tambien Diana es Lucina.

Pero lo que sobre todo hizo mas honor entonces á su nombre, y á su buena memoria hoy, fue, y es, la aprobacion que puso á esta obra Lope de Vega Carpio, diciendo lo siguiente:

Estas Auroras, en que amanece el ingenio de Don Pedro de Castro Añaya, su autor, que por comision de V.A. he visto, tan alegre han hecho el campo de sus discursos, que quien se entretuviere en su leccion podrá coger muchas flores de sus elegantes versos, y no pequeño fruto de sus estudios poéticos, con quien compite la prosa, que es tambien poesia, á imitacion de Heliodoro y Barclayo, y no de menos artificio y erudicion. Puede V. A. premiarle con la licencia que pide, que á la pública luz se verá mejor lo que merece quien deleytando enseña, &c.

Estas circunstancias, lo celebrada que fue siempre esta obra, el rápido despacho de sus muchas ediciones, lo rara que se ha hecho, y el deseo que

tienen los que su mérito conocen de su reimpresion, nos ha movido á hacer esta, creyendo será tan bien recibida del público. como lo fue en las anteriores. Vale.

LAS AURORAS DE DIANA.

Diana se trasladaba á un esquife por la puerta del jardin de un ilustre palacio, á quien el Pó, con sumision undosa, besa el muro que le ciñe, sirviéndole unas veces de cava de cristal, y otras de espejo de esmeralda. Sus damas y los caballeros de palacio la seguian en diferentes barcos. Melancolias de Diana, efectos de la convalecencia de una enfermedad ó accidente que sigue á las Mages-

tades, la obligaban á pasar el rio hasta la florida amenidad de una quinta que fabricada en el desembarazo de una isla, la sirve de corona de flores, á quien el mismo rio la paga esta lisonja con hacerla Narciso de sus ondas, honra de su margen, y dueño hermoso de su ribera.

Era la estacion mas templada y deleytosa del año. Ostentaba la primavera la hermosura de su ornato, y el buen gusto de su ingenio en las fecundas galas de los campos, en el adorno de las plantas, y en la ostentacion de las flores, que estrenando nueva alma, se hacian á los ojos mas hermosas, mas codiciadas de las manos, y mas apetecidas del olfato: el cielo se mostraba sereno, el zefiro respiraba suave, todo ocasionaba gus-

to, desafiando al campo la mayor tristeza; y solo la de Diana (por suya, ó por entendida) no se fiaba de las comunes lisonjas de aquellos verdes distritos de Flora; y Nise (única beldad de su Corte, y dama de tan aventajadas partes, que mereció su privanza) acusaba en lo superior de su ingenio y grandeza el dexarse tan sin resistencia vencer de sus melancolias, quando los músicos de palacio, formando (por divertirla) dulcísimo coro en un barco, y tomando los instrumentos (que ya traian templados) rompieron de esta suerte el silencio con agradables voces.

Venid á llorar con Tirsi,
si sabeis de amor, Pastores,
quejoso amante ofendido,
dichoso Serrano pobre.

No han logrado con sus ojos
una lisonja las noches,
porque no hay ojos dormidos
si hay sentimientos que lloren.
Que fino galan se queja
de los desdenes de Cloris,
dulce inquietud de la playa,
hermosa traycion del bosque.
Ingratísima Serrana,
casta Cintia, tierna Doris,
tan poco atenta á cuidados,
que aun los suyos no conoce.
Víctima es de su desprecio,
aunque su albergue coronen
quanta escama escarcha el mar,
quanta planta el ayre rompe.
Quando asoma entre esas peñas,
la aclama en conchas y albogues
todo el vulgo de las ondas,
todo el gremio de los montes.

Ni en el soto, ni en la playa
conquistaron sus favores,
Pescador Narciso sea,
ó sea Zagal Adonis.
Del prado escollo de nieve,
del golfo risco de flores,
de fuego quejas escucha,
de incendios lágrimas oye.
Este imposible de rayos,
á tanto mérito noble,
es un veneno con alma:
de Tirsi aprended, Pastores.

Sucedió á la consonancia de la música confuso estruendo de voces y estallidos de hondas, á quien respondia en temerosos ecos el silencio de aquella soledad. Volvieron todos la vista á la ribera, y vieron un mancebo, que nadando veloz rompia el cristalino

no estorbo de las ondas. A un mismo tiempo nadaba, y haciendo escudo el cristal, se defendia de las piedras que de la ribera le tiraba robusta esquadra de Serranos, y de otros, que haciendo alas los remos, le seguian en dos barcos, deseosos de alcanzarle. Acudieron los criados de Diana á favorecer su afliccion, sirviendo de sagrado al uno, y de freno á los otros. Subieronle compasivos al barco, y conociendo que era un caballero de Mantua, llamado Alexandro, creció mas la admiracion de verle descompuesto y en el lance tan ageno de su nobleza. Cesar, valido de Diana, y amigo fiel de Alexandro, retirándole á un lado, porque no lo viese con aquel desaseo, la informó de quien era, y haciendo abordar los

barcos de los Serranos (que tambien eran criados de Diana, y guardas de aquel bosque) les mandó que dixesen la ocasion de perseguir á Alexandro; y respondiendo el mas despejado, dixo así: Aquella hermosa quinta, aquella digo casa de campo del Alba, que levantándose en bizarro edificio preside, á pesar de la selva, á las demas que en poblacion vistosa coronan la amenidad de ese valle, es recreacion de Alexandro y registro de quantas flores inventó el ingenio de Flora. Alexandro, pues, nuevo esposo de Cintia, dama en quien la naturaleza dexó sin falta lo hermoso, y sin competencia lo entendido, quiso gozar en los ocios del campo la dulce posesion de su hermosura. Vino Cintia á la Aldea, y con ella Porcia, una dama

su amiga, de igual edad y belleza. En viéndose Alexandro en el monte, se mostró tan fino galan de su esposa, que en continuo afan de servirla, no perdonaba regalo que no inquietase, ni elemento en que no la tributase lo mas precioso de su jurisdiccion. Tal vez salian al campo, y cortejados de festivo concurso de zagales (rústicos ciudadanos del valle) escarchaban en ligeros barcos la bruñida plata del rio, que lisonjero con la golosina de su buen gusto, les ofrecia abundante pesca á la red y al anzuelo. Tal vez ciñendo poca selva, conducian al paso de Cintia y Porcia los conejos, muriendo con facil golpe á su mano; y tal vez divertidos y alegres, tiraban al vuelo á las aves; y cortesanos en el trato de la Aldea, se

comunicaban afables con la zagaleja mas boba ; y mas Cintia ; que feriando al sayuelo de serrana el trage de señora , era hermosa reyna de estas selvas. Asi Cintia y Alexandro se gozaban amantes , y no esposos , hasta que anoche impensado suceso turbó la paz de esta dicha. Extraña condicion de un mal que llega apriesa , negarse en los indicios de temido , y esconder el amago por herir con mas pena , desarmando al sentimiento las prevenciones de esperado. Anoche , pues , no pocos pasos habian dado las sombras , quando sentimos unas voces lamentables y unos suspiros tristes , que aumentaban horror al silencio del campo. Nuestra confusion fue mucha , porque creciendo con mas esfuerzo las voces , no acertaban nuestros juicios jul-

cios con la triste ocasion que los derramaba al viento. Salimos todos al valle, y percibiendo determinadamente que el ruido era en la quinta de Alexandro, acudimos á ella embarazados con nuevo sobresalto. Las puertas estaban patentes, y la familia en tráfago confuso discurria llorando de unas partes á otras, llamando con tristes voces á Cintia, á quien decian que Alexandro habia muerto, escondiendo el cadaver, porque no sirviese de testigo contra la traicion de sus iras (que una muerta hermosura encarece el delito, y mueve mas con la belleza que con la muerte). No fue sola la de Cintia, tambien la de Porcia y Alfredo, su primo, habia executado Alexandro. Alfredo, pues, mancebo de amables

prendas, yacia bañado en su sangre, infelices años y juventud mal lograda; y en otra estancia la desdichada beldad de Porcia ocupaban un estrado, desangrándose en copiosos arroyos. Algo de vida le quedaba á Porcia en su muerte, aunque tan poca, que flacamente se declaraba en el pulso, y mas era lo que vivia un no acabar de morir, que vivir lo que duraba con ella. Al fin, nada contenia el confuso palacio que no moviese á lástima el mayor esfuerzo del ánimo; y como la piedad no vive tan desbortes en lo rústico que no se precie de compasiva, confieso á V. A. que nos movió á tiernas lágrimas, y á enviar aviso del suceso á Octavio padre de Porcia y tio de Alfredo, y á Carlos, hermano de Cintia, porque

su amor acudiese con mas diligencia, que nuestra piedad, en un monte, no pudo aplicarla mas medicamentos que aumentar con sangre de los ojos (heridos del dolor) la suya, vertida por tantas bocas, que movia á blandas piedades al peñasco mas duro, que á resistir inclemencias se puso en campo contra las porfias del tiempo. Yo, como criado de V. A., y guarda de estos distritos, dividiendo en dos tropas mis compañeros, salimos por la campaña á buscar á Alexandro, sin dexar peña que nuestra solicitud no registrase, ni arbol, que haciéndole verde testigo no exâminase nuestro cuidado. El Alba daba ya tiernas voces en las aves, por despertas con lisonjas á las fatigas del dia, quando un labrador me dió aviso de que Ale-

sandro estaba oculto en una casa de campo la mas vecina al rio. Cercamos luego la quinta, y Alexandro, conociendo el peligro (¡desesperado valor!) se arrojó al campo por una ventana, tan ayudado de la dicha (harto fue que la tuviese un esfuerzo), que sin recibir algun daño, fió de los pies la vida, que no pudiera defender con las manos. Seguimos su fuga solo con intento de prenderle; si bien la cólera de algunos serranos, mal reportada de mis voces, y peor corregida de mis ruegos, le ofendia con piedras, y le injuriaba con palabras, que hieren con mayor sentimiento en quien vive mas de su honra que de su vida. Alexandro viendo que quando mas resguardos intentaba en su huida, los empeñaba en mayores riesgos su cansan-

cio, se arrojó al rio, nadando tan velozmente, que como si fuera vecino de aquel elemento parece que corria por las aguas el que primero volaba por los riscos. Al fin, burlando nuestro deseo, halló la piedad y el castigo en la justicia y grandeza de V. A.

No pudo callar toda la entereza de Diana, dos diferentes afectos que se la encontraron en el semblante: Piadosa la pedian las desdichas de Cintia, y severa la llamaban los atrevimientos de Alexandro. Pusola en paz su prudencia; y aunque se enterneció por compasiva, no se dexó vencer por señora; y dando lugar á lo severo, volvió adentro las lágrimas, que se le rebelaban al sufrimiento, mandando á Cesar que tuviese en prision á Alexandro en una torre de la quin-

ta, y á Valerio que fuese luego en un barco á averiguar la verdad del suceso.

Llegó Diana á la quinta, donde se quedó aquellos dias de primavera, por ver si la soledad de sus flores (donde solo pusieron el pie los Abriles, y la curiosidad los Mayos) acertaban á divertir su accidente.

Nació Diana hija heredera de Carlos, Duque de Mántua, que ya pagaba á la mortalidad el pecho que el nacer impuso aun á las coronas y cetros; y de tan peregrina beldad, que por único exceso de la naturaleza, ya copiada de los mas animosos pinceles, ya aclamada de las mas cultas plumas de Italia, era admiracion de Europa, y alta empresa de muchos Principes que pretendian su casamiento, y ha-

llábase embarazada entre las esperanzas de tantos amantes, y las seberidades de su condicion con los hombres. Sentia discretamente que habia de llegar á ser agena, y que aunque le debiese á su estrella el acierto de su eleccion, quedaba en duda si estaba mas obligada á lo grande de su fortuna, ó á lo superior de su belleza. En este estado vivia Diana con sus pensamientos, no solo melancólica, pero fatigada de un accidente que obligó á sus Médicos á suplicarla que usando la confeccion del acero, saliese á hacer exercicio al campo aquellas mañanas que tan alegres dedicaba Abril á S. A. Obedeció Diana, deseosa de su salud, y determinó dar luego principio á su medicina, porque se lograse el cuidado y esperanza de

sus vasallos. Y Celauro, como mas atento á su servicio, oy que pretendia obligarla, porque le honrase con la hermosura de Nise, deseoso de divertirla con algun entretenimiento quando volviese del exercicio del campo, dividió alternativamente algunas de las nueve Auroras que habia de durar su fatiga, entre los Caballeros de Palacio, para que el dia que les tocase, estuviese á su cuidado y disposicion el servirla con alguna fiesta digna de su buen gusto. A Celauro, Secretario de Diana, y Caballero de aventajado ingenio, hicieron dueño de la primera Aurora. Cesar, que discreto y gallardo escribia acertados versos, dió á su cuidado la segunda. La tercera cupo á Celio, que discurria con admirable claridad y afecto.

Federico eligió la quarta, sugeto en quien se lograron los extremos del natural y del arte: Á Lisardo, á cuya voz se trasladó la dulzura y suavidad del Orfeo, tocó la compostura de las letras y tonos que se habian de cantar. Á Lauro, Lucindo, Roselo, Fabio y Camilo, y otros caballeros de palacio, se repartieron muchos géneros de poesia á diversos asuntos de páxaros, fuentes, árboles y flores, y todas las demas curiosidades del campo, que sirven de ornato y galantería á las Auroras, y doce sonetos á la rosa, por ser el primer hermoso parto del Alba, y la primogénita de las flores, con facultad de que pudiesen referir las prosas y versos que tuviesen hechos, y fuesen mas á propósito al decóro que pide la severidad

de Palacio, porque lo mas festivo de estas diversiones consistiese en variedad de poesias, por ser este exercicio del gusto de Diana, que hacia versos tan hidalgos, y de tan buen ayre, como si naciera para escribirlos, y sabia la poética con tanta perfeccion, que pudiera dar preceptos al arte.

Contiene esta casa de recreacion, ó isleño Aranjuez de Diana, un jardin, corte de las flores, y ramillete que la primavera conserva en los cristales del rio; cuya amenidad y hermosura parece que estrenó la naturaleza, y no dexó que hacer al deseo, ni que añadir al arte: tan galan en lo florido de sus quadros, en la copia y escultura de sus fuentes, y en la curiosidad de los lazos y molduras de yervas, que pue-

diera preciarse por lindo de tener á Diana por reyna de sus flores, y ser lisonja de sus cuidados. Este fecundo desprecio de los jardines de Adonis sirve de estrado á lo magestuoso de un salon, por cuyas ventanas se introducen los jazmines, ambiciosos de gozar su hermosura y de servir de estrellas de nieve en aquel artificioso firmamento de flores. Adornóse esta pieza de ricas tapicerias y pinturas, donde se compitieron el poder y el ingenio, y levantóse en ella un teatro que servia de basa á un edificio de orden Dorico, que coronado de galerias y capiteles de azul y oro, se levantaba eminente por los dos ángulos del tablado, y por quatro puertas daba paso al teatro, que servia de prado á lo florido de una selva, y á

lo sublime de una montaña, tan bien imitado lo ameno y verde de la una, como el ceño y proceridad de la otra. El claro de las puertas del edificio se dedicó para que la música se dividiese en ella en quatro coros, á imitacion del odeo de los teatros antiguos; el tablado habia de servir de scena para la representacion, y de orquestra para la danza y bayle. Enfrente se levantaba un trono que coronaba un dosel de encarnado y oro, y habia de ser esfera de la beldad de Diana. Á un lado y otro de la sala se pusieron estrados para las Damas, y asientos para los Caballeros de palacio.

AURORA PRIMERA.

Ya comenzaban á pestañear los resplandores, y el alba corría al lecho del sol las purpureas cortinas, quando la hermosa Diana salió á hacer exercicio al campo, tan ayrosa, y tan linda, que muchas flores la tuvieron por deydad de sus prados. No habia verde planta que no la galantease, ni valle ameno que no fuese un epígrama en alabanza y honor de su belleza, adornado de floridos conceptos. Era su trage vaquerillo entero de

flores de oro, sobre lama noguerada, pasamanos y alamares de ojuela, y botones de diamantes; y todo tan rico, y bello, que pudo ser del gusto de Diana. Celauro y Cesar la servian de braceros, y los demas Caballeros la acompañaban delante. Fatigóse á pocos pasos, y quando ya el cansancio la desmayaba las tiernas flores de su hermosura, la volvieron en silla al palacio. Descansó en el lecho un rato, y mas aliviada y bella salió con sus damas á la sala del Jardin, y ocupando su estrado, y todos sus asientos, dió sonoro principio á la fiesta un coro de música, cuya dulce armonia suspendiendo los ánimos se oyó así:

Jacinta en el Aldegüela,
si no he de mentir, Zagales,
para sol es muy deydad,
para serrana es muy angel.
Yo la vi, pastores mios,
salir al soto ayer tarde,
muy de la corte el sayuelo,
muy de palacio el donayre.
Mentiras son con lo lindo
de su aseo y de su talle
las flores mas bien prendidas
de los Mayos mas galanes.
En viendola, dixo Tirsi,
de sus ojos celestiales,
que lo menos de señores
es lo que tienen de grandes.
Tampoco atenta con ellos
vive Jacinta en el valle,
que aun no le debe Fileno
el cuidado de mirarle.

Mas no podrá su desden
quitar al serrano amante
los méritos de sufrirle,
ni los aciertos de amarle.
Si Jacinta es serafin,
¿cómo se niega á piedades?
Si es deydad, ¿cómo es ingrata?
¿Cómo es esquiva si es angel?
Todo falta á su desprecio,
todo á su descuido yace:
si queréis morir con dicha,
venid á verla, Zagales.

Cesó la música, y por lo sublime del monte apareció la aurora, y por una selva salió la primavera, que las representaban dos damas, de pocos años, y de mucha hermosura. La aurora, vestida de lama de plata encarnada, y el manto azul, sembrado

de perlas, y pedazos de nubes perfiladas de rosicler y oro, y la hermosa madre de Abril con basquiña y vaquerillo de raso de oro verde, y matizado el manto de quantas flores pudieron acreditarla de primavera, y las dos coronadas de quantas plumas pudieran hacerlas lucientes aves de Juno. Baxó la aurora al teatro, y las dos recitaron una égloga, en que la primavera agradecia á Diana que hubiese elegido uno de sus floridos meses para ser ligera athlenta de sus prados; y la aurora se mostraba desvanecida porque madrugase con ella al campo á dexarse copiar de sus flores. Dixeron estos versos con tan buen ayre, con tan viva imitacion, que pasaron por milagro tan bien sentidos afectos, tan bien afectados sentimien-

tos. Retiraronse por la selva, y volvió otra vez á divertir la música.

Tocó á Cesar entretener con una novela, que no excediese los breves términos de media hora; y deseoso de divertir á Diana, y de interceder por Alexandro su amigo, informándola de su historia, gozó de la ocasion, y hermoseando el suceso con los adornos del arte, y el dulce estilo de su natural viveza, hizo la verdad fábula, gusto y entretenimiento lo que pudiera ser enfado; y antes que la diese principio, Celauro y Federico, poniendo al primer silencio, hicieron exôrdio estos versos.

Celauro á un escultor, que copió vivamente en un marmol la ingratitud hermosa de Lisis, dixo así.

SONETO.

Copiaste en marmol la mayor belleza,
O Lauro, y tanto á Lisis parecida,
Que de las dos es una ya la vida,
Y de las dos es una la dureza.

Sola á Lisis formó naturaleza,
Y tú nos diste á Lisis repetida;
Lisi ó la estatua en ella convertida,
¿Qual de las dos se debe á tu destreza?

No fue el impulso, no, de la escultura,
Que en el marmol viviente y sucesivo
Lisis quedase de morir agena;

Arbitrio fue de amor, que hermosa y dura
Formó otra Lisis, porque en marmol vivo
Viva inmortal la causa de mi pena.

Federico mirando á Cloris, misterioso en la modestia de los ojos, y dulce en la claridad de estos versos, dixo:

SILVA.

Dulce enemiga amada,
Que fuiste por ingrata, y por hermosa
Cándido exemplo de la nieve elada,
Purpureo documento de la rosa;
Estudia en este lúbrico arroyuelo;
Cuyo margen fue corte de las flores,
Preceptos de ternezas y de amores.
Este, que travesura fue del prado,
Ya Narciso arroyuelo,
Que en flor el Austro lo mudó de yelo:
Este que en sus entrañas se desata
En cristal derretido,
Aretusa de plata,
Que parece carambano dormido,

De amores arde en nieve,
Secreta llama, que hasta el mar le mueve,
A Doris ama hermosa,
Ninfa del prado, de las aguas rosa:
A Doris, blanca estrella,
Aurora de las ondas la mas bella.
Mudo la solicita, y corre ufano
A decirla su amor al oceano:
Que solo (ó Clori) al arroyuelo tierno
La superficie entorpeció el invierno.
Diré, enemiga Clori,
Que la nieve te enseña
A dexar de ser nieve y á ser peña;
Diré, Clori enemiga,
(Si lo diré) que un arroyuelo quiso
Amar á Doris, y parecer Narciso:
Porque aprendieses de la nieve elada
(¡Ay Clori!) á ser amante, y ser amada.

Luego Cesar con despejada modestia comenzó de esta suerte.

Libres años los de la edad primera, y verdores mal corregidos de muchos; pero tan bien emendados en la madura juventud de Alexandro, que en su cordura madrugaron anticipadas las canas, y con experiencias de anciano, mancebo generoso y rico, de ayroso talle, y de brioso ingenio, estudiaba la Jurisprudencia en Bolonia, insigne Athenas de Italia, con tanto lucimiento en sus acciones, así en los actos de su facultad, como en los de galan y entendido, que fue ilustre honor de aquellas antiguas escuelas, y digno mérito de mayores aplausos, solo en Alexandro merecidos sin dicha, y alcanzados sin emulacion. Tanto persuade en años mozos la virtud, que muda en conocimiento la envidia, y la pasion en desengaño. Vivia

pues, Alexandro sin deber nada á la lisonja, por cobrarselo todo su ingenio, quando la muerte en la caduca edad de su padre le restituyó á su patria, mudando con las atenciones domésticas el hábito y los pensamientos, dedicados solo á buscar esposa, que por su virtud y nobleza fuese corona de su casa, y por su hermosura y aviso dulce halago en las fatigas del matrimonio. Pesada razon de estado en el natural de Alexandro, desazonar su gusto en la ocupacion de las ciencias, por la comodidad de quien está por nacer, y anticipada travesura de los hijos, dar pesadumbres antes de haber nacido, á quien solo se casa por la obligacion de tenerlos. Buscaba Alexandro esposa, y no deseaba esposa que lo buscase, aunque pudie-

ra hallar muchas, que su buen gusto y natural cordura, en años tan sin experiencia, lo libraban de desaciertos de mozo, y peynaba canas de cuerdo, que mas se vive sabiendo apriesa en pocos años, que viviendo á espacio en muchos siglos, y nunca el que nació con sus partes se aconsejó con su antojo, ni en materia tan peligrosa fió de los desengaños el escarmiento, ni le debió los advertimientos al riesgo, que lo primero es haber padecido el engaño, y lo segundo haber faltado á lo prudente. Muchas bellezas halló Alexandro á pocos pasos de su diligencia, que la hermosura anda ya tan barata, que es mucho precio el cuidado de una esperanza y el afan de un deseo, despues que lo despejado y ayroso da mas permisio-

nes al trato, que en faltando estas gracias á lo lindo, peligra una dama de necia, y se queda solo en hermosa.

Atento á estos pensamientos andaba Alexandro tan divertido, que pasando por una calle, sin advertir la cortesia que un caballero de su edad le hizo, ocasionó con su desatencion su cólera, de modo, que al desempeño de algunos desayres que le dixo, sacó Alexandro la espada. Acompañaban al contrario otros amigos, y acometiéndole con ánimo de quitarle la vida, dieron que hacer á su esfuerzo, y se hubo menester todo para defenderse sin pérdida de su reputacion. Bizarro lidiaba Alexandro; pero sus heridas y sus enemigos eran tantos, que fue forzoso retirarse á

una puerta. Acudió gente, y poniéndose de por medio, tuvo lugar de pasar desde la puerta al patio de la casa, y haciendo arrimo en la espada sin aliento, y ciego con la sangre que le bañaba el rostro, llegó á un aposento, que servia de antesala á unos curiosos entresuelos, donde vencido del dolor midió la tierra, y quedó desmayado.

Ocupaba una dama un catre en la misma pieza, convaleciente de unas tercianas, y viendo entrar á Alexandro con la espada desnuda y el rostro matizado de sangre, no pudo defenderse del primer sobresalto, que la obligó á dar voces. Acudieron luego los criados, y confusos con lo no pensado del suceso, ni daban remedio al herido, ni consuelo á la enferma. En-

tró en esto Octavio, dueño de la casa, y padre de Porcia (que este era el nombre de la dama), y mandando que la retirasen á otro quarto, hizo curar á Alexandro. Las heridas indicaban peligro, y de acuerdo con los Médicos se ordenó que no le llevasen á su casa, porque no peligrase mas con el movimiento. El agrado de Alexandro se tenia hecho tanto lugar en las voluntades de todos, que Octavio tuvo á dicha la ocasion de servirle, corrido de no haberle buscado para su amistad antes que se hubiese venido: primorosa condicion de los nobles hacer empacho lo preciso, y obligacion lo voluntario. Ocupó un lecho el herido, que adornó la riqueza, y regaló el aseo, menos gustoso quanto mas blando para quien no pa-

dece un disgusto, que la villania de una pena, mas lastima lisonjeada que padecida, y la caricia encarece el dolor, acordando el alivio. Á pocos dias le gozó Alexandro, y ya convaleciente, fiaba á una cayadilla el peso de su flaqueza, y estando una mañana acompañado de su soledad (que nunca un discreto está solo) oyó una voz que dulcemente regalaba el silencio de aquella estancia, cantando de esta suerte.

Florecillas no lloreis
Morir tan presto de hermosas,
Que habiendo nacido lindas,
No es poca vida una Aurora.

Calló la voz, y llamando la novedad del oido á la curiosidad de los

ojos, deseó Alexandro conocer el dueño, que lo ayroso de una voz avisa la nobleza de un alma en el mas humilde sugeto, y es primor que la acredita de buen gusto. Pasó dos ó tres aposentos, y parando en el último, le volvió á suspender en dulces consonancias.

Desengañese en mis dichas
La flor mas facil de pompa,
Pues con los que mas vivieron
Caduca muere la rosa.

Toda la atencion de Alexandro en lo mas percibido de la música hallaba menos conocimiento del dueño. Ignoraba la beldad de Porcia, aunque sabia que Octavio tenía una hija de este nombre, á quien nunca habia visto, y no

podia presumir que fuese Filis, criada de Octavio, que siempre en su presencia ó en la de un page le habia servido la mesa, solo regalada para un enfermo en el cariño de una muger, aunque sea extraña. Impaciente con su deseo, y sobradamente curioso llegó á una puerta, que por estar cerrada impedia el paso á los demas aposentos, y poniendo la vista en la breve luz de la llave, vió una dama, que para encarecerla de hermosa baste decir que era Porcia los quince mas lindos años que vió la edad, á quien los encarecimientos respetaron corteses, y en quien las perfecciones acabaron de serlo. Porcia, con curioso aseo, daba lugar en un ramillete á las flores mas bellas (si pudieron parecerlo en sus manos) que portatil el Mayo

la ofrecia en un azafate de plata, y prosiguiendo con dulce suavidad estos versos, le acarició el oido para rendirle el alma.

Solo les debo á mis bienes
Escarmientos de su gloria,
Que tener miedo á las dichas,
Es nuevo mal de dichosas.
Ferialde para que viva
Á mi bien algunas horas,
Ó para que muera un triste
Feriadle la vida á Porcia.

Entró en esto Filis, y callando Porcia, vistió otro afecto al semblante, enjugando con el disimulo algunas lágrimas que se le habian desmandadado en los ojos. Alexandro temiendo que le sintiesen, aunque á pesar

de su gusto; se volvió á su aposento, tan cerca de enamorado, que recatándose de su pensamiento se cautelaba contra sí mismo: notable tropelia de un amante, intentar despues del peligro lo que antes se pudiera haber recabado de sí, sin considerar que para voluntad mas experimentada bastaba menos hermoso riesgo que el de Porcia.

Vino Octavio al aposento de Alexandro, gustoso de verle alentado; y por ser hora de la comida, entró Filis á servirla con un azafate de ramilletes, que presentó á Alexandro, diciéndole estimase aquellas flores, por ser las primicias del jardin de casa aquel Mayo. Admitiólas cortés, y dexándole solo, despues de haber comido advirtió que por todo el azafate, sobre deshojados claveles, formaban

blancos jazmines estas letras: *Basta para quien entiende.* Entendió Alexandro lo misterioso del mote, y que muda se explicaba la modestia de Porcia; sí bien mas le pareció bachilleria de su deseo, que evidencia de su dicha, que hablase con él el favor. Era poco necio pára presumirlos tan presto de la honestidad de Porcia, y poco dichoso para alcanzarlos tan baratos, que aun no le costasen habellos esperado. Quisiera hablar á Filis, y pareciéndole imposible en la atencion de Octavio (que no habiendo salido de casa, le tenia prevenida silla para llevarle aquella noche á la suya), pensó una traza muy de su ingenio, para saber si las flores eran cuidados de Porcia, sin fiar de agena noticia este secreto, y hablar á Filis sin sospecha

de Octavio: escribió un papel á Porcia, ajustando tan cortés la fineza de galan con el decoro que se debe á una dama, que no le quedó ninguna sutileza á la pluma, ninguna galanteria al aviso; y haciéndole alma de un ramillete que formó de todos, escribió con los mismos jazmines sobre el papel de púrpura: *Entre las flores se esconde.* Puso dos joyas de diamantes en una caxuela de oro, y con guantes, y otras buxerias de cristal y évano ocupó el azafate: llamó despues los criados, y haciendo que avisasen á Filis y á las demas gentes de la familia, liberal, y agradecido al hospedage, repartió entre todos razonable cantidad de escudos; y pidió á Filis que llevando aquellas niñerias á Porcia, la dixese que se las feriaba, no por primicias de aquel

Mayo, sino por indicios de una voluntad que se preciaba de muy suya. Llevóla Filis el presente; y Porcia, deseosa de ver si Alexandro habia leido las letras del florido azafate, y correspondia lo bien entendido del alma á lo bizarro del cuerpo, sin atender á las joyas, pasó á las flores, y letreando jazmines, leyó: *Entre las flores se esconde*. Desaliñó las del azafate, y por no hallar el aspid que se ocultaba en ellas, desató una colonia verde al ramillete, y halló el papel, que leyó muchas veces, admirando el ingenioso ardid, y agradeciendo á sí propia el buen gusto que habia tenido en elegir por dueño de su voluntad sugeto como el de Alexandro, que enamorándola de nuevo, la disculpaba en su modestia la priesa con que se anti-

cipó á quererle. ¡Ó lo que tercia lo bien razonado de un papel, y lo qué disimula de veneno contra la honestidad de una dama, que picando en entendida, bebe dulcemente su muerte! Leyó Porcia, pero leyó despues de haber visto, que fue su mayor daño; y temiendo que si se llevaban á Alexandro á su casa quedaba imposible su correspondencia, llamó á Filis, y declarándose con ella: ¡ay, Filis! decia: ¿Qué huesped nos traxo á casa mi desdicha? ¿y qué hechizo me traxiste en las flores, que así me han descompuesto el alma? ¿quién enseñó á morir á mis pensamientos, que nunca se me atrevieron libres? ¡Ay Filis! Alexandro me ha muerto solo con ese papel que te escondió en las flores; tan galan me enamora, y tan

cortés se atreve á mi decoro, que por lo aytoso de escribirme, le perdono el atrevimiento de amarme, quando no fuera el ser amada crédito de una hermosura, y la ofensa mas discreta que se hace á una dama, y que mas facil absuelve el mas severo recato. Alexandro se vuelve á su casa, y yo triste (aun apenas le he visto) me quedo entre mil confusiones en el retiro de la mia, sin esperanza de verle, ni escribirle. ¡Ay Eilis! si pudieras hacer que yo le hablara sin descrédito mio antes que le perdieran mis ojos, que ya le imaginan ausente, ya le temen olvidado, si olvidado y ausente son dos cosas distintas, y ya desesperada y sin gusto, solo me trazaré la muerte en mis penas, muriendo á manos de mi propio silencio.

Rara agudeza del ingenio de Porcia callar á Filis haber visto á Alexandro, y confesarla que solo un papel bien escrito la venció sin sus ojos, como si no fuera mayor facilidad vencerse de un papel á solas, que amarle por haberle visto. Tan astuta honestidad era la de Porcia, que habiendo callado hasta entonces su pena, no quiso confesar á Filis que sus ojos, guiados de su voluntad, habian sido cómplice en el delito de su amor, mirando con mas cuidado á Alexandro que pedia la modestia de una dama; pues siempre que Filis le servia la comida y Octavio le regalaba en la mesa, ocupaba Porcia la pequeña luz de la llave de una puerta de su cámara, y daba poder á sus ojos para que hiciesen empleos de su voluntad en la

bizarra condicion y talle de Alexandro. Filis admirada de que al blando golpe de un papel hubiese descaecido la entereza de su natural recato, viéndola con algunas perlas, que la vergüenza se las dexaba pendientes de los párpados, la dixo mil lisonjas, y la prometió vencer otros tantos imposibles en su servicio. Al fin aquella noche llevaron á Alexandro á su casa, y saliendo á verle Porcia, vertió cantidad de aljofar en lágrimas, que Filis la acalló con caricias; que amor es niño, y mezcla facilmente la risa con el llanto.

Vino á este tiempo á Mantua Carlos, hijo de Lelio, aquel famoso Capitan que en las guerras de Italia sirvió con tanto valor á la Iglesia. Nació Carlos segundo en su casa, y siguió

algunos años las letras; y muerto su padre, su natural pacífico le conduxó á su primera cuna. Habia sido Carlos muy amigo de Alexandro estudiando los dos en Bolonia; y ahora mas aficionado á su ingenio, lo eligió por archivo de sus secretos, y así de ordinario estaba Alexandro en su casa, ó por mejor decir en su quarto, que le tenia distinto y apartado de los demas, con atencion tan escrupulosa, que sus mismos pages no pasaban á lo interior de la casa. Exquisita condicion de Carlos, que vigilante centinela de la hermosura de Cintia, hermana suya, aun no la permitia salir á Misa, y la oia en su Oratorio; pero las celestiales prendas de Cintia fueron tan cuidadoso acierto de las estrellas, que nunca en la gallardia de

su espiritu hizo queja del natural despego de Carlos: respetábale humilde, y pasaba con gran cordura su soledad, tan bien hallada en aquel retiro, que aun no se atrevian sus deseos á exceder los términos de su obediencia; antes porque Carlos no imaginase alguna violencia en su gusto, tomando muchas veces un instrumento, cantaba con Leonida, que la servia de criada, y por el buen ayre de su ingenio tiraba gages de amiga. Con estas diversiones Cintia se entretenia, y daba gusto á Carlos, á quien ya Alexandro habia comunicado el nuevo amor de Porcia, y los dos las mas noches la asistian en la calle, deseosos de hallar medio para escribirla. Porcia deseaba lo mismo, porque amaba tan finamente á Alexandro, que

no tenia otro cuidado que la ocupase el alma; pero el ingenio de Filis, enseñado del interes (sutil arbitrista en los mas apretados lances), dió traza para que los dos se hablasen en una reja, continuando su comunicacion muchas noches, con que los dos amigos las pasaban muy divertidas.

Tenia Carlos en el aposento de su cama elegantes pinturas de los mas briosos pinceles de Italia; y reparando un dia Alexandro con mas atencion en el aseo del adorno, vió un hermoso retrato de tan rara belleza, que mas parecia ociosa fantasia del arte, que poderoso esfuerzo de la naturaleza. Preguntó á Carlos quien era el original, y respondió que Laura, una dama que habia sido su primer amor en Roma. Tanta hermosura, re-

plicó Alexandro, bien pudo ser amada con acierto de vuestra gala y cortesia; pero á mi juicio mucho se le atrevieron vuestros deseos, y nada tuvo que deber á la mayor fineza quien llegó á vivir humana en vuestro concepto: confieso que vuestra bizarria mereció agradecimiento; mas fue mucho atreverse al riesgo inaccesible de su beldad; porque yo, Carlos, no acierto á persuadirme que pudo ser la naturaleza instrumento de tantas perfecciones, aunque hiciera el diseño en la misma hermosura, para sacar á luz la de Laura. Admiró Carlos el encarecimiento, y con menos agrado que otras veces, respondió varias cosas, saliéndose á otro aposento á recibir á Alfredo, que con otros amigos entraba. Era Alfredo primo de Ro-

cito, y mancebo muy galan, y entendido; y con pretexto de la amistad que tenia con Alexandro, granjeaba la de Carlos. Alfredo, pues, vivia tan empeñado en el amor de Cintia, que solo buscaba á Alexandro para comunicarle este cuidado. Apartóle en secreto, y en breve periodo le informó de sus penas, encareciendo la hermosura de Cintia, á quien habia intentado servir en Roma, estando por seglar en un Convento, de donde Carlos la sacó para traerla á Mantua, y darla en su casa mas estrecha clausura. En fin, todo el discurso de Alfredo paró en pedirle á Alexandro intercediera con Carlos, para que le diese por esposa á Cintia. Dudó Alexandro de la respuesta, enseñado á la condicion de Carlos, á quien jamás oyó

nombrar á su hermana, ni en tanta llaneza de amistad tuvo ocasion de verla; pero cortés, y discreto ofreció hacer de su parte la consulta á Carlos, y poner el mayor esfuerzo en servirle. Quedó agradecido Alfredo á la cortesia de Alexandro, el qual llevándole algunas veces á ver á Carlos, lo introduxo en su amistad facilmente.

Desde que Alexandro vió el retrato de Laura comenzó á pintar en su imaginacion un sugeto divino, y á desvelarse por un imposible imaginado, y con mas continuacion estaba en el aposento de Carlos, á quien todos los dias alababa el buen gusto que habia tenido en amar la belleza de Laura, encareciendo esto con tanto afecto, que mirando el retrato, y divirtiendo confusos algunos suspiros,

le dixo, que á no hallarse obligado á su amistad se partiria luego á Roma á servirla, y la feriaria toda su hacienda á un lienzo, pidiéndole con encarecida porfia le diese cuenta del suceso de sus amores. Carlos, que no pudo hallar escusa legítima, traslladando algun amoroso sentimiento á los ojos, refirió en breves razones largos discursos de su amor, diciéndole últimamente, que de allí adelante no le tratase de Laura, no porque sentia que la amase, pues el quererla bien no habia estado en su mano, y en la fineza de su amistad el declararse tan cortesmente, se libraba de agravio, sino porque le renovaba membrias que dulcemente le atormentaban sin remedio, y melancolias que le tenian sin gusto. ¡Qué mal

rebozaiel semblante lo poderoso de su afecto, y que mal le desmiente la mayor valentia de un disimulo, aunque ponga en arma prevenido el advertimiento, y cautelado el descuido. Conoció Alexandro que vencida la prudencia de Carlos, yacia al impulso de su cólera, que se le atrevió al rostro en algunos colores; y así temiéndole, porque le amaba, de allí adelante retiró á su silencio las alabanzas de Laura, diciendo con algun donayre, que no hiciese sentimiento lo que habia sido gala de su amistad, y susto que habia querido darle. Con esto los dos amigos pasaron á otra materia, y Carlos caricioso y alegre mostraba haberle creido. Gozó Alexandro la sazon, y con eficaces persuasiones le pidió á Cintia para esposa de Alfredo.

Respondió Carlos, que estimaba los deseos de Alfredo, su sangre y sus riquezas; pero que mas despacio consultaria la inclinacion de Cintia, por no hacer violento lo que habia de ser voluntario; y que supuesto que estaba de partida para Loreto, dilataba para quando volviese la certeza de su resolucion. Gustoso y agradecido se despidió Alexandro por ver á Alfredo, que anduvo con él tan cortés y tan galan de Cintia, que le ferió á tan felices nuevas una joya de diamantes de mucho precio. Despidiéronse los dos amigos, capitulando su correspondencia desde Loreto, porque Alfredo habia de hacer su viage la siguiente mañana, acompañando á Octavio, su tio, y á su prima Policia, motivo principal de su ausencia. Oc-

tavio en los últimos términos de la vida hizo voto de visitar personalmente la milagrosa casa de Loreto, Angélico santuario, y digna veneracion de naturales y estrangeros fieles, y quiso su afectuosa devocion redimir el voto, llevándose consigo á Porcia, con quien no pudo escusarse Alfredo, y por la edad del viejo fue todo el gobierno de la jornada, y el consuelo de las tristezas de Porcia; pues hablando los dos primos continuamente por el camino de la bizarria de Alexandro y de la belleza de Cintia, cautelando sus sentimientos, se aliviaban el uno al otro la pena.

Lastimados Porcia y Alexandro, habian estado muchos dias esperando esta desdicha: si en la mayor seguridad de un gusto hay alguna esperada, por-

que tarda, ó temida, porque no viene. Las lágrimas fueron muchas al despedirse, las finezas encarecidas, los afectos mal explicados, que el dolor al pronunciar las palabras las quebraba en suspiros, que descifraban lo mismo que no decian. Largo espacio estuvieron los dos amantes la noche de su despedida, haciendo gusto el dolor de partirse; y así los hallara el alba, si Filis no avisara á Porcia, diciendo que Alfredo, y la litera estaban ya á la puerta.

Menos vehemente vivia amor en el pecho de Alexandro, despues que la hermosura de Laura en el breve lienzo de un retrato le gastó los brios á la voluntad con que amaba á Porcia, y menos activo el fuego, parece que se apagó en las fingidas lágrimas que

le mintió al despedirse de sus hermosos ojos. ¡Ó nuevo género de facilidad en un ánimo generoso, que obligue mudo un retrato, que un pincel, que pudo ser mas lisonja del interes, que traslado de la verdad, desacredite el claro juicio de Alexandro, y desacomode con su agradecimiento las finezas de Porcia. Desacierto parece de su ingenio, y desayre de su cordura. ¡Ó amor mal entendido, bárbaro en tus preceptos, pues no te gobiernan mas leyes que no guardar ninguna! Alexandro ama un retrato, le escribe versos, y galan los recita, solicitando los descuidos de Carlos para entrar en su aposento á verle.

Gustoso y divertido con estos pensamientos estaba Alexandro una tarde, quando le avisó un page que una

muger tapada pedia licencia para hablarle. Diósela Alexandro, y con ayroso brio entró una muger tan bien prendida de manto, que Alexandro mas prendado de su donayre, hizo liberal gasto con ella de todas las ceremonias de cortesano; y sin dexarse obligar para correr el velo al rostro, que en la parte que se concedia á la vista, daba señas de hermoso, le puso un papel en las manos, diciendo, que la respondiese luego. Loyóle Alexandro brevemente, porque venia muy conciso, y solo le pedia en él cierta dama (que callaba su nombre) que siguiendo á aquella criada, que aguardaria hasta las ocho de la noche la oyese dos palabras á una reja. Alexandro, muy preciado de bizarro y cortés, quiso responderla con la exe-

cucion, y pidiendo hábito de noche, se puso un vestido de campo muy rico; y agasajando á la tapada con algunos dulces, que la sirviéron de cena, la hizo mil preguntas, y la dió una joya porque le dixese el nombre de la dama, y la ocasion que la obligaba á prevenirse de tan escrupuloso recato para hablarle, usando de tantas diligencias que le costasen cuidado de escribirle, y asistencias á una reja, sufriendo descortesias del sereno, y descomodidades del sueño. Respondió á todo ayrosísima la tapada, y diciendo mil sales, tomó la joya, y muda al curioso interrogatorio de Alexandro, solo le hacia señas que callase. Entretenidos en esto dieron las ocho, y levantándose con despejado donayre, prendiéndose atras la bas-

quiña, y ajustando las colonias á dos breves chinelas, dixo muy á lo socarron: Esta es la temeraria, señor Alexandro, vamos, que le está aguardando á vm. tal golpe de resplandor, que ha de ser noche lo soñoleado del romancito, con el que vm. ha de parlar muy á lo respetoso y galante. Lo de punto en boca le encargo, tome lo que le dan, y sigame. Hechizo fue para Alexandro el desembarazo de la sirviente, á quien ofreciendo la mano, que admitió sin melindre, siguió por muchas calles, hasta parar en una tan angosta y oculta, que por la obscuridad no pudo decidir en la parte que estaba; y llevándole á una reja, poco distante del suelo, le dixo: Aguarde el caballero Macedon, avisaré á mi dueño, y con apresurados pasos

le dexó confuso y solo. Á breve rato sintió que blandamente le llamaba un ceceo; y llegándose mas á la reja, despues de los primeros cumplimientos, atendió á estas palabras: Nunca, señor Alexandro, esperé menos de vuestro proceder generoso, que no se adelantasen las obras al mas noble concepto que se pudo concebir de la gala con que usais de vuestro valor en todas ocasiones; y porque la abundancia de palabras sobra donde solo se pide, y no se obliga, se ruega, y no se persuade, digo que estas rejas son de Carlos, y que yo soy Laura, á quien teneis tan obligada, que os debe experimentadas finezas, que sois tan galan, señor Alexandro, que aun los retratos de las damas os merecen tan prodigiosamente cortesa-

no, que peligran de cortos con vuestro agrado y bizarria, no solo mis agradecimientos, mas humanados los naturales desvios de Cintia, á quien sobre agradecida teneis muy cerca de inclinada; y porque á esto solo se dirige mi diligencia, os suplico de su parte y de la mia (si algo vale) no esteis tan eficaz con Carlos en favor de vuestro encomendado Alfredo; que Cintia vive tan lejos de ser suya, y tan desatenta á finezas, que la obliguen á ser agena, que desea que Carlos no la ponga en ocasion de no darle gusto; y porque está resuelta á usar de la libre jurisdiccion de su alvedrio, importa que en este negocio sobreseais con Carlos, y os disculpeis con Alfredo, que no quiere deber enfados á vuestra solicitud, quando ha-

ciendo justos aprecios de vuestra persona, os muestra los primeros indicios de su voluntad. Desde que Alexandro oyó el dulce nombre de Laura, quedó tan turbado de contento, que apenas acertaba á pronunciar las palabras para responderla. Reportóse advertido, y respondió cortés, ofreciendo servirla; y luego Laura prosiguió de esta suerte: Ahora, señor Alexandro, que ya he cumplido con el mandato de Cintia, porque el verme en su compañia, y en poder de Carlos, se que os tiene suspenso, os pido que escucheis mis razones atento, y que esteis á mis afectos advertido. Ya Carlos os ha dicho mi calidad y mi patria, y parte de nuestros sucesos en Roma; pero porque ha retirado de vuestra noticia la ocasion de

tenerme en Mantua, y en su casa, que solo fia de sus pensamientos secreto tan oculto, dexando de propósito algunas circunstancias del discurso de nuestra historia, digo que despues que le faltó su padre, y Cintia quedó por seglar en un Convento, fue forzoso que Carlos hiciese una prolixa ausencia, que dilatándose al siglo de tres meses, me dexó tan entregada á mis sentimientos, que me temí á mi misma. Volvió de su viage Carlos, tomando postas en Florencia, que no se fiaron los deseos de verme á menos apresurada diligencia; y llegando una noche á media legua de Roma, vió venir un coche de seis mulas, tan presuroso y ligero, que casi excedia á la velocidad de las postas. Causó novedad á Carlos ver que dexando el

camino real tomaba otro menos usado, y siguiéndole á pie, advirtió que á breve distancia se apearon del coche dos hombres, y entrándose por la espesura de un bosque, oyó una voz que con algunos indicios de cólera formaba, aunque mal pronunciadas, estas razones. Digo que V. S., señor Marques Alberto, falta con sus términos al que debe á las leyes de la amistad y cortesia, que no cumple con ellas quien pasa con los ojos abiertos por donde sus amigos tienen sus empleos; y así se ha de servir de poner término á sus pretensiones, que son muy licenciosas, y no permite mi amor su sufrimiento. Que V. S., señor Duque de Amalfi, respondió el compañero, me haya ganado por la mano....

Aquí llegaba la hermosa Laura con su historia, quando avisándola de adentro, casi sin despedirse, á Dios, dixo, señor Alexandro, hasta mañana, que aguardo en este puesto.

Quedó Alexandro confuso de oir á Laura; por una parte deseaba que las horas volasen para volver á verla, y por otra proponia motivos á su voluntad para olvidarla.. ¿Será posible, decia, quejándose lastimado, y lastimándose afligido, que siendo Laura un fuego inaccesible, un imperio hermoso, me resista á sus rayos, y me rebele á sus fueros? ¿Y que mandando la razon el ímpetu de mis amorosas pasiones, dexe de amarla por no ofender á Carlos, quando viéndose querida me comunica afable, mostrando tantos afectos de gusto, que le tiene

de que yo la asista á una reja, la deba sus secretos, y la escuche sus fortunas, fiando á mi recato lo que Carlos no ha concedido á mi silencio? pero si yo no la obligo al agradecimiento de mi amor, con la noticia de lo que debe á mi cuidado, y enemistándome con mis penas, me opongo á mis ardores, sin fiar á los labios una queja, ni un afecto á los ojos, que la explique lo que callo, y la diga lo que padezco, nada tiene mi deseo de agravio; no puede ser trayeion lo que es mérito; pues por respetar á mi amigo, por no agraviar á Carlos, haciéndose sorda la lengua á los impulsos del alma; aunque padezco con mas primor por Laura, callo con mas fidelidad por Carlos.

Pasó Alexandro aquel dia contando

siglos á las horas: ¡ Ó cómo tarda lo que se espera ! ¡ y qué bien no llegó tarde, ó que viniese ántes de temerse perdido ! Esperaba Alexandro el bien de ver á Laura, y temia porque esperaba, que como la esperanza es contrária al temor, en comenzando á esperar, es fuerza que se tema su contrario: tan falibles son nuestras dichas, que llegan esquilmadas ántes de poseidas; pues al martirio de una esperanza se añade el tormento de un temor, y el afan de una independencia.

Llegó la noche, y acudiendo Alexandro al puesto, divisó bulto en la reja, y preguntando con voz baxa quien era: Laura soy (dixo Laura) señor Alexandro: llegad, llegad sin recelo, que Leonida es centinela; Carlos está acostado, y Cintia duerme. ¿ No es

bueño, hermosa Laura (replicó Alexandro) que llegue á tal extremo el escrúpulo del natural de Carlos, que me haya desobligado el deseo de ver á Cintia, siendo tibieza en mi condicion lo que debiera ser estímulo en mi curiosidad? Yo os prometo, respondió Laura, que Cintia es digno sugeto de los mas hidalgos deseos; porque siendo su beldad privilegio del cielo, y el mayor acierto de su cuidado, ni la extrañan severas presunciones de linda, ni se descuidáron con la hermosura del alma, divino ingenio, claro discurso, discrecion cortesana y cortesia discreta; y en lo material de tan generoso espíritu, tiene el cabello, que ni se concede al évano, ni al oro, y con naturales rizos, desdeña en los aliños del tocado, el socorro del

arte. El rostro, que en las consultas del espejo no pidió favor al jazmin, ni á la rosa, consiente despues de su blancura el primer lugar á la nieve. No quiero valerme del sol, ni de la aurora, para deciros que sus ojos son bellos, atractivos y graves; basta decir que son suyos, y que Cintia los usa sin melindre, y los duerme sin artificio. La nariz en proporcion conforme, no solo sirve de blanco límite á poco cielo en dos tiernas mexillas, sino de hermoso término á muchas perfecciones; ni la boca es clavel partido, ni nacar abreviado, pero es depósito de una voz blanda, dulce y sonora, centro de los donayres, y realce de los conceptos; los dientes que la adornan, aunque parecen flores de azahar antes de abrir, tienen mayor

belleza, porque son mas blancos, mas menudos é iguales. Las galas en su bizarro cuerpo desprecian el bordado, que solo han menester su buen gusto para ser ricas, y su aseo para ser nuevas. Lo prendido es milagro, hechizo lo brioso; el talle naturalmente lindo, el movimiento ayroso y despejado, pero no toca en libre, ni falta en lo modesto. Al fin sus tiernos años no han salido de quince, muchas flores en pocas primaveras. Esta es Cintia, señor Alexandro, y engañase quien piensa que no hay sugeto cabal, pues el dia que la naturaleza la formó tan divina, y la sacó al mundo tan bella, la dexó sin enmienda lo hermoso, y sin deseo de ser mas lo entendido. Si no le temiera alguna queja al alma, dixo Alexandro, y si en la fineza con que ado-

ro, no se pasara á culpa mi curiosidad, me atreviera á deciros que ya deseo ver á Cintia; porque habeis dibuxado su belleza con tan brioso estilo, que no puede llegar lo visto á lo escuchado; mas si Cintia llega á ser tan hermosa como vos entendida, ya dexa de ser linda, ya me parece fea, y corto el encarecimiento. Jamás me prometí tan cortés hidalguia de la condicion de una dama, que alabase perfecciones agenas; mas como vos, señora Laura, gozais en vuestra belleza de todas, y vivis con ocasiones de envidiada, y sin riesgos de fea, alabais sin envidia, encareciendo como entendida, lo que no envidiais como hermosa. Eso de la adoracion no entiendo, respondió Laura, porque no acierto á leeros los pensamientos; pero no qui-

siera lograros la lisonja, ni que mi conocimiento costara á otros una alabanza mia; y así porque mis verdades no me malquisten con vuestro crédito, solo de vuestros ojos quiero fiar vuestro desengaño, y mi desempeño de vuestra experiencia, y que veais á Cintia: que vos la veais, digo, en parte que no sepa que la atienden; porque solo se dexará ver quando no la miren. Tan léjos vive de pensar que es hermosa, y tan mal contenta de sí misma, que no se atreverá al exâmen de una vista. Sola Cintia no merece consigo; no la debe su espejo una verdad creida; si ya el cristal no padece, porque las dice, ó peligran con ella por suyas. Grosería parecerá de mis ojos, replicó Alexandro, mirar á Cintia antes de habe-

ros visto. ¿Qué interesan vuestros ojos de verme? (prosiguió Laura.) ¿Qué mas (volvió á decir Alexandro) pueden interesar que veros, y despues que podrán ver tan hermoso, si no vuelven otra vez á miraros? ¿ó de qué me pueden servir, que fio me sobren, aunque miren á Cintia? Paso, señor Alexandro (dixo Laura), no me toqueis con la imaginacion en mi amiga Cintia, que es agraviarme el alma, y no soy tan ambiciosa de aplausos, que me pague del vano lustre de las palabras, y con descrédito ageno oiga alabanzas propias, ni teneis tan cultivado mi recato, que os escuche tantas galanterias. Aunque sé que debeis mas licencias á mi silencio (respondió Alexandro), no quiero replicaros, y estimo obedeceros; pero advertid, dis-

creta Laura, que ha mucho que el Duque y Carlos aguardan la respuesta de Alberto, y yo estoy impaciente por saber vuestras dichas. No hay cosa que mas olvide, replicó Laura, que el acordarme de ellas, aunque yo pienso que en dichas no he tenido de que olvidarme: y si mal no me acuerdo, respondió el zeloso Alberto de esta suerte: Que V. S., señor Duque de Amalfi, me haya ganado por la mano, haciendo queja de su agravio lo que es culpa de su envidia, antes le acusa que le defiende; y pues sabe la autoridad de mi empleo, los empeños de mi voluntad, y los gastos de mi diligencia, ¿por qué no miden con las leyes de su cordura las ambiciones de su deseo? Ni mi calidad, ni mi amor, replicó el Duque, dexan lugar á vues-

tra competencia, y así me resuelvo á deciros, que solo sabré amar como muchos, y pretender como solo; y ya que en este caso no merece mas el que mas ama, merezca de los dos el que mas viviere. Estoy contento (respondió Alberto); pues al fin en esta demanda quedará sin competencia el que no perdiere la vida; y con esto, arrancando las espadas se acometieron valientes, durando su contienda lo que tardó Carlos en llegar con una pistola, que sobró á su valor y á su acero, y templando con ruegos el enojo de los dos zelosos amantes, les pidió muy cortés y advertido, que cesasen en su duelo. La cólera suele negar oidos á la razon, y porfiaba mas ayrado el de Amalfi; y Carlos, diciendo su nombre, por obligarlos á respetar sus ra-

zones, ¿ cómo puede (prosiguió con voz mas alentada), cómo puede un ánimo generoso, señor Duque de Amalfi, un espíritu heroyco, no rendir con su prudencia sus iras? ¿Hay mayor gala de un esfuerzo, que no tener que vencer en sí mismo, enseñado á sus propias victorias? Solo de sí ha de triunfar un Príncipe; valentia ha de ser de un aliento vencer á su enemigo, y que le ocasione á poner todo su valor en campo para rendirle. No es vencer el vencer solamente, mas vence quien por temido no tiene que vencer á ninguno: el mismo vencimiento supone competencias, y arguye agenos denuedos la necesidad de vencerlos. Vuelvan VV. SS. á vestir el acero, que su bizarro ardimiento no nació para competirse arriscado, sino

para vencerse prudente, ni la conquista de una hermosura ha de costar un riesgo á dos vidas tan grandes. Y si la voluntad de esa dama está indecisa, pretendan como galanes, conquisten como señores, tenganse el duelo con su desden, soliciten su gusto, y elija su inclinacion al mas dichoso; pero si alguno vive favorecido, si la debió algun cuidado, llegará á merecer mas con la fortuna, vivirá mas valido con las estrellas, mas no será menos digno el que no la mereciere inclinada; que donde el gusto difine, ni puede el merecimiento, ni la fineza negocia. Como los dos, señor Carlos, (respondió Alberto) hagamos pleyto homenage, que cederá en la empresa el que no fuere elegido, yo quiero fiar dende luego mi suerte

al arbitrio de esta dama. Prometió el Duque lo mismo; y convenidos en este concierto, se volvieron al coche, llevando consigo á Carlos.

Vivia el Duque mas enamorado que Alberto, y quejándose lastimado de que sus finezas mereciesen tan poco, le contaba por el camino á Carlos el riguroso desden de su dama, diciendo que Laura era la ingratitud mas hermosa, y soberbia mas ingrata que vieron las edades, y admiraron los hombres; cuya esquivez altiva jamas se obligó de la fineza mas noble, ni se pagó de la voluntad mas generosa, tan defendida en su recato, tan escondida en la altivez de su modestia, que nunca la debieron sus penas una licencia á los ojos, ni una templanza al desprecio. Por las señas y el nom-

bre conoció Carlos que estos señores me pretendian, que yo era el sugeto de su empresa, y la ocasion de su desafio; y disimulando su dolor, zeló su sentimiento.

En llegando á Roma se despidió de ellos, y viéndome aquella noche, me refirió el suceso con palabras tan corteses, que no me pidió zelos, por no parecer desconfiado, ni me dió quejas, por no presumir de querido. Contéle yo las pretensiones de Alberto y las poderosas diligencias de que el Duque se habia valido en su ausencia, el porfiado galanteo con que asistian á mi calle, los sobresaltos con que me afligian, y las aflicciones con que me inquietaban. Carlos, viendo los riesgos en que estaba mi honor, y que por la muerte de mis padres vivia en-

tre el descuido de deudos y la tirania de tutores, y que en el Duque y Alberto le esperaban forzosos enemigos y poderosos contrarios, aseguró nuestra dicha en el sagrado de su casa, llevándome de allí á dos noches á ella, digo al quarto de Cintia, que el dia antes habia dexado la clausura de un Convento, donde estuvo por seglar despues de la muerte de Lelio. Paso en silencio los extremos de mis amantes luego que supieron la ausencia que yo habia hecho de casa de mis tios. Al fin hicimos nuestro viage, que en compañia de Cintia fue muy entretenido y alegre.

Tres meses ha que estamos en Mantua, y tantos que me buscan las diligencias del Duque, y no me olvidan las del Marques Alberto. Carlos tiene

noticia de todo, y espera qua se cansen como señores, que tal vez muere amor facilmente quando falta igualdad en su objeto.

Pendiente, pues, de esa esperanza vive Carlos, sin haber faltado á mi decoro, con un deseo menos decente que no sea hijo noble de sus bien nacidos pensamientos. Cintia y yo, enseñadas á su modestia, vivimos tan contentas, y entretenidas en nuestra soledad, que ni nos conoce la reja, ni nos ha visto la calle; mas no faltando en nosotras la curiosidad de mugeres, y el deseo de encerradas, dimos traza, que una llave maestra con que Carlos hacia comunes los quartos de nuestra vivienda, pasase por perdida, y con ella llegabamos hasta la puerta de su aposento, quando Leo-

nida avisaba que Carlos estaba entretenido con vos, y con otros amigos de buen gusto, y divirtiendo las horas (que nos cansan huyendo, y nos fatigan volando), escribian versos; trataban de libros, y no se olvidaban de damas. Un dia, pues, que acechábamos vuestro descuido, y vos estábais solo con Carlos, oimos las alabanzas que dixisteis á mi retrato, los sucesos que Carlos os contó de nuestros amores, la consulta de Alfredo para esposo de Cintia; y finalmente, la instancia con que persuadisteis á Carlos para que efectuase el casamiento. Cintia, que no se inclina á Alfredo, me pidió que por medio de un papel os suplicase lo que á noche os rogué de su parte. Mas yo deseosa de comunicaros de mas cerca, como á discreto, como á amigo de

Carlos, y como á quien ya sabia de su boca mi suceso, fingi el papel, y sin darla cuenta de mi intento, porque no lo impidiese su recato, os escribí con Leonida, á quien facilité para esta diligencia la puerta de ese jardin, con la misma llave que perdimos á Carlos.

Esta, al fin, es mi historia, y la ocasion de estar en Mantua en casa de Carlos, y en compañia de Cintia; y porque sola su hermosura, que en superior ingenio excede los términos de humana, es digno asunto de vuestro valor, entendimiento y nobleza, quiero que la veais la noche que diere lugar su descuido. Respondió Alexandro, agradeciendo el favor que le hacia; y despues de decirla algunos sentimientos, que misterioso, sin

profanar su silencio, los explicaba cuerdo, y Laura los percibia entendida, se despidieron aquella noche, y continuando sus vistas otras muchas, á título de lícita conversacion, labraba Alexandro nuevos deseos, que zelaba como avisado, y sentia como amante.

Acudia Alexandro mas continuo al aposento de Carlos, y una tarde que este estaba ocupado con otras personas en cosas de su hacienda, viéndole divertído, (como era ordinario en su amistad) pasó al aposento de su cama, y tomando un instrumento, porque le oyese Laura, hizo la voz sonoro adorno del ayre, ponderando el respeto de su siléncio en su amor.

Pastores de esta selva,
Hay que de amores muero,
Tan mudo, que una queja
No me debo á mí mesmo.
Peligren mis finezas
En tan digno respecto,
No profane un alivio
De una fe los aciertos.
Llore el alma sus males
De los ojos adentro,
Y en llanto represado
Mitigará su fuego.
Quien lo divino adora,
Muera de su silencio,
Sin pedirle á su dicha
Mas que el atrevimiento.
Preciado de mis males
Tan alegre padezco,
Que de penar con gusto
Escrúpulos he hecho.

En fin, muero callando,
No aborrecido, y tengo
En el mal que no digo
Un desengaño menos.
Decid, decid Pastores,
Si adivinais el dueño,
Tirsi te adora, y calla,
Y muere de si mesmo.

Comenzó luego á pasearse Alexandro, mirando el retrato de Laura, y repasando los desvalidos pensamientos que le costaba el verle; y estando así suspenso, oyó que ceceaban; y volviendo á todas partes la vista, sin percibir por donde, vió que á sus pies habian dexado caer un papel: levantóle, y abierto leyó así.

Esta noche os aguarda Leonida en la puerta del jardin; seguidla hasta la

primer pieza de nuestro quarto. No puedo ser mas larga. El cielo os guarde.

Conoció Alexandro que el aviso era de Laura, y con muestras de aficion guardó el papel. Entró Carlos, que ya le habia llamado, y se ponia el ferreruelo para salir de casa. Anduvieron toda la tarde juntos, y despidiéndose á la noche, aguardó Alexandro la hora que le pareció mas á propósito, y con mas deseo de ver á Laura, que de conocer á Cintia, acudió al puesto. Ya Leonida aguardaba. ¿Quién duda que anduviese solicita, si era criada, y corria riesgo el honor de una casa noble, y la fama de una doncella honesta? Entró, pues, Alexandro siguiéndola hasta una sala obscura, que por el buen olor, y el tacto de unas telas bordadas, presumió que

seria del estrado de Cintia. Aquí, dexándole solo Leonida, le dixo que aguardase. Hizolo así Alexandro, y de allí á corto espacio sintió llave en la puerta: previno el deseo al gusto, y quando pensó que entraba Laura, y que sus ojos llegaban á merecer su hermosura, vió (¡notable confusion para Alexandro!) entrar á Carlos su amigo con una luz en la mano, y la espada en blanco en la otra. Desnudó Alexandro la suya, y mirándole de los pies á la cabeza, sacando la novedad del ánimo los afectos al rostro, quedó suspenso, aunque no embarazado con el temor; que su valor activo jamás le supo el nombre en los mayores riesgos. Carlos con el semblante ayrado, el color perdido, y remiso el aliento, fixó en Alexandro los ojos, y con la

voz turbada, y fuera de su natural acento, que la ira á un mismo tiempo le impedia la lengua, y el agravio le irritaba la cólera, le declaró en pocas palabras su ofensa, si bien no pudo formar las que le dictaba su afecto. Finalmente, Carlos entre mal pronunciadas razones se resolvió al último rompimiento, y dexando la luz en un bufete, se vino para Alexandro, quedando los dos con las espadas tiradas, los pasos firmes, y con proporcionado movimiento y destreza.

Atentos y gustosos estaban todos oyendo á Cesar, y porque ya excedia los términos de su licencia, de improviso, cortando su discurso, sonó un coro de música, y en concertadas voces, fue desvanecida lisonja del viento esta letra.

Pidiendo estaban licencia
A los ojos de Narcisa,
Para florecer el prado,
Para amanecer el dia.
Que en tan pocos verdes años,
Y en tanta beldad florida,
Tienen los prados y el alba
Su escuela en frente y mexillas.
Pastorcillo que venera
Esta excepcion de las dichas,
Este imposible de flores,
Tierno la canta y suspira.
Despierta porque amanezca,
Serrana, deydad divina,
No se pierda sin tus ojos
El imperio de los dias,
Mejor que despiertas matan,
Dormidos quitan la vida,
Pues gustan que sin el sol
Todos duerman, y no vivan.

Solo á mis ojos no llega
De las noches la noticia,
Desvelada la fineza,
Y la esperanza dormida.
Á lo cortés de estas quejas
Despertó, dando Narcisa
Desdenes, flores y rayos,
Á Tirso, al prado y al dia.

Propuso la rosa el asunto á los Sonetos, y Federico el primero discurrió así, dedicándolo á Flora.

SONETO.

Reyna del Mayo, la encarnada rosa,
Á presidir las flores salió al prado,
Y en la ruda violencia del arado,
Lástima, y no desvelo, dió de hermosa.

La que de la azucena fue olorosa,
Y del clavel ya envidia, ya cuidado,
Yace (¡ó dolor!) del círculo encarnado
Encogida la púrpura lustrosa.

¿Viste al nacer la rosa (¡ó flor!) mas bella,
Que estrenó los dudosos resplandores,
Y que espiró con la postrer estrella?

Pues Flora, en tu beldad, y tus colores
Temo su fin, si faltarás qual ella,
Que eres Flor, aunque reyna de las flores.

CELIO Á LA ROSA.

SONETO.

Nueva florida gala del oriente,
Corté una rosa, que en el verde prado,
Ó espirara al descuido del arado,
Ó lástima muriera de occidente.

Pusela en agua en un cristal luciente,
Por conservar de Lisi algun traslado,
Y solo hallé á la tarde el desmayado
Cadaver de aquel sol que fue accidente.

¡Ó caduca beldad (dixe á la rosa),
Así acaba la flor de nuestra vida;
Y así han de fenecer en tu elemento

El jazmin de la frente mas hermosa,
El clavel de la boca mas florida,
Del alma el mas Narciso pensamiento!

Lucindo describió su esperanza, y dixo así á la rosa.

SONETO.

Quando te ví de rosicler vestida,
¡Ó vergüenza en los campos conservada!
Que madrugaste en púrpura bañada
Á enseñar brevedades á la vida:

Quando te vi en tu pompa divertida,
Narciso de carmin en flor cortada,
Que pudieras morir desengañada,
Como moriste de desvanecida:

Quando te vi lo breve que juntaste
Tu ser con el instante que no fuiste,
Dixe, que como hermosa te lograste;

Mas quando vi la cuna en que naciste,
que te sirvió de ocaso en que espiraste,
Dixe, que á mi esperenza pareciste.

CELAURO Á LA ROSA.

SONETO.

Aquí, discreta Nise, aquí la hermosa
Primera magestad de la mañana,
Que presumió de sol soberbia y vana,
En cenizas de púrpura reposa.
La pompa de las flores generosa,
De los campos es ya polvo de grana,
Que solo dexa de su luz temprana
La memoria no mas de que fue rosa.

Ó bella Nise, si es cometa el viento,
Coge la rosa de tu edad floridad,
Coronada de frágiles honores.

Antes (pues una flor te dà escarmiento,
Y es flor el breve curso de la vida)
Que el tiempo (¡ó Nise¡ se te pase en
flores.

La dulce voz de Lisardo despejó los sonetos. Amaba muy amigo de sus penas, y como tan excelente músico, quiso dar segunda vida á su afecto, y tomando un instrumento cantó con novedad sonora este

ROMANCE.

Si dicen que matan penas,
Yo vivo de las que tengo,

Pues no siento lo que vivo,
Sino solo quando peno.
Ó sin duda que en la muerte
No hay mal como mi tormento,
Y con el menor que paso
No hè sentido que me muero.
Estimo tanto mis penas,
Que en toda el alma las quiero,
Porque no envidie el dolor
La parte sin sentimiento.
Mas los pasados me afligen,
Que no los males que tengo,
Porque los ya padecidos
Faltan de los que padezco.
Estas novedades solo
En mis desdichas se vieron
Que lleguen á ser mayores
Los males porque son menos.
Si vivo de padecer,
Yo he presumido de eterno,

Que no hay muerte para un triste,
Que de su vida no ha muerto.
Estas últimas finezas
Cantaba en el prado Celio,
Porque las oyese Filis,
Y llevóselas el viento.

Roselo ponderando sus no conseguidos deseos, consiguió con estas liras su intento.

Nace el invierno frio
Entre armiños de nieve,
En alcobas de yelo duerme el rio,
Y el ganadillo breve
Escarchas pace, y del granizo bebe.
Naufraga en mar turbado,
La nave se desvela,
Y pescador del piscis plateado,
Le sirve quando vuela
De caña el arbol, ó de red la vela.

Tierno y aprisionado,
Paxarillo amoroso,
Burla trinando dulce su cuidado.;
Envidiando quejoso
Jaulas de flores en el prado hermoso.
Acabase el invierno,
Sosiega el mar turbado,
Huye la carcel paxarillo tierno,
Y el baxel, ave y prado
Florece, vuela, y goza el puerto amado.
Yo solo peregrino,
Golfo navego incierto,
Á mas triste prision hallo camino,
Y á mi esperanza muerto,
Ni espero libertad, flores, ni puerto.

LUCINDO, EPIGRAMA Á MANCIO.

Á tus solares desnudos
Tantos escudos vestiste,

Que siendo pobre te hiciste
Rico con tantos escudos.
Mancio, que por varios modos
Nos cansas con tu ascendencia,
Labra escudos de paciencia
Para que te sufran todos.

EPIGRAMA Á LESBIO, ASTRÓLOGO.

Lesbio, dicen que á estrellero
Con tan buena estrella aspiras,
Que valen ya tus mentiras
El credito y el dinero.
Respeta, Lesbio, esas bellas
Antiguas luces del cielo,
Y no nos vengas al suelo
Con chismes de las estrellas.

EPIGRAMA Á PENORIO.

Tan proto-hablador, Penorio,
Está despues que enviudó,
Que lo que en Tácito vió,
Sabe ahora en parladorio.
Volvió luego á ser casado,
Y ya dicen que es (Aurelio)
Tácito por lo Cornelio,
Cornelio por lo callado.

Camilo á Celia, avara de su hermosura, y amiga de no ser agena.

ENDECHAS.

Ser ingrata y hermosa,
Es culpa, Celia mia,
Que amor suele vengarla,
Que el tiempo la castiga.

No nació la belleza
Para ser tirania
De libertades y almas
Á costa de la vida.
Á la aurora amanece
Para todos el dia,
Y con útiles rayos
El sol se comunica.
¡Qué intratable la rosa
Vive entre las espinas,
Y en el búcaro de agua
Qué apacible y qué linda.
Mejor las azucenas
Lucen en tus mexillas
Con los claveles rojos
mezcladas , que distintas.
No tiene precio el oro
Retirado en las minas,
Y trazado en la joya
Hermoso se acredita.

No nacieron las cosas,
Celia, para sí mismas,
Mejor comunicadas
Dan su fruto las dichas.
Ama, Celia, y no tengas
De tu beldad divina
Tan florida soberbia,
Tan hermosa avaricia.

Narcisa, tan discreta como hermosa, deseaba mas amortiguados deseos, y menos vivas esperanzas en Camilo, de quien era servida con nombre de Celia; y viendo que el silencio la daba lugar de que hablase con modestia y agrado, discurrió así: Veo (dixo) tan celebrada la beldad de la rosa en la pluma de estos Caballeros, que sus espinas me han picado el discurso para ponderar el cuidado y pro-

videncia con que el cielo la ciñó de agudas archas que la guardasen (mas como hermosa, que como reyna de las flores) de la mano atrevida que intentase profanar la pureza del casto rosicler de sus hojas. En este zelo de la naturaleza con la rosa, hallo yo una leccion que estudien los amantes que saben poco de penas, y quieren que cueste tan poco la hermosura, que se alcance á costa de un suspiro, con la diligencia de asistir al terrero, ó con el gasto de un soneto; donde quejándose de su dolor, lleve mas de alivio que de fineza. Fia el envidioso de despreciosos cuidados (por no decir de bienes) su vida á un fragil edificio de lienzo y tablas, y dexándose llevar de vientos, peregrinando espumas, y surcando regiones, quiere enseñarle

nuevos climas al sol, y pretendiente del oro trafagar los montes que la Naturaleza le impuso, cautelando la porfiada codicia de los mortales; y haciendo logro de su afan y trabajo, todo le parece facil con la esperanza del metal deseado. No, no cueste tan poco la belleza, que se precie de mas bien pretendido el oro. Pene, padezca, llore y suspire un amante, y entre miedos y desconfianzas, haciendo gala de su silencio, aun no sepa el camino que hay desde el alma á los ojos, y viva tan desvanecido con sus sentimientos, que piense de sí que no merece tenellos, haciendo escrúpulo de quejarse; y sin ver jamás lo lejos de la esperanza, no pase de la gloria del padecer á la ofensa deld esear. Estas espinas, mezcladas con desde-

nes, han de hacer defensa á la rosa de una hermosura, y exâmen de la fineza de un amante que aspira á la posesion del imperio de la voluntad de una dama, y al ceptro de la libre república de su alvedrio.

Pareció á todos bien pensado, y mejor sentido el discurso de Narcisa; y Diana con una risa magestuosa celebró la pasion con que descifraba el sentimiento que tenia de Camilo.

Levantóse luego de una grada del sitial de Diana Don Chiste, un enano de palacio, tan breve de cuerpo, que pudiera servir de cero en blanco al guarismo, ó de escrúpulo á qualquier dama melindrosa, sazonadísimo en sus gracias, y tan poco vulgar en sus donayres, que mereció ser entrenido juguete de Diana. Levantóse, pues,

y haciendo mil monerias y visages, le pidió con notable cólera licencia para responder á Narcisa, que tan ofendida se mostraba de Camilo. Diósela Diana, gustosa de entretenerse con su buen humor; y luego el enfurecido enano prosiguió así: Piensa la discretísima Narcisa, que esto del amor es buñuelo, y que no hay mas sino meterse un amante á ciego y mudo, y haciéndose trampas á sí mismo, andar tan de falso con el alma, que todo haya de ser amar por fe, y tener en su amor los afectos y sentidos humanos tan holgones, que se estèn mano sobre mano comiendo el pan de valde, de suerte que sus deseos no han de atreverse á deseos, porque tienen cara de agravios: que sus esperanzas no han de aspirar á serlo,

porque huelen á presunciones; y sus quejas no han de sabèr á quejas, porque parecen alivios; y que llegando á ser estos afectos todo lo que no quieren que sean, pierdan el nombre de lo que son, solo por que así lo manda esta negra ley de la fineza: y al fin, no sabiendo un atinado amante lo que se vive, ni ha de entender sus pènas, ni darse alcance á sí mismo, que puramente es amar en culto, y galantear en crítico. *Y haciendo gala de su silencio, aun no ha de saber su pena el camino que hay desde el alma á los ojos*, dice la primera cláusula de aquel severísimo periodo. Qué lindo es eso para ser el camino carretero, y haber á cada ordinario afecto, á cada pasioncita de á poquito, estafeta de un lugar á otro, y que les parezca á las

señoras damas cosa fácil cejar hácia el alma los afectos, quando vehementes se van á asomar por los ojos; pues yo se la doy de tres al amante menos amartelado, y mas diestro en tretas de cochero. Pero haciendo reparo en la palabrita *silencio*, quisiera yo saber de quando acá se hicieron del ojo el cupidito de palacio, y el bien barbado Pitágoras, para mandar á sus feligreses que vivan tan de chiton, que pasen pláza de mudos, y que se expliquen los conceptos á lo de Etrasco y Verona, aquellos dos mudos amantes, que con los ojos se comunicaron las almas. Pareceme á mí, que si yo me entrase sin sentir por el alma de uno de estos amantes del secreto, que fuera lo mismo que entrarse un hombre por un Convento

de Monges de la Thebaida, y sin oir nada en aquel mudo espiritual silencio, hallarse con un sentido de sobra, para trocarlo por algo. Reparese mas y mas, con segunda atencion en aquellas palabras de tan poca ganancia para los mercaderes: *Y haciendo gala de su silencio.* Miren que linda gala (aunque costosa) para salir el alma de un amante en una ocasion de lucimiento: esa gala martingala, me parece á mi del tiempo viejo de amor, quando se amartelaba á lo del Cid, y las almas de los enamorados galanteaban de capa y gorra, y de balandra y follado, y se pasaba veinte años un infanzon sin decir aquí me duele á su dama, *temiéndola de amor, y no de miedo.* Vuesarced, bellísima Narcisa, no pida agora imposi-

bles, que eso de la fineza de punto en boca, es de quando el género humano andaba en mantillas, y la naturaleza con dijes. Dele vuesarced á cada tiempo lo que es suyo, y no me trebeje las edades, que en esta parece golleria muy ociosa querer que el corazon de un amante se esté comiendo de la polilla de un secreto, sin orearse con el ayre de una queja, ni con el anhelito de un suspiro, y que le barbe á un hombre el amor en el alma, sin dexarlo salir de casa, porque no se pierda por esos desdenes, como por esas calles. Pues la parabolita de la rosa es donosísima: hasta no dexarse coger con vanidad de hermosa, y morirse á puestas del sol, sin aprovechar á nadie, está seguida como de molde; pero deme vusarced

que sirva de algo, y verá en lo que para la zagaleja de las flores zahareña y desdeñosa; pues en castigo de su desvanecida presuncion de bella, se ve perseguida de récipes, acosada de boticas, y su calidad en boca de todos, siendo desayuno de los Abriles y ayuda de cámara de los Mayos, hasta dar con su lindura en el agua vá de las once de Madrid. Vuesas mercedes, señores galanes, se dexen de estos misteriosos ambajes de la fineza, y digan lo que sienten, que no hay Flandes como rebelarse contra el de su silencio, y quejarse á vanderas desplegadas, clamoreando desdenes á lo de *en peso la noche toda*, sin andar en campaña consigo mismos, pasando á cuchillo esquadrones de deseos, y dando Santiago á tropas de pensamientos,

que es amor muy de lo caro parecer sin mérito, y morir sin confesion, y aprendan á describir la lindeza de sus damas del desahogo de este romance, que escribia á la beldad de una ayrosa busconcilla, entre mantellina y sayuelo.

Cantaba Don Chiste excelentísimos falsetes, y tomando una vihuela, dixo así su despejado romance.

Qué linda sales, Juanilla,
Que á lo del Domingo sales,
Qué alentada, qué matona,
Qué briosa, qué matante.
Qué bien aliñado el pelo,
Qué guedejoso y tratable,
Qué flamante de chinela,
Qué bien prendida de talle.

Tan hermosos como diestros
Tus ojuelos de azabache,
Qué bien, Juanilla que juegan
Las negras y las de Joanes.
Dos azafates de flores
Son tus mexillas suaves,
Por quien se dixo en los versos
Aquello de duerme el aspid:
¡Ó qué manos! ¡ó qué lindas
Azucenas de los Alpes!
Por no decir que son nieve,
Que es antigualla de frases.
Miente el clavel y la rosa,
La purpura y los granates,
Quatro higas para el alba
Con tu boca de corales.
Tan florida de fullera,
Que siempre pintando azares,
Á la primer flor les tiras
El resto á las voluntades.

Toda eres hechizo, y toda
Valentia en el donayre,
Y por lo bravo, y lo bello.
Toda eres nieve de Flandes.
¡Olá, mancebitas, ola,
Hela va, Juanilla sale,
Ojo avizor con las almas,
Cuenta con las libertades!
Con tal pizca de muchacha,
Con tal sazon de buen ayre,
Que hace guerra á nieve y fuego,
¿Qué vida habrá que se guarde?
Todo copete y guedeja
Bien puede clamorearse,
Buen fin hayan los Narcisos,
Dios perdone los galanes.

Teodoro recitó este madrigal á la azucena, que parece que la presencia del alba, la estacion de la primavera,

y la cercania del jardin propusiéron á todos por sugetos de su poesia la hermosura de sus cristales y flores.

Esta blanca azucena,
Armiño de las flores,
Que al prado le nevaron los albores,
Y por retrato de tu limpia frente
La enamoró Narciso en una fuente;
Cuya casta pureza
Es símbolo galan de tu belleza:
Esta que al alba en su candor lozano
La profanó mi mano,
Mudamente te advierta,
Ó Nise, lo que dura
Castidad con peligros de hermosura.

Merezca algun aplauso este soneto (dixo Leonido) por lo superior del asunto, que dió motivo á mi pluma

para escribirle. Inscripcion es al sepulcro de un gran Cardenal de España, que en medio de las esperanzas de su grande espíritu, le llevó el cielo con tanta brevedad, que en todo pareció clavel y hermosa flor de la Iglesia, en lo breve de su vida, en la púrpura y en la fragrancia de sus virtudes.

No pises, no; respete el pie la nieve
Dese marmol, de aquella aguja: aquella
Pompa de luz, con vanidad de estrella,
Que á los ojos del sol lágrimas bebe.
Pira es de un Fenix que su ser se debe,
Urna es de un justo que renace en ella:
¡Ó lo que el marmol de virtudes sella!
¡Ó lo que el bronce á desengaños mueve!
Yace á España su púrpura, que triste
Vió agonizar de tanto sol la llama,
No muerta, no, á su ser restituida:

Ve en paz (¡ó Peregrino!), y dí que viste
En breve vida eternidad de fama,
En breve muerte eternidad de vida.

Esta oda castellana (dixo Celauro) es de un amigo que tuve en España, cuyo raro ingenio mereció el aplauso de muchos, y refiérola en honor de su memoria. Dice así á un clavel presentado.

Este clavel florido,
Fertil pompa de Mayo,
Nuevo rey de las flores.
Dulce honor de los campos:
El que galan suave
Á la vista y olfato,
Es del ambar desprecio,
De la púrpura agravio:

Este, cuya hermosura
Está simbolizando
Del amor las saetas,
De Júpiter los rayos:
De la planta de Clori
Es fecundo milagro,
Que solo ella pudiera
Producir bienes tantos.
Infundióle en la cuna
Del cristal de su mano
Fragrancias de su aliento,
Y color de sus labios,
Yo vi nacer sus dichas,
Porque á Clori idolatro,
Y amor manda que sea
Esfera de mis pasos.
Envidias, si no zelos,
vestidas de recato,
Buscaban ambiciosas
El venturoso ramo.

Leyó mi pensamiento,
Que son prodigios raros
Lo hermoso y entendido
De mi adorado encanto.
Premio fue de mi fe,
Blason de mi cuidado,
De su favor indicio
Este clavel temprano,
¿Decid, decid, Pastores,
Si correspondo ingrato?
Una flor me dió Clori,
Con un alma la pago.

Gustó tanto Diana de los versos de Celauro, que por hacerle favor mandó á Nise, que tomando una vihuela cantase lo que fuese mas de su gusto; y Nise regalando con su voz las almas, cantó así.

ROMANCE.

Sin lo carmesí las rosas,
Los jazmines sin lo bello,
Y en la púrpura vertida
Manchado el cristal del pecho:
Elisa la desdichada,
Aquel venerado estremo,
Del Troyano por lo hermoso,
Del mundo por lo discreto:
Al salir detuvo el alma,
Aunque la llamó el acero;
Y estas quejas dió á su amante,
Y estos suspiros al viento.
Oye mis últimas voces,
Fugitivo, ingrato dueño,
Y pagame de escucharme
Lo que de escucharte pierdo.

Tu vista para abrasarme
Me traxo al Troyano incendio,
Y cupo en una alma sola
Toda una ciudad de fuego.
¿Quién te imaginara falso,
Si miro en tí compitiendo
La valentia y la gala,
El agrado y el ingenio?
¡ Ó que bien disimulaste
En las flores el veneno,
La hermosura de Troyano,
La fe y el alma de Griego!
En todo anduviste ingrato,
Y en dexarme espada necio,
Que donde queda el agravio,
Nunca hizo falta el acero.
De verme morir de amante
Sabrá el mundo en tu desprecio
Levantar de mis finezas
Estatuas al escarmiento.

Nada tengo que deberle
De esposo y de amante al cielo,
Pues muriendo el uno, huyo,
Pues huyendo el otro, muero.
Aquí le faltó la voz,
Y en los últimos acentos
Enemigo fue á decir,
Y Eneas murió diciendo.

Despues de haber admirado todos la dulce voz y destreza de Nise, ya con silencio, ya con respetos, indicios de verdadera alabanza, volvió la música á divertir el auditorio; y quando ya pensaban que habia puesto sonoro término á la fiesta, les embargó toda la atencion un peñasco, que abriéndose en lo mas sublime de la montaña, descubrió en el interior de su ceño un pedazo de jardin, depósito de

todo lo galan y florido del Mayo. Fue parto de su amenidad un globo compuesto de naturales flores, que servia de esfera al signo de Tauro (luciente honor de la juventud del año) tan jarifo y hermoso, que Júpiter pudo envidiar su forma. Mostraba el celeste animial rubia piel, manchada de estrellas, ceñuda frente, y rizado el pelo en remolinos de oro, media luna en cuernos de plata, con guirnaldas de flores; y todo tan imitado y bello, que á un tiempo infundia horror su ferocidad, y se perdia en el agrado que causaba su hermosura. Conducia el bruto en sus hombros á Narcisa, que representaba al viento zefiro, lascivo padre de las flores. Era su gala manteo corto y vaquerillo de primavera de oro, entre diversos cambiantes:

alas de esferas de plumas, manto de velo de plata, fiado en los hombros, con lazos de diamantes, coturno aprisionado en flores, y de ellas, texidas en guirnalda, ceñida la dorada guedeja. Así apareció la discreta Narcisa, y haciéndola salva todos los instrumentos y voces, voló con apacible movimiento hasta el sitial de Diana, vertiendo entre una blanda plubia de agua de olor tanta cantidad de claveles, jazmines, azucecas, rosas, violetas y alelies, que anegándose el auditorio en aquella pacífica tempestad de flores, pareció susto, y no dexó de ser caricia.

AURORA SEGUNDA.

Muy preciadas de la privanza de Diana vivian las flores del prado, viendo que en la pura sencillez de su aldea, sin desdeñarlas por montañescas, acertaban tan bien á lisonjear su cuidado, que mal despiertas, aun no habian aquella aurora sacudido las perlas de los párpados de sus hojas, y ya la tenian en el campo los deseos de restaurar su salud y vencer su melancolia; si bien fue estorbo de su exercicio el rocio que se disimulaba en la yerva; y así volviéndose al pa-

lacio, sin hacer falta lo espacioso del valle, se fatigó en el paseo de una sala; y saliendo á la del jardin, dió principio á la fiesta de Cesar la música, dividida en quatro coros.

Libre arroyuelo detente,
No te quieras despeñar
Por ser á la tarde mar,
Pues fuiste á la aurora fuente.

Aborto, y no cristalino
Te vió el alba de una peña,
Sin dar noticia, ni seña
Una flor de tu camino;
Y en el valle mas vecino
Quiere usurpar tu raudal
Á todo arroyo el cristal,
La plata á todo corriente,
Libre arroyuelo detente, &c.

¡Tanto correr por llegar
Á rio, y luego morir!
Pues el crecer y adquirir
Te precipitan al mar.
Si corres para acabar,
Mas vale sin tu desvelo
Morir caduco arroyuelo,
Que Danubio adolesciente,
Libre arroyuelo detente, &c.

Cesaron las voces, y luego dando señas de alguna novedad, se oyó dulce turba de instrumentos sonoros en lo hueco de la montaña; y de improviso, todo lo que fue apacible floresta y ameno prado, se vió convertido en un mar, que dilatándose inquieto en azules cristales, pudo servir de espejo á la magestad del teatro. Aparecieron tres hermosos delfines, esca-

mados de plata, que conducian á Laura, Policena y Lucinda, que representaban á Partenopeya, Leucosia y Ligia, dulces Sirenas del mar, vestidas á imitacion de sus Diosas, unas tunicelas de lama azul, recamadas de perlas, mantos de argenteria, y tocados con garzotas, y plumillas blancas. Salieron con tanta hermosura, y cantando con tan lisonjera suavidad, que peligrara igualmente la discreta atencion de Ulises en lo raro de su belleza, y en lo dulce de sus voces. Llegaron á la ribera, y respondiendo en ecos los coros de música, cantaron esta letra á la beldad de Diana las mañanas del acero.

Aquella deyda hermosa,
Pompa de florido mes,

Aurora en trage de Ninfa
Y sol mentido en muger,
Hoy de los campos del Pô
Se ha dexado merecer;
Porque lo oculto y lo bello
Le debieran á su pie.
Baxel en ondas de flores,
Sin tocar onda el baxel,
Campo de nieve con plumas,
Cometa del prado fue.
Todo el vulgo de las aves
La vieron amanecer,
La saludaron jazmin,
La celebraron clavel.
Corred, Zagales, corred
Al valle, al valle, y suaves
Oireis cantar á las aves
Tan á lo nuevo y lo real,
Que han competido esta vez,
Lo airoso de Aranjuez,

Lo dulce de Portugal.
Todo el valle es novedad:
Al valle, al valle, Pastores,
Que en lo galan y lucido,
A ver un sol han salido
Muy de palacio de flores.
Joven Narciso del Reno,
Ó Adonis de Aranjuez,
Triunfo sea de sus ojos,
Y de su triunfo laurel.
Tan bizarro, tan ayroso,
Que lo absuelva su desden,
Tan galan, tan entendido,
Que no piense que lo es.
Sus pocos, sus lindos años
Tan bien logrados esten,
Que lo divino y lo hermoso
Viva sin queja una vez.
No quede Zagala hermosa,
Ni Garzon quede cortés,

Que á ver no baxe á Diana,
Si lo divino se ve,
Corred, Zagales, corred, &c.

En acabando se abrió un escollo marino, y las escondió con ingenioso artificio. Pareció esta apariencia, así en lo armonioso de las voces, como en lo nuevo de la inventiva; todo lo que pudo alcanzar el desvélo del arte, y la buena eleccion del ingenio de Cesar, á quien mandó Diana que prosiguiese los sucesos de Cintia y Alexandro. Obedeció Cesar, y dixo: Dexamos á los dos nuevos enemigos, á Carlos y á Alexandro, con las espadas desnudas, y en bizarra postura para envesitrse en el último lance; mas Alexandro, que amaba á Laura, y no queria mal á Carlos, con preven-

ciones de culpado, y advertimientos de prudente, deseaba no enojar al uno, y satisfacer al otro, y quisiera conseguirlo todo, sin parecer cobarde, ni dexar de mostrarse valiente. Al fin, Alexandro, juntas ya las puntas de los dos lucientes aceros, rompió por tantos afectos con esta voz, entre apacible y severa. Carlos, dixo, Carlos, pues te sobra valor, y no te falta tiempo para satisfacer despues la que tú imaginas ofensa, y la das nombre de agravio, si como caballero, si como amigo y depósito fiel de tu pecho, he merecido contigo alguna estimacion y decoro, te pido, noble Carlos, que temples un breve instante tus iras, que reportes tu cólera, y me escuches. Oyó Carlos suspenso; y Alexandro, levantando la voz porque le oyese Laura,

y prevenirla de lo que habia discurrido para remediar aquel daño, prosiguió de esta suerte: No quiero, amigo Carlos, disculparme contigo, que seria nueva ofensa intentarlo; pero si la verdad merece crédito, y la culpa castigo, ni me absuelvas la una, ni dexes de creerme la otra. Verdad es que yo he entrado en tu casa esta noche, que me has hallado en ella, y que ha sido locura de un deseo, desayre de una curiosidad, y desacierto de muchas obligaciones; y finalmente, que no puedo por esto dexar de confesarme el mas ingrato amigo; pero te juro por la cruz de esta espada (que jamás pensé desnudarla contigo), y por la fe de caballero, que ni tu hermana Cintia, ni tu querida Laura han sabido mi intento, ni su re-

cato dió permision á estos pasos, ni los que hasta aquí me han traido se dieron en tu ofensa, ni se han dirigido á tu agravio. Solo por ver á Laura intenté llegar á este puesto: á Laura digo, Cárlos, á quien tienes escondida en tu casa, á quien pagas justas obligaciones, y á quien guardas con justos recelos; pues negando á mi confianza tus dichas, y su hermosura á mis ojos, diste motivo á tan vana curiosidad en ellos. Al fin, Carlos, solo quiso ver mi deseo si en el retrato de Laura mintieron las ambiciosas lisonjas del pincel el vivo original hermoso, ó el ver si lo bien vestido del cuerpo, si la dulce actividad de los ojos, lo naturál colorido del rostro, el rico aseo del cabello, lo grave ayroso del talle, y fi-

nalmente, si las pocas tiernas auroras de sus años, mas bellas, desmintieron perfecciones al arte. Este deseo comuniqué á Leonida: roguéla que me diera lugar de ver á Laura, sin que ella me sintiera. Sobresaltóse Leonida de oirlo; mas luego que conoció la sencillez de mi intento, y que el gusto de verla no pasaba de los ojos, y en mi conocida modestia se quedaba en curiosidad lo que en otro se pasara á lascivo... Alexandro, Alexandro, dixo Carlos, interrumpiendo el acento de su postrera sílaba, si de todo quanto propones para disculpa tuya nacen nuevos delitos que te acusan, y nuevos agravios que me ofenden, ¿de qué sirve cansarte, y engañarme? Yo tengo contra tí testigos tan abonados, que callando te indician, y mudos te

convencen; y quando fueran verdades las que quieres que lo parezcan, ¿cómo, ingrato Alexandro, cómo mi honor, que vive en las estrellas, dexará de llamarme cobarde, si hallándote en mi casa, y en el quarto de Cintia, no te quito la vida, ó no la pierdo á tus manos, si á la verdad puede faltar la victoria y á la razon la dicha? Y así me resuelvo á decirte en el campo lo que no me está bien que mis paredes oigan; porque á mí no me corran y á tí no te condenen: si bien no serán las primeras que en caracteres sangrientos fulminaron sentencias y condenaron á muertes. Aceptó el duelo Alexandro, que no pudo oir otra cosa que mejor le estuviese. Deseaba apartarse de los ojos de Laura, para prevenir á Leonida de lo que ha-

bia de fingir con Carlos. Finalmente, señalaron el puesto, abrió Carlos, y salió solo Alexandro, y guiando á la alameda del Parque, estuvo esperando mas de media hora.

Era la noche obscura, el cielo embozado con espesas nubes amenazaba sediciosas lluvias en truenos: el viento quebrándose en los árboles, formaba un estruendo confuso, con que la soledad del campo quedaba mas horrible. Todo esto aumentaba confusiones al ánimo de Alexandro, que cansado de esperar á Carlos se paseaba inquieto de unas partes á otras, decorando palabras que decirle, y confiriendo razones con que satisfacerle. Así estaba Alexandro clavado á su mismo discurso, quando vió venir hácia él un hombre, que con apresu-

rados pasos mas y mas se acercaba. Pensó Alexandro que seria Carlos, y que anticipado y colérico llegaba ya á envestirle, por no dar tiempo á otros lances que templasen sus iras. Con esta aprehension sacó Alexandro la espada, y acometiéndole con mas furia que imaginaba en Carlos, á un mismo tiempo llegó á él la punta de la espada, y cayó herido en la yerva, diciendo con un triste suspiro: Hay de mí, que soy muerta: tente, Alexandro, que soy Cintia: Cintia soy, Alexandro, y doblando fragil el cuello con el desamparo del natural calor, cayó lánguido y desmayado con lo demas del hermoso edificio del cuerpo. A voz tan lastimosa quedó Alexandro atónito; y con el súbito espanto, olvidando las venas, corrió

la sangre al desmayo del corazon, cubriendo un sudor de nieve los miembros que antes vistió la cólera de fuego. Perdió el vigor; y sin poder mantener los brazos, arrojó la espada: y dexando caer el ferreruelo, piadoso y afligido, levantando en las manos el rostro elado, y bañando de lágrimas el suyo, comenzó á lastimarse, llamando con blanda voz á Cintia. ¡Hay, decia, mal lograda belleza! ¡Qué impulso, Cintia hermosa, ó qué influxo infelice te traxo á morir á mis manos! ¡Cómo, hay de mí, es posible que la hermosura no goce privilegio con las estrellas, y que por hermosura no la guarden los hados! ¡Ó necia costumbre de la suerte, que siempre las desdichas han de ser de lo hermoso, y siempre la fortuna ha de mirar con

ceño lo entendido, y con ojeriza lo bello! No pudo pasar adelante el afligido mancebo, aunque le pareció que Cintia, con mas color el rostro, y menos pausa el aliento, volvia de aquel breve embargo de la vida, viendo que enmarañadas las nubes en sedicion obscura, voceando con mas valientes truenos, no solo amenazaban diluvios de agua y fuego, pero ya en coléricas llamas explicaban su enojo, y líquidas se resolvian en fecundos cristales. Hallóse el noble Alexandro confuso, y ceñido á tantas turbaciones, que le faltó el discurso (que en ocasiones tan apretadas suele falsear el mas pronto); y ninguna determinacion se compadecia de sus males: por una parte la tempestad le afligia, añadiendo horrores á las sombras, y estorbos á los pasos: por

otra la desdicha de Cintia le tenia tan postrado al dolor, y tan lleno de penas, que las que de nuevo nacian se quedaban de sobra, sin poder entrar en el alma. Si no favorezco á Cintia, decia, si no la libro por aguardar á Carlos, y preciarme de alentado y altivo; me olvido de las deudas de piadoso y noble; y si no espero á Carlos por socorrer á Cintia, aventuro mi reputacion con su crédito: si la fio en dichoso peso á mis hombros, ya me parece que he de encontrar con Carlos, y si sus iras me obligan á no escusar el duelo, y la oculto en la selva, ya la imagino en mas ciertos peligros, pues quando la muerte la perdone lo que le falta de muerte, la primer tirania de un arroyo, soberbio por favorido de las lluvias que espe-

ra; la robará por nieve, ó por flor de estos campos.

Despues de haber estado en esta suspension larga distancia, se resolvió á llevar á Cintia á su casa; y quando ya llegaba á levantarla á sus brazos oyó una voz que confusamente perdida por entre aquellos árboles, Alexandro, Alexandro, decia. ¡Ó valor del iugenio, lo que acosado discurres, lo que oprimido intentas! Apenas oyó la voz, quando sospechó que era Carlos; y en un instante resolvió lo que en muchos no acertó á conseguir su discurso. Comenzó en altas voces á llamar á Carlos; el qual guiado del oido llegó á la parte en que estaba; y Alexandro le salió al paso, diciendo: Carlos, aquel bulto (y dixo esto señalandole á Cintia), aquel, á quien pisan

los pies de aquellos olmos, es un desdichado mancebo, que yace tan lastimosamente herido, qne solo vive á fuerza de parecer ya muerto. Quando llegué á este sitio sentí ruido de espadas, y luego una voz, que solo pronunció muerto soy; y quedó el campo en su antiguo silencio. Alargué los pasos, llegué, conocile, y lastimóme mas su desgracia, por ser joven, hijo de padres ricos, y que gozan de no vulgar estado; y no será justo, ó noble y discreto Carlos, que la rebeldia de nuestros ánimos le niegue los socorros divinos, y le dilate los remedios humanos, y determino llevarle á las primeras casas; y pues una tardanza tuya me ha costado el esperarte, no será mucho que una piedad mia te cueste á ti otro tanto;

así te suplico, que como campasivo me permitas que vaya, y como caballero me aguardes hasta que vuelva. Compadecióse Carlos, y quiso acompañarle, que la piedad siempre fue bien nacida, y muy cortés con la desdicha agena. Escusabase Alexandro, proponiendo razones para que se quedara; y porfiaba Carlos que no habia de dexarle ir solo. El uno inutilmente arrepentido de su resolucion, y el otro bastantemente piadoso en la suya. Aqui fueron las confusiones, las dudas y los temores de Alexandro, pues quando pensó que remediaba el daño, nacian del remedio otros mayores, que hacian su perdicion forzosa. Venció la porfia de Carlos, y animóse Alexandro con el mismo peligro, que donde el valor no falta, los riesgos son emu-

laciones del ánimo con que crece y se aumenta. Finalmente, llegando los dos á Cintia, el mismo Carlos, Carlos el zeloso de su hermosura, el escrupuloso de su honra, el preciado de su entereza, compasivo y piadoso, con sus propias manos se la puso á Alexandro en los hombros. ¡Ó bien engañado Carlos, quien te dixera lo que la noche te encubre, lo que la fortuna te burla, y lo que el ingenio te engaña, y que tu hermana Cintia va en los brazos de tu propio enemigo. Iba Carlos delante, y Alexandro confuso y discursivo le seguia, temiendo que si Cintia volvia de su desmayo habia de descomponer la traza que llevaba pensada, para escusar con Carlos el peligro de entrambos; pero fue tan remiso y pesado el parasismo

de Cintia, que la duró despues mas de una hora. Llegaron á las primeras casas, y Alexandro astutamente prevenido, le dixo á Carlos, que mientras llamaba á la de un conocido suyo, hiciese lo mismo en la de un cirujano que vivia á la vuelta de la calle; y porque no infiriese alguna malicia de esto, comenzó á llamar á una puerta, la primera que le dictó su antojo. Raro caso, que con ser al primer sueño, respondieron al primer golpe: tan despierto está un dormido contra un infeliz, si ha de ser instrumento de sus males. Carlos en oyendo que habian respondido, partió diligente á traer el cirujano; y apenas dió la vuelta á la esquina, quando Alexandro, dexándole engañado, y á los de la casa inquietos, siguio la pri-

mer calle con mayor diligencia; y sin parar en todo el barrio, aun no le parecia que estaba seguro de Carlos. Comenzó Alexandro á conferir consigo, que si llevaba á su casa á Cintia, no le estaba bien al honor, ni á la fama de una doncella de sus prendas, ni menos á su voluntad; pues amando en otra parte, se ponia en obligaciones con la reputacion de Cintia, y en nuevos empeños con la entereza de Carlos. Determinóse al fin Alexandro á fiar del ingenio de Laura el remedio de tantas dificultades, pues á título de enfermedad repentina era facil encubrir á Carlos la desgracia de Cintia, y curarla en secreto. Con esta resolucion llegó á la puerta del jardin de la casa de Calos, por llamar á Leonida, para que avisase á Laura;

mas hallándola abierta, pasó el jardin, y en la primer sala halló luz. Comenzó á voces á llamar á Leonida y á Laura; y ni Laura, ni Leonida respondian. Turbóse de nuevo, y viendo que en toda la casa solo se percibia un silencio de soledad, temió que sin duda Laura, Leonida y los demas criados faltaban por huir los enojos de Carlos; mas como tenia el corazon tan hecho á sentimientos, y el alma enseñada á desdichas, por todo atropellaba invencible, y de todo salia victorioso. Dexar á Cintia herida, sola, y con aquel accidente, le pareció impiedad indigna de un pecho generoso; y de llevarla á su casa volvia á temer nuevas ocasiones de enfado. Era discreto, sobre animoso, discurria prudente, y executaba pronto. Volvióse,

pues, por los mismos pasos á salir con Cintía: y llegando á la casa de una muger, á quien debia los primeros alimentos de la vida, en el nombre Ortensia, en los años anciana, y en la edad virtuosa: llamó, y en conociéndole abrieron. Entro Alexandro, y acomodando á Cintia en la cama de Ortensia, apenas reparó con la luz en el rostro (¡ó nuevo dolor, y desdicha!) apenas distinguió las facciones, quando descompuesto el semblante, y palpitando el corazon de espanto, ¡ay de mí, dixo, que hé muerto á Laura! Laura es, y no Cintia; y quedó inmovil, clavados en su querida Laura los ojos, sin poder volver en su acuerdo el discurso con las razones que Ortensia le decia. Al fin, quando estuvo para discurrir compuso

sus afectos, y con breve deliberacion mandó que despojando á Laura del varonil adoptivo trage, la hiciese unas ligaduras, para que volviese de aquel prolixo desmayo. Desnudaronla el brazo izquierdo, donde tenia una herida, que penetrando la parte superior en desatada púrpura la disolvia la sangre tan apriesa, que fue menester toda la de Alexandro para buscar quien la curase, que tuvo dificultad á tal hora, y en noche tan obscura y lluviosa; si bien los muchos golpes de su porfia en la puerta de un cirujano, le obligaron á que respondiese enfadado, y sus muchas promesas lograron que se vistiese piadoso y baxase diligente; que no hay pereza donde el interes manda. Llevóle por diferentes calles, de industria, y porque no co-

nociese la casa de Ortensia, amenazándole con una pistola, le vendó los ojos, y subieron al aposento: cubrieronse el rostro Ortensia y Alexandro, y al de Laura le pusieron un volante de plata, con que todos quedaron desconocidos á la mayor diligencia de la vista: aplicó á la herida los medicamentos ordinarios; y dando buena esperanza de ella, con nuevas ligaduras, y otras diligencias, volvió de su desmayo á Laura; y perdiendo los miedos con ciertos escudos, que le sirvieron mas de obligacion que de paga, dió palabra que aguardaria puntual todas las noches, y le volvió Alexandro por los mismos rodeos á su casa.

Gastaron todo lo que faltaba de la noche en regalar á Laura, que vuelta del todo al uso de los sentidos, en co-

nociendo á Alexandro comenzó á verter tiernas lágrimas, dando licencia á su dolor en algunos suspiros, y á su vergüenza en algunas colores, que ni por enfermos parecieron claveles, ni por marchitos dexaron de ser empacho, sin poder formar la voz al rigor de su accidente, y á falta de la sangre y el sueño. Rogóla Alexandro que divirtiendo su pena tratase de su alivio, y tuviese por cierto que pues el cielo habia ordenado que fuese instrumento de su remedio, despues de haber permitido que lo fuese de su herida, seria tambien servido de darla salud entera y cumplido gusto; y por entretenerla, prosiguió diciendo lo que le habia pasado con Carlos, la soledad de su casa, y que sospechaba que faltaban de ella Cintia y Leonida; y lo

que deseaba saber el motivo que tuvo de fingirse Cintia, siendo Laura, y de salir á tal hora al parque en hábito tan ageno de su modestia. Bien quisiera responder Laura; pero su desaliento, y la venida de Fabricio no la dieron lugar por entonces. Era Fabricio criado de Alexandro, á quien habia hecho llamar Ortensia al nacer el dia. Traxo Fabricio un papel de Carlos para Alexandro, que recibió de un criado; y fue el caso, que Carlos, despues de haber llamado con grandes golpes al cirujano que habia de curar al herido que representaba su hermana, y llevándole á la casa donde quedaba Alexandro, hallándose corrido con los unos, y avergonzado con el otro, con mas furor y enojo se volvió al puesto de su desafio, y estuvo

esperando á Alexandro hasta que el alba le declaró su engaño, y le llevó á su casa. De toda su familia halló solo un criado, con quien hizo los extremos que se pueden pensar en un hombre que tan bien como Carlos sabia las obligaciones de su honra. Tomó la pluma, y escribió un papel á Alexandro, que fue el que recibió Fabricio, respondiendo que le daria á su dueño. Carlos se quedó en su casa, aconsejándose con su prudencia, sufriendo quejas á su honor, y oyendo voces á su cólera, resuelto de no buscar á Cintia, de no avisar á sus deudos, y de no dar parte á sus amigos hasta que su acero consiguiese la satisfaccion de su agravio, antes que se supiese el deshonor de su casa.

Leyó Alexandro el papel, que ve-

nia muy sangriento, culpándole de mal caballero, de falso amigo, fementido y cobarde; y que para prueba de todo esto le remitia aquel papel de su hermana, que su culpa, haciéndole fiscal de sí mismo, por su propia mano se lo habia dado entre otros papeles de versos. Miróle Alexandro, y conoció que era de Laura, y el que la tarde antes dexaron caer á sus pies en el aposento de Carlos; y que como Carlos decia era verdad, que su inadvertencia al despedirse los dos la misma tarde, se los dió barajado entre otros papeles; siendo solo un descuido origen de tantos accidentes, y ocasion de tantas desdichas.

Nuevas confusiones le causó el papel á Alexandro. Carlos afirmaba que era de Cintia, su hermana; y él ad-

vertía que era de Laura. Acordábase luego que tambien Laura habia dicho que era Cintia quando cayó herida en el parque; y de lo uno y lo otro inferia indeterminadamente que Cintia con él era Laura, y Laura con Carlos era Cintia.

Afligida miraba Laura á Alexandro, viéndole mudar el semblante á cada letra en freqüentes afectos; y animándose como pudo, le preguntó la causa de su disgusto. Alexandro, alegre de verla mas alentada, por salir de las dudas que le tenian confuso, le contó lo del papel de Carlos, pidiéndola le sacase de tantas en que el discurso vacilaba arbitrario. Miróle Laura, y con una blanda risa respondió así: ¿Es posible, ó discreto Alexaudro, que con un hombre tan cortés y en-

tendido, le cueste tanto á una dama decir su sentimiento, y declarar su cuidado? ¿que no basten las transformaciones pasadas, ni los desengaños presentes? Ó es mucha desconfianza vuestra, ó poca suerte mia; pero si ya es forzoso lo que imaginaba superfluo, digo, amado Alexandro (y prosiguió salpicándose de su propia vergüenza), digo que soy Cintia, el nombre de Laura supuesto, los amores de Carlos fabulosos, y sola mi voluntad verdadera. Carlos quando os vió enamorado, usando de su natural zeloso, fingió que mi retrato era ageno, por divertir vuestro pensamiento con este engaño; y yo, usando de mi natural recato, quando me vi obligada de vuestras finezas, aproveché su mentira para comunicaros las mias. Los

sucesos que referí del Duque y del Marques Alberto, solo sirviron de dar mas crédito á mi transformacion, y el dexarlos suspensos la primer noche que nos oyó una reja negociar con vuestro deseo, para que volviésedes puntual la segunda, y continuar el vernos, porque el amor creciese cón el trato, y llegase á la última perfeccion la fineza, sin fiar al primer exâmen de vuestra voluntad mi reputacion y mi fama; que no se compadecen mal en una muger noble escrúpulos honrados y pensamientos tiernos; y como amor es niño, no sale de invenciones, y siempre trata en ardides, como es hijo da Marte. Al fin, despues de arrojaros ese papel que Carlos os remite en el suyo, por una puerta oculta en su mismo aposento, de acudir

vos al jardin, de reduciros Leonida á mi quarto, y de esperar yo descubriros enigmas que os engañaban y transformaciones que me afligian, estorbó Carlos mis dichas, ocasionó mis pesares, y dió principio á vuestra enemistad y discordia. Temblaba yo de oir á Carlos; pero sin perder el ánimo, en tan grave peligro me persuadió á mas esfuerzo el riesgo; pues en oyendo que Carlos os denunciaba al campo en la alameda del parque, con el aseo que me enseñó la prisa, me puse ese vestido, que fue facil en un baul, que con algunos de Carlos guardaba mi aposento. Salí, pues, de mi casa con intento de obligaros con lágrimas á no sacar la espada con Carlos, temiendo una desgracia, de que pudieran proceder otras muchas,

que mancillando mi honor, no me perdonasen en mi sentimiento la vida.

Desengañado y contento oyó Alexandro á Cintia, y mas caricioso con ella, mas galan, y mas fino, la hizo tantos regalos, la buscó tantas diversiones, que al gusto respondió la salud. Sanó de la herida, y convaleció tan linda su hermosura, que pudo negar á la enfermedad que la habia tenido. Luego se desposaron en secreto, y una noche, con mucho acompañamiento de coches, la llevó Alexandro á su casa.

Todo lo que duró el achaque de Cintia estuvo Alexandro oculto, sin responder al papel de Carlos, ni salir de la casa de Ortensia; y porque no lo presumiese cobardia de su ánimo, en llegando á la suya le escribió un

papel, diciendo que Cintia era ya su esposa, y que el honrarse con su mano no habia sido satisfacerla pérdidas de su opinion y decoro, que en esta parte sus mismos pensamientos la dudaban humana, sino amarla como á perfeccion de virtud y belleza; estremos milagrosos, y solo comparables en el divino sugeto de Cintia; pero que si gustaba que pasase adelante el duelo, á las ocho de la noche aguardaria en el parque, donde desmentiria su acero presunciones de su cólera y deslumbramientos de su pluma. Quando llegó el papel estábamos ya de propósito con Carlos algunos amigos tratando de las paces; y aunque le sobresaltó la novedad de Alexandro, dexándose persuadir de la razon propia, y del ageno ruego, perdonó á Ale-

xandro, y le envió regalos y joyas á Cintia; que mas valiente llega á perdonar una injuria quien mas osado sabe castigar un agravio.

La ocurrencia de amigos y el tráfago de criados y coches tenian ocupada la calle de Alexandro á tiempo que volvian del viage de Loreto Alfredo y Porcia, y guiando el cochero por ella, mandaron á un criado que supiese la ocasion de aquel festivo concurso. Informóse de todo, y dixo mas de lo que habia oido. Porcia quedó suspensa, y Alfredo suspenso y admirado; y como los dos primos se habian sospechado los pensamientos, fue entonces facil declararse sin lengua, que los afectos es el mejor lenguage del alma. Suspiraba Alfredo, llamando falso amigo á Alexandro, y lloraba Porcia, lla-

llamándole ingrato y falso amante: Nada disimulan los zelos, que tienen de villanos el no perdonar injurias, y de traydores el no guardar secreto.

Otro dia visitó Alexandro á su amigo, y quiso satisfacerle con la verdad del suceso de Cintia; y aunque Alfredo con algunos indicios de agrado desmintió en el rostro lo que sentia en el alma, ni pudo consolarse, ni acertó á divertirse. Porcia, á ruegos de su padre, fue á visitar á Cintia, si bien no la llevó este cuidado; pues buscando lugar de verse con Alexandro, con ansias de zelosa, y libertades de ofendida, le dixo mil pesares: vertió lágrimas, é hizo tales estremos, que la temió Alexandro, y pudo con dificultad disculparse, y hacer que no la sintiese Cintia; pero al fin obró por entonces

con ella el desengaño, reportóla su honor, y no quiso escuchar á sus zelos.

Era Porcia discreta en estremo, y tenia un natural cariño con que obligaba á quererla: hasta en la voz era hermosa, y con un dulce acento ponia mil hechizos en todo quanto hablaba: prendiase con novedad ayrosa, y en la menor buxeria del adorno tenia el primer voto su bien sazonado gusto. Estas gracias, y el preciarse un instrumento en sus manos de tierno, aficionaron á Cintia de modo, que prendida de su ingenio, la obligó á tenerla en su estrado los mas dias. Tráxola consigo á su quinta, donde las dos amigas entretenian el tiempo, que huye por dexarnos. Alfredo, á título de amigo de Alexandro, y primo de Porcia, los visitaba algunos

dias; si bien Alexandro le mostraba un desvio tan cortés, que pudiera (á no estar enamorado) leerle su disgusto en los ojos. Cintia por no darsele á Porcia (al juicio de Alexandro) admitia sencillamente á Alfredo; y tal vez estando fuera del valle consintió acompañarlas quando salian al campo, ó pasaban el rio á requerir las pesqueras que los Serranos las tenian prevenidas. Lidiaba Alexandro con algunos pensamientos que le tenian sin gusto, y buscaba modo para decir á Alfredo que olvidara su casa, y á Porcia que se volviese á la suya, sin que Cintia percibiese la causa de su enfado, ni sospechase en él desconfianzas de su valor, que en el concepto de Alexandro gozaba Cintia excepciones de divina, y los zelos no la

supieron el nombre para desvelar á su esposo, enfrenados de un interior respeto, que solo con dexarse ver infundia su hermosura.

Con estos pensamientos le tenia su jardin una tarde, y Porcia viéndole solo, llegó con algun sobresalto, diciendo que importaba hablarle en parte donde solo la soledad y el silencio los oyese. Confuso Alexandro, casi sin responderla guió á lo mas oculto de unos árboles; y entonces Porcia comenzó á turbarse, y dexando unas palabras por otras, en elegir algunas, no acertaba á decir su cuidado. Alexandro temió algun daño, y neutral entre varios discursos, á un tiempo deseaba saberlo, y que Porcia no acertase á decirlo. Al fin Porcia, añadiendo nuevas turbaciones á las primeras,

dixo que Cintia, olvidada de su honor le ofendia. No la dexó decir mas Alexandro, y sacando la daga quiso pasarla el pecho. Desmayóse Porcia en sus brazos, y con el movimiento vió que de la manga se le habia caido un papel: abrióle, y conociendo que era de Cintia, mas desmayado que Porcia, leyó lo que escribia en él, que en suma era decir, que su esposo habia de estar en Mantua el dia siguiente, y otros, y que así diese orden de venirla á ver disfrazado en el trage que solia otras veces. Quando acabó de leer Alexandro, le pesó de lo que habia hecho con Porcia, y rociándola el rostro, volvió de su desmayo. Porcia, sentida de su desprecio, quiso volverse, diciendo, que mucho mas merecia quien por amarle, zelosa y

desvelada miraba por su honra; pues siendo Alfredo su primo quien le infamaba su casa, anteponia al afecto natural de su sangre la satisfaccion de su ofensa; y que pues sus finezas no alcanzaban con él mas valimiento, la diese licencia para volverse á su casa. Detuvola Alexandro, y caricioso la pidió perdon, diciéndola que no admirase aquel exceso, sabiendo quan respetada vivia en su pensamiento la virtud de su esposa. Oyóle Porcia, y con facil ruego dixo como Cintia y Alfredo se amaban, que las caricias que le hacia eran cohecho de su secreto, y que Alfredo con pretexto de deudo la visitaba como primo, y á Cintia como amante, y muchas veces disfrazado en hábito de serrano; y finalmente, que llamándole Cintia por aquel papel, se lo habia dado, para

que sin sospecha lo enviase como suyo á su primo. En acabando Porcia concertaron que luego se le remitiese á Alfredo, y que Alexandro, fingiendo por la mañana su ausencia, se ocultase en un sitio, defendido de lo mas espeso de la selva, por donde en saliendo al valle Cintia y Alfredo, los guiase Porcia, para que Alexandro, ratificando los primeros indicios, hiciese á sus ojos testigos de su ofensa. Con esto se despidieron, y Alexandro se salió al campo, y olvidado de su claro juicio, prorrumpiendo en lastimosas voces, comenzó á quejarse de sus desdichas, llamando infame á Cintia, traydor á Alfredo, falsa á Porcia, y enemigos de su honor los mismos árboles y peñas que le oian; pues sabiendo entonces responder á sus voces, acecharon antes su

afrenta, y no le dixeron su deshonra.

Acudió Alfredo en hábito de labrador, por encubrirse de la malicia de los villanos, y salieron al campo Cintia y Porcia en trage de serranas. Cintia de lama verde, guarniciones de oro, y el sayuelo bordado. La mitad del cabello rizo y aprisionado en flores, y lo demas fiado en una colonia á la espalda. En fin, la serrana mas linda que vió la vecindad del valle. Miróla Alexandro, y parecióle mas bella, como la miró menos suya; y haciendo misterio del trage, juzgó que por imitar el de Alfredo la indiciaba mas el delito. Eligieron un puesto donde las flores, conservando su primera hermosura, se preciaban de niñas, con haber vivido mas tiempo. Duró la conversacion menos

de lo que deseaba Alfredo, y mas de lo que quisiera Alexandro, que distante no percibia las palabras, y zeloso oia los pensamientos. Baxaba ya la noche, y Porcia antes de retirarse á la quinta, dexando solos á Cintia y á Alfredo, fingiendo lo que quiso, llegó donde estaba Alexandro, diciéndole que Alfredo aquella noche se quedaba en el jardin oculto, hasta que Cintia, retirada al sueño la familia, baxase á subirle á su quarto; y que así era forzoso que él se escondiese antes en el mismo sitio, donde aguardase que ella le avisase, quando Alfredo sin armas, y Cintia sin rezelo, pudiese con mas seguridad satisfacer su agravio.

Sucedió todo como previno Porcia, sí bien Alexandro, quando sintió que Cintia baxando al jardin llamaba á

Alfredo, y los dos subian juntos la escalera, ni quiso aguardar que le avisase Porcia, ni pudo reportarse; y prevenido de una pistola, le pasó el vil corazon con las balas al injusto y traydor Alfredo, y á Cintia la dió las heridas que bastaron á quitarla la vida. No paró en esto la venganza del ofendido Alexandro; porque buscando á Leonida, la dió de puñaladas, como á cómplice de su afrenta, y depósito infame de los lascivos pensamientos de su esposa.

Esta, señora, es la desdichada historia de Cintia, y la venganza honrosa de Alexandro; advirtiendo á V. A. que si bien Alexandro confiesa la muerte de Cintia y Alfredo, jura como caballero que jamás tuvo intento de ofender á Porcia, si ya no permitió la

suerte, que teniéndola por Leonida, embarazado con la obscuridad y el enojo, le diese las heridas que refirió el serrano, con que lastimosamente quedaba agonizando su mal lograda hermosura.

Mostró Diana tiernos afectos de piedad, y diciendo, que solo aguardaba que Valerio volviese de la quinta de Alexandro, para guiar á mejor estado su causa, mandó proseguir el certamen: y Federico, galan, y comedido, recitó esta silva á una fuente que dió de beber á Laura.

Hija de pobre peña,
Tierna, festiva, música sonora,
Fuentecilla risueña,
Y búcaro de agua, en quien conserva
Tu margen, ramillete de la aurora,

Pabòn de Abril, espejo de colores,
Donde se peyna y se compone el dia.
Ayer la dulce, la enemiga mia,
(¡Ó venturosa fuente!)
En tu estrado sentada,
De la sed fatigada,
Narciso la temí de tu corriente,
¡Ó venturosa fuente!
Fresca lisonja mitigó su pena,
Bebió de una azucena
Un clavel floreciente:
Y el líquido cristal con él humano
Se halló vencido, y se turbó en la mano
Del cándido accidente:
¡Ó venturosa fuente!
Diselo, si te acuerdas de su cuna,
Quando tienes tan próspera fortuna,
Y á tu primera dicha un envidioso,
¡Ó cristal venturoso!
De aquel diamante nunca enternecido,

De aquel desden en un jazmin bebido,
De una peña naciste,
Y en otra peña de cristal moriste:
Que mi divina aleve,
Quando mas suspirada,
Es á mis quejas pedernal de nieve,
Que dá centellas, y se queda elada.

Cesar discurrió en estas canciones, haciendo ingenioso paralelo de Cloris á dos palomillas.

¿Viste, ¡ó Clori! este prado,
Que fue valle de flores,
De alternados amores,
De imaginados zelos,
Y desdenes suaves,
De dos amantes aves?
Pues de su paz sabrosa,
Ya es tálamo florido,
Ya son de amor las plumas de su nido.

¿Viste enojada, Clori,
Con picos gemidores,
Riñendo sus amores
Las tiernas avecillas,
Y que volvieron luego
Á su lascivo fuego?
¿Viste con qué fineza,
Con qué amoroso exceso,
Se contaron las plumas beso á beso?
Pues si lo viste, Clori,
¿Cómo, bella enemiga,
Su exemplo no te obliga?
¿Y consientes, ingrata,
Quando dos simples aves,
Con besos tan suaves,
Al prado y á la fuente,
Cuentan flores y arenas,
Que yo cuente sus besos con mis penas?
Clori, si con las aves
Templaste tus enojos:

Pues yo te vi en los ojos
Piedad en pocas perlas,
Y tú viste en los mios
Envidia en muchos rios,
Contemos, Clori hermosa,
Con picos mas suaves,
Flores al prado y besos á las aves.

CAMILO, EPÍGRAMA Á LICE.

Tan bien prendida en el coche
Vas, Lice, y viuda tan bella,
Que pasas plaza de estrella
Con el mongil de la noche.
Si amor tu cuidado mueve
Á tanta gala, rezelo
Que es tu mongil mongibelo;
Que arde en fuego, y viste nieve.

EPÍGRAMA Á CLITO, MALDICIENTE.

Clito, aquel universal
Detractor y maldiciente,
Por decir mal solamente,
De sí mismo dixo mal,
Notablemente reí
De oir (Roselino) á quien
Solo acertó á decir bien,
Quando dixo mal de sí.

No me lo ganará por lo marcialista el agudísimo Camilo, dixo Don Chiste, que tambien yo me he desayunado esta mañana con ciertos epigramillas, que dicen que son eficaces para quebrar la cólera, por lo que tienen de agrio y picante, y muy propios de mi ingenio, por lo lacóni-

cas y enanas. Audite á un cierto sabandija entremetido de Marte.

Cabo de Esquadra á Marquillo
Dicen, que hizo el Capitan,
Porque su muger (Tristan)
Le hizo cabo de cuchillo.
Qué bravo esquadron valiente
Con los dos se puede hacer,
Las mangas, de su muger,
Dél, los cuernos y la frente.

EPÍGRAMA Á UN AMIGO POCO LIBERAL.

De la muno á sangre fria
Te sangró el Médico ayer,
Y acertó, aunque habia de ser
De otra parte la sangria,
Que el interes inhumano
Quiso en la barbada parca

Evacuarte la del arco
Por la vena de la mano.

EPÍGRAMA Á ORTIZ.

Ortiz, yo llego á creer
(aunque ha que naciste, Ortiz,
Treinta años) que tu nariz
No ha acabado de nacer.

Á la risa de los versos de Don Chiste sucedió la gravedad ayrosa de Roselo; y con galanteria y despejo dixo asi á la beldad de Nise, retratada en la rosa.

SONETO.

No pises, no, deten el pie de nieve,
No pises esta desmayada rosa,
Que á los claveles de tu boca hermosa
La ya marchita púrpura les debe.

Esta que poseyó ceptro tan breve,
Del prado en la república olorosa,
Hallete (¡ó Nise!) alguna vez piadosa,
Si tu retrato á lástima te mueve.

Pero si acaso enternecida lloras
La muerte de una flor, ¡ó dueño ingrato!
Por ser copia gentil de tus auroras:

Nisida teme que en tan breve rato,
Sin la prolixa guerra de las horas
Falte el original, como el retrato.

FABIO Á LA ROSA.

SONETO.

Del prado sol, y de la fuente aurora
Madrugó á ser la rosa castellana,
Dando en el trage que vistió de grana
Honor al monte y magestad á Flora.

Intratable entre espinas enamora,
Y en el búcaro de agua mas lozana,
La que con puntas ofendió tirana,
No esquiva se conserva y se mejora.

Ó flor, que fuiste de crueldad divisa,
Dila, si al vidrio llega, Clori hermosa,
La que en tus hojas su beldad traslada.

Clori, el suceso de una flor te avisa,
Que mas, si agradas fiera y desdeñosa,
Agradarás tratable, ó Clori amada.

CELIO Á LA ROSA.

SONETO.

Hija del blanco pie de Venus bella,
Nuevo purpureo fenix de las flores,
Que desplegando plumas de colores,
Rompes el nido de tu verde estrella.

Cupido, flor que en lo encendido della
Imitas de su llama los ardores,
Y en espinas armadas de rigores,
Las flechas que causaron mi querella.

Rosa gentil, que al alba te vestiste
Tiernas plumas de púrpura olorosa,
Y al miedo de los ayres la perdiste:

Fragil nació tu vanidad hermosa,
Pues de toda la gala que tuviste
Apenas decir puede que fue rosa.

CELAURO Á LA ROSA.

SONETO.

Música dulce, lisonjera fuente
Del verde margen despertó la rosa,
Que al pueblo de las flores mostró ayrosa
Diadema de oro en la purpurea frente.

Nació al aurora, y espiró al oriente,
Haciendo ocaso de su luz preciosa,
Que anochece la dicha de una hermosa
Sin haber menester al occidente.

Naciste (¡ó flor!) con presuncion de estrella,
Mentira fue, pero duró en tu dicha
El curso de las horas mas florido:

Y sola es mi esperanza (¡ó rosa bellla!)
Mas infelice, que es mayor desdicha
Que en naciendo morir, no haber nacido.

Pues tambien yo (dixo Don Chiste) vengo con mis catorce de soneto, que no me faltan mis amigos de caudal para llevarme á mi Caliope por esos trigos, aunque nos achaquen á á los enanos que somos chistes de los

partos y bernardinas de la naturaleza. ¿Pues pensaba Madama Rosa de Alexandria, muy preciada de Princesa de la Sangre, salirse por esos campos con su guarda Tudesca de mal condicionadas espinas á dar madrugon á las flores, y escaparse de mi culto y pululante soneto? Pues alla va en crítico, entre Castellano y Armenio, con sus trisulcos y fulgores; que tambien los enanos, como los cultos, tenemos nuestra babilonia de lenguage.

Salió Madama Rosa esta mañana
Vistiéndose á lo nuevo cultamente,
Al pedazo de espejo de una fuente,
Su saya entera, y su brial de grana.

Que suena, dicho en lengua culterana,
Realcitrando púrpura luciente,
Y libando candores al oriente,
Trisulco fue de Abril, rosa temprana.

Miróla la azucena, que en camisa
Se levantaba de dormir, y luego
No se acertó á prender de pura risa.
Ya lo crítico dixo Cultigriego,
Ó espirante con tanta candor prisa,
Cataclismo de Albor, Nenia de fuego.

Esto sí que es escribir culto con nueva locucion y ornato de frases, y no la plebeyona claridad de los muchos *patos del agua chirle castellana.* Miren vuesarcedes aquel realcitrando púrpura de mi soneto; ¡qué gravedad de tropo tan bien conseguida, y los afectos misteriosos que exprime! y luego la energia que tiene aquel, trisulco fue de Abril. Vive Apolo, que no lo dixera con mas gala el Poeta Semiramis, ni el Filósofo Barbarroja. ¿Pues de quando acá, Don Chiste, dixo Dia-

na, te has metido á Poeta, tú, que nunca supiste escribir una copla? No indague, no averigüe V. A. (replicó Don Chiste) si lo soy, ó no. ¿Y qué me falta á mí para serlo? Tiene mas lances este negocio que alzarle á un amigo algunos papeles de poesia, y pasándolos de un Reyno á otro acostarme impotente de ingenio, y lampiño de vena, y amanecer como prole regia, y barbado de poeta de anillo hecho y derecho? Suponga V. A. que me sucede á mí como a todo poeta flamante, y que salgo de mi casa á introducir mi tropelia de versos adoptivos con una cara de Pasqua, enjaguándome la boca de risa de gargarismo, caricioso el semblante, y de envestidura de obra nueva, llego al tumulto de mis paniaguados, y ha-

ciendo corro de saludador, y auditorio de sacamuelas, desembayno la patarata, y amagando de parola, me atiende el convocado populo. Formo el preámbulo, brujuleando algunos escrúpulos de modestia, mezclados entre miedos y desconfianzas de mi mismo; añadiendo aquello de la facilidad, y que es gracia gratis data, y que sin sentir, en un santiamen, despacho media gruesa de seguidillas en octava rima. Leo mi papelito, parece bien, ó á mí me lo parece: y levantando todos el tácito alarido de la admiracion, ganó aplauso como el puño, y quedo confirmado en poeta original, y escritor por ensalmo. Luego con licencia de mi mentira, metiéndome á los zuecos de la cómica, doy que añadir á la novedad con una comedia

que tengo casi acabada á lo divino, que la intitulo: *Los siete durmientes de Lara*; en metáfora de los siete Infantes; y por vida de Don Chiste, que si acomodo bien el papel de Nuño Salido, que ha de ser rayo de quantas se han representado en España; que todo es comenzar á ser poeta, duende, y sanguijuelas de las sazones; y aunque se escriba de prestado, perder el miedo á los silvos. Y advierto á V. A. que tengo cierto pronóstico de que tengo de ser Rey de Romanos por la poesía, en fe de la figura de un astrólogo amigo, barbado de hermitaño, y con su añadidura de alquimista, que un dia me pidió dos reales, que solo le faltaban para hacer mas de diez millones en oro con la piedra filosofal; y por Talia que me holgara

que el astronómico Vaticinio no me falsease, solo porque se consuelen los enanos y poetas cultos, y sepan que tambien son gente, y que se hizo para ellos la dicha, olvidando la poltrona queja que tienen de que el hado y las estrellas los miran de mala guisa, y son desvalidos de la fortuna. Y con esto V. A. me de licencia, que no puedo pasar de aquí; que me ha ocurrido de relámpago un concepto, y me voy á hacer medio siglo de epigramitas á Libia, proto-enana de V. A. que siempre anda conmigo de chisme y ceño, dandome suegras á cada paso, pues es lo mismo pesadumbres y tartagos, solo porque no galanteo á lo camaleon de palacio á Tristana su hija, con pretension de tálamo y maridáge. ¡ Miren que matrimonio para un

Corpus con tarasca y demonio de auto! La suegra Libia, y la esposa fea, *nacida entre estas arenas, engendradoras de sierpes.* Mas temo el ensuegro que el desposorio: la muger propia se muere, y enviudo; pero la suegra que estará rehacia en un matrimonio, viviendo á cántaros, dándome trato de suegra, y suegra á narices, como humo, ¿quién habrá que la mate? Si hay suegra hecha á prueba de tabardillo, como de mosquete, y suegra tan glotona de siglos, que se vive diez Matusalenes de una asentada, y dexando atras el guarismo á contar años, se queda con hambre de vida. Yo conozco parroquia caduca de edificio que no se ha desayunado de suegra desde su primera piedra. No hay fisico graduado en ruibarbo, tan preciado de

serlo, que haya restañado los años á una de estas porfias del tiempo; espirando á sus récipes dueñas, maldicientes y linajudos, sin dexar á vida roso, ni lampiño: *Que por diversos modos, de muerte de Doctor morimos todos.* En ellas se embotan los médicos, se quiebran los barberos, y saltan los boticarios como espadas francesas; y al fin Doctores, y á siglos, *dueña eternal es caso reservado.* Acabó Don Chiste haciendo mil ridículas reverencias, y diciendo este epígrama, desapareció de la sala.

Fabio, á suegras no hay morir,
Que nacen por nuestros daños
Mitridates de los años
Al veneno del vivir.
Pero si saber te alegra
Los años que no la ves,

Par viejo el mundo, aun no es
Como una mitad de suegra.

Segunda naturaleza la escultura de un artífice primo, copió en un marmol á Cintia, dama tan forastera con sus mismos afectos, que no la merecieron piadosa sus sentimientos propios, ni los agenos males apacible. Cupo este sugeto á Teodoro, y escribió este epigrama.

Ten, no prosigas, no, que será herida,
Y no primor, el golpe que la dieres
Á esa imagen de Cintia, y si la hieres,
Faltará en poco marmol mucha vida.
Mas si el cincel se adelantó, y herida
Muda la voz en su dolor sintieres:
No es marmol ya la que en silencio vieres;
Aun el alma la diste parecida.

Solo su no sentir, y tu obrar púdo
A una piedra mudar naturaleza;
Y en lo sensible avergonzar lo humano.

Marmol dexó de ser dos veces rudo
En Cintia transformado en mas dureza,
En Cintia convertido de tu mano.

Explicó en esta oda Lisardo la eternidad de su esperanza.

Coronado de espigas,
Agosto, en rubias mieses
Logra á prolijos meses
Cuidados y fatigas,
Trocando su tesoro
Verde esperanza en posesiones de oro.
Que galan el verano
Y el zefiro, que tierno
Vengaron del invierno
La montaña y el llano

Do en batalla florida,
Ni una seña de Abril dexó con vida.
Pompa y verdores pierde
Al enojo del rayo,
Olmo, que ya es del Mayo
Joven florido y verde,
Y corona del viento,
El que sirvió á las selvas de escarmiento.
Hija de insulta peña,
Que festiva y sonora
Es cisne de la aurora,
Fuentecilla risueña,
Que el Enero insolente
Armiño fue de plata su corriente.
Mucha fortuna, y poca
Nave, con menos suerte
Tuvieron ya por muerte
El miedo de la roca,
Y en peligro tan cierto
Paz le ofrecen las ondas, otro el puerto.

Todo, Lisida mia,
Lo va el tiempo mudando,
Con variedad trocando
La pena en alegria,
Todo su fin alcanza,
Y yo solo nací para esperanza.

Prosiguió Fabio la diversion con este Madrigal á la maravilla, cuya vida parece dicha en hermosa.

Ó maravilla, tan del todo hermosa,
Que arguye eternidades en la rosa
Lo poco que viviste;
Pues tú misma dudaste si naciste
Tan luego desmayada
En los brazos de Flora,
Que aun no te pudo conocer la aurora.
Que bien simbolizando con mi suerte,
Noticia de tu vida dió tu muerte.

Lauro, que se seguia en el orden, dixo así á su amor, que imposible se navegaba la pluma.

SONETO.

Lloro y callo, estimando en mi tormento
La gloria del silencio de mi llanto,
Y en todo lo que callo no adelanto
Un paso á la esperanza que alimento.

Temome á mí, quando decir intento
La causa del dolor, que estimo tanto,
Que está á peligro mi secreto, en tanto
Que lo sabe de mí mi pensamiento.

Infinito es mi amor, y desespero
Explicarlo en mi voz: será delito,
Que tratarlo en mis lágrimas presuma:

Es celestial la causa por quien muero;
Y así de lo inmortal y lo infinito
Solo es capaz el alma, y no la pluma.

Pareció mas de lo que merecia este soneto en Lauro, por no ser muy avisado: si bien templaba este descuido de su dicha, hablando solo en lo que sabia, escarmentado en lo que Apeles y Megabiso (que refiere Plutarco), de suerte, que pudiera parecer entendido.

Gustó Diana que cantase Lisida, que mal hallada en los festines de palacio, había consagrado sus pensamientos á la religion. Volvióla clavel su vergüenza, y dando diez jazmines á un instrumento, y mil suspensiones al ayre, describió así la hermosura de su esposo.

Ciudadanas del monte,
Zagalas de estos prados,
Atended á las señas
De mi consorte amado.
De la planta al cabello
Es hecho de milagros,
La voz de su silencio
Formó cielos y campos.
En su rostro agradecen
Á lo roxo y lo blanco,
La nieve, su desprecio,
La púrpura, su agravio.
Sus cabellos parecen
Los pimpollos rizados
De la palma, que al viento
Tiende rubios penachos.
Negros son como el cuerbo,
Tan lucidos, y tantos,
Que en guarismo de estrellas
No supo el sol contarlos.

Sus ojos de paloma,
Que en los arroyos claros,
Es Narciso de pluma,
Y azucena del prado.
Corte son de la luz,
Escuela de los astros,
Do el cielo estudia dias,
Do el sol pretende rayos.
Dos jardines de flores
Sus mexillas formaron,
Donde á vivir en nieve
Quiso quedarse el Mayo.
Lo lindo de la aurora
Le copia de sus quadros
Ambar para el aliento,
Carmin para los labios.
Los lirios de su boca
Los mueve destilando
Mirra, si entre jazmines
Abre la voz el paso.

Es tan cortés y afable,
Que peligra en su agrado
La opinion de divino
Con las sobras de humano.
Tierno llamó á mi puerta,
Y á su amor desvelado
Dormida mi fineza,
Le respondió lo ingrato.
No duerma quien bien ama,
Porque dormir amando,
Si es alivio en los ojos,
Es en el alma agravio.
Perdieronlo los mios,
Y así lo lloran tanto,
Sí bien con lo sentido,
Es poco lo llorado.
Tales son mis desdichas,
Tal es mi dueño amado.
¿Decid, decid, Serranas,
Si lo habeis visto acaso?

Bien mostró Lisida en estas endechas la modestia de sus pensamientos, quando el exemplo se los selicitaba mas festivos. Los dulces conceptos de su voz fueron los postres de la fiesta. Y porque no le faltase nada de real y festivo, al son de muchos laudes y violones, salieron danzando ayrosamente en una máscara bizarrísima quatro damas y quatro caballeros, vestidos en hábitos de monterias monteras ricas, con multitud de plumas, máscaras negras, y en vez de hachas unas cornucopias de oro, con variedad de flores. Venia delante Don Chiste tocando un laud, y sirviendo de maestro de danzar, vestido de máscara ridiculamente, con calza alta de grana decrépita, jubon frances escarcelado, y en punta, valona disforme, redon-

da, y con picos de pocos alfileres, gorra Milanesa con martinetes de gallo, mangas anchísimas con su amago de puño, zapatos de gota, sin orejas, y romos y pendientes de la pretina, á lo de Nuño Rasura, todas las baratijas de la gala antigua de Castilla, escarcela de terciopelo, mocador plegado, guantes de entre gasa y ambar, rosario de cuenta hermitaña, antojo adrede, y cornetilla de no hay peor sordo, y haciendo tales visages de reverencias, que ocasionaba á descompuesta risa.

Flora y Cesar entráron de lama verde, y bordados en el campo muchos cupidillos de oro, que tirando de unas palmas reñian por quitárselas los unos á los otros, simbolizando la competencia con que se amaban, por llevarse la gloria de mas finos; y Cesar,

porque supiese Diana el gusto que Flora tenia de elegirlo esposo, como lo habia favorecido amante, pintó en una targetilla de plata una corona ceñida de rosas, flores de Venus, y en una cartela muchos ceros, y por letra:

Ó Cesar, ó nada.

Narcisa de noguerado y oro, y Camilo de lo mismo, y dando á entender que vivia tan enamorado de su belleza, que aunque procuraba ocultar su amor no podia. Sacó en una empresa significativa de este pensamiento un fanal con un corazon abrasado dentro, cuyos rayos pasaban sin impedimento el diáfano cristal, á pesar de su clausura; y la letra en lengua Toscana.

E fuoco amor, risplendere può oculto.

Nise de raso de oro encarnado, y Celauro de lo mismo, y simbolizando muy á lo fino, que le sobraban penas, y le faltaba esperanza; sacó de valiente dibuxo la hydra de Hércules, monstruo de siete cabezas, y una espada, que regida de un brazo le cortabá una, y en su lugar nacian muchas; y por alma de la empresa:

La cortada, mi esperanza,
Y las que nacen, mis penas.

Estela, dama tan entendida como hermosa, salió de naranjado y flores de plata, y á su lado Federico, que significando su ingratitud y dureza, y

lo encendido de su amor, pintó un pedernal, que herido brotaba ardientes centellas, y dando en un corazon lo abrasaban, y la letra decia:

Dá el fuego, y se queda elado.

Danzaron con admiracion de todos; y sin dexar alguna esperanza de ver mas bien lograda la bizarria, y el buen ayre, pusieron término á la fiesta de aquel dia.

Divertidas así las tristezas de Diana, se daban á partido, engañadas con estos entretenimientos; y gustosa de que se prosiguiesen, mostró deseo de que Celio en su tercer aurora la recitase algun amoroso poema, que ajustándole con el titulo de los enemigos amantes, ni fuese tan breve,

como el Bocacio en sus Novelas, ni tan dilatado como el Leucipe y Clitofonte. Agradecióla Celio la ocasion que le daba de servirla; y haciendo mas gala de su obediencia que de su ingenio, se retiró luego á escribirle; porque aun no hallasen sus desayres la civil disculpa en lo breve del plazo, ó en lo desprevenido de la pluma.

LAS AURORAS
DE DIANA.

SU AUTOR

DON PEDRO DE CASTRO

Y AÑAYA.

LAS REIMPRIME Y PUBLICA

D. A. V. D. S.

TOMO SEGUNDO.

MADRID MDCCCVI.
En la Imprenta de la calle de Relatores.
Con las licencias necesarias.

AURORA TERCERA.

Aun no habian estrenado las flores los primeros rayos del sol, quando Diana vuelta ya del exercicio del campo, presidiendo á la hermosa gerarquia de sus damas, y museo de los caballeros de su palacio, esperaba el principio de la fiesta del cielo, deseosa de conocer los quilates de su ingenio, por verle tan encarecido, que pudiera tenerse por forastero; que siempre los estraños parecen mas entendidos que los hijos de la patria; como si la naturaleza

se preciara de mas atenta con los que nacen en otra parte, ó los hiciera de dos veces. Sirvió la música de prólogo al poema, y cantó asi:

Olvida, Silvio, tu amor,
Pues no mereció tu ruego
Á tierno llanto de fuego
El socorro de un favor.

Lágrimas desperdiciadas
De finezas desvalidas,
Lo que tienen de entendidas
Tienen mas de desdichadas:
Si el alivio de escuchadas
No las permite un desden,
Porque no tengan de bien
Pensar que no fue rigor.
Olvida, Silvio, tu amor, &c.

Si un suspiro y otro al terno
Es mérito desleal,
Y lo menos de tu mal
Es lo que tiene de eterno:
Si amor fino y llorar tierno
No han valido con Lisena,
¿De qué sirve hacer tu pena
Galanteria el dolor?
Olvida, Silvio, tu amor, &c.

Volvieron todos la atencion y los ojos al cielo, que haciendo reverencia á Diana, despejado y ayroso, dixo asi.

Reventaba en sus límites el mar, y rebeladas las ondas, introducian su imperio las estrellas, amenazando verde sepulcro á una nave, que fluctuaba impelida del temporal soberbio: tan agena de la esperanza de

salvarse, que anticipando su muerte en los afectos del miedo, temia en cada instante el último de su vida. Al fin combatida de la violencia de las ondas, y de la furia del noto, la entregaron á un escollo (pardo polifemo de aquella playa): derramando en pedazos la mísera embarcacion; y en algunos, entre las fatigas del padecer, y las ansias del vivir, afianzaron su vida los infelices pasageros.

Á este tiempo la aurora avisaba de los resplandores del sol á las selvas, á cuyos rayos apenas se adelgazaron las nubes, enmudecieron los vientos, y las ondas se sosegaron en sus antiguas arenas, quando entre tablas y espumas arrojaron en la ribera un bulto, que mas parecia hor-

tura de su inundacion, que cuerpo humano, si repitiendo algunos tiernos suspiros no diera señas de ser un pálido y desdichado joven, trofeo miserable de la fortuna. Una y mil veces besaba la deseada tierra, y alentando el desmayado espiritu: apenas levantó al cielo los ojos, agradeciendo el beneficio de darle segunda vez la vida, quando al estruendo de muchas escopetas vió caer precipitado de lo mas sublíme de la ribera, un hombre, que sin poderle favorecer, dió con su cuerpo en las inmensas ondas del mar. Levantóse, y piadoso, sin reparar en su peligro, se arrojó tras él; y peleando con lsa aguas, no del todo quietas, lo sacó á la ribera. Hallóle tan cansado el aliento, tan débiles los

pulsos, y el alma tan cerca de la boca, que hacia imposible la esperanza de la vida: tan de parte de la muerte estaba la fatiga del gallardo joven, cuyo galan adorno (señas que le acreditaban noble) y rostro de agradable y robusta hermosura, matizado de reciente sangre vertida de una pequeña señal en la cabeza, le acrecentó no solo sentimiento, sino el cuydado de su remedio. Y desabrochándole el pecho, por ver si estaba herido en otras partes, le halló pendiente de una cadenilla una venera con el Hábito de Santiago, y en una breve lámina de plata un hermoso retrato. Miróle atento, y dando tiernos suspiros, ¡ay (dixo) amado dueño mio! y quedó suspenso, entregado á la jurisdiccion de su pe-

ria; tanta suerte hace un afecto en el alma: con tanta presteza nos muda en imágenes de la muerte un sentimiento. Así quedó el naufrago peregrino rendido á su dolor; y en tanto que duraba su fuerza volvió en su acuerdo el compañero de su desdicha: y abriendo los ojos (como el que despierta de un prolixo letargo) halló á su lado aquel casi difunto joven; y viendo que solo el aliento le quedaba de vivo, humedecidos los ojos en lágrimas, se compadecia de ver marchitas las tiernas flores de su edad. Mostraba el joven gallarda forma, y no confundida en lo descolorido del semblante una modesta magestad, que no acertaba á callar su nobleza: tan mal guardan un secreto no vulgares facciones. Lla-

móle con blandas voces; y aunque volvió en su acuerdo, le vió tan divertido con su pensamiento, tan atento á su dolor, que le pareció cordura servirle con algun consuelo: y aunque un alma afligida en nada tiene mayor alivio que en la meditacion de sus penas, ni fueron mayores que quando se ve obligada á mudar semblante, le dixo: no esperes, ó triste pasagero, despojo de estas ondas, no esperes, no, otro consuelo en tus fortunas, que la gloria de despreciarlas. Con tus lágrimas puedes quejarte de los hados; pero no mudar su decreto. Olvida lo que nada aprovecha, y que mas te lleva á nuevos sentimientos y penas, que te solicita el alivio de las presentes, ó reserva para las que temes algunas

lágrimas: y advierte, que si la razon no pone término á las que lloras, nunca lo pondrá la fortuna, si naciste entendido y noble, de que tú mismo te indicias; y no puede ser tan grande la que padeces que te merezca ese afecto, antes te suplico, que refiriendo tus desdichas, te concedas algun alivio, y no sea el referirlas repasarlas con el afecto.

Mas dixera el discreto Don Enrique (este era el nombre del despeñado joven) y calló viendo que con admiracion volviéndole el rostro dixo: Ocurre á mi pensamiento tan de tropel lo infinito de mis trágicos sucesos, y se compone de su memoria un dolor tan vehemente, que entregado del alma, excede á la paciencia, sobra á la tolerancia, arras-

trada ya del sentimiento; y así no os admire, que estando el ánimo oprimido de tantas turbaciones, se rinda el imperio de la razon. Mis sucesos piden tan prolixa relacion, que ni vuestra fatiga, ni mi cansancio darán lugar á serviros. Yo como forastero ignoro estos campos, en que me han expuesto esas ondas; y así os suplíco, que habiándonos donde fuere vuestra voluntad, se ponga todo el cuidado en vuestra salud, previniendo con el descanso el accidente que os amenaza tan peligrosa caida.

Atento estuvo Don Enrique á la cortesia y aviso del peregrino, decorando la gentil gallardia y disposicion ayrosa de su persona: amables partes de un ilustre sugeto. Levantóse, poniéndole los brazos al cuello, firme

lazo de su nueva amistad, siendo correspondido y agasajado del forastero con humildes y corteses sumisiones. No dió lugar á mas dilatados cumplimientos el confuso estruendo y desordenado tropel de caballos, que alterando el silencio de aquellos bosques, dieron nuevo cuidado á Don Enrique, y aplicando la vista con mas segura atencion, descubrió dos hombres á caballo, rodeados de canes, que baxando á la playa, le llamaban con repetidas voces. Conociéronle, llegaron á su presencia, y con respeto de criados habiéndose apeado comenzaron á componerle; admirándose de verle el rostro y cabello matizado de sangre, y el vestido descompuesto y mojado del mar.

Subieron á caballo, y entrando en

satisfaccion, dexándola para tiempo mas apropósito.

Divertidos en estas cortesias, llegaron en breve rato á una quinta cerca de los bosques de Guelva, que tan poblados de caza sirven al ócio de sus ilustres dueños, los Excelentisimos Duque de Medina Sidonia. Aposentó Don Enrique á su huesped en un adornado quarto, á cuya persuasion trató solo de reducirse al lecho, habiéndole servido con nuevas galas, ropa blanca y olorosa. Obligóle el forastero á lo mismo, despues de curarle la pequeña herida de la cabeza. Pasóse el dia y la noche tratando del regalo y el sueño, y la mañana siguiente Don Enrique fue á visitar á su huesped, cuidadoso de su salud; y al entrar en la sala se deta-

vo, oyendo que con tiernos suspiros cantaba así.

No le pidais, ojos mios,
Lágrimas al corazon,
Porque en lágrimas vertidas
Pierde mérito el amor.
Sentid, corazon, sentid,
Ojos no lloremos, no,
Que es mucho miedo del fuego
Pedir al agua favor.
Quien busca alivio á su pena
Poca fineza mostró,
Que á males tan bien nacidos
Aun no ha de servir la voz.
Abrid las puertas al llanto
Es despedir la pasion,
Y no está bien con su causa
Quien no estima su dolor.

Paciencia tan mal hallada
En el último rigor,
No paseis de mal sufrida
Á ser desesperacion.

Sintió el forastero á Don Enrique, y suspendióse en el último acento sin pasar adelante: entró, y como maestro de tales afectos, serenó el nublado de sus ansias; y asiéndole por la mano se salieron al campo, y recostándose en el margen de un travieso arroyuelo, que alimentaba piadoso las pequeñas flores de su ribera; le rogó Don Enrique encarecidamente le comunicase sus tristezas, y los sucesos que le arrojaron naufrago en aquella playa, diciéndole advirtiese, que solo por saberlos no se partia luego á Sevilla, donde le llamaban prendas no menos que del alma. Hallome

tan obligado (respondió el forastero) que por obedeceros quiero repasar con el sentimiento mis desdichas. Estadme atento, si merece un infelice el alivio de ser escuchado.

Mi patria es Cesar Augusta, laureada cabeza de aquella parte de España Citerior, ó Tarraconense, ilustre cuna y venerable Pira de innumerables Santos, escuela de las ciencias, patria de las armas, y fecundo tesoro de todo lo rico y bello de la naturaleza. Mi nombre es Febo, y mis padres generosos descendientes de la nobilisima casa de Cardona. Lisonja fui de sus respetables canas, deseada largos años, y conseguida en los últimos de su edad. Pues apenas estrené las primeras Auroras de mi juventud, quando me faltaron, dexándo-

(me único heredero de un mayorazgo, que pasando de mediano, llegaba á tener algunos vasallos en dos aldeas cerca de Zaragoza. Ocuparon mi puericia en nobles exercicios; y yo en mi juventud, llevado de mi natural, me exercité á caballo en las dos sillas; y en las armas alcancé la destreza que le bastaba á un Caballero. Supe apreciar la música y poesía, si bien con menos decencia y decoro que piden estas dos artes: mas las selvas y diversiones de Diana me llevaban con tanto extremo la ocupacion y el gusto, que mas parecia silvestre morador de los bosques, que político ciudadano de mi patria. Tenia yo un amigo llamado Don Alvaro de Prada, caballero de mi edad, noble por su ilustre apellido, galan y bizarro por

su persona, siendo la dulzura de su ingenio, su cordura, y aviso, cortés competencia de tan amables partes. Finalmente parece que sobre apuesta lograron en él su lucimiento la naturaleza y el arte, haciéndole desempeño de su poder, y desvelo de su idea. Estimaba yo mucho á Don Alvaro, y merecíaló la fineza de su amistad, que el acierto de tener un fiel amigo, por estimable es encarecido de los bien entendidos; por ser la fina amistad un bien, que solo tiene el mal en la dificultad de hallarse, y que pasa los términos de la dicha, alcanzar un verdadero amigo en el curso de una edad, siendo mas dificultoso conocerle que hallarle. Nuestra amistad era tan conocida como admirada, dando un fiel traslado de

las que mas ha celebrado la antigüedad á los caballeros de nuestros años, con quien útilmente nos entreteniamos en la gineta, en las armas, en la poesía; y algunas veces en la música, y muchas en la pelota, que éstas han de ser (me parece á mí) las ocupaciones y gentilezas de un caballero mozo. Teneis razon (replicó Don Enrique), pero ya en la civilidad de nuestro siglo llegan á ser gracias en muchos de nuestro porte lo desatento en la cortesía, lo poco avisado en el ingenio, lo afectado en el adorno, lo desapacible en el semblante, la presuncion de ser mas, la liviandad, el desgarro, el juego y la perjudicial conversacion; donde ni la agudeza en el picante, ni lo sazonado en el chiste pallan en parte la intencion de pa-

sar á cuchillo honras y famas agenas.

En esta ociosidad ocupada (prosiguió Febo), y en estos exercicios ociosos gozamos la libertad que conceden los primeros floridos años; y mas yo, que remoto á todo amoroso cuidado, divertido en la caza, era ciudadano del monte, donde una tarde, habiéndome apartado de Don Alvaro, melancólico y solo, me dexé llevar de mis pasos y de mi pensamiento; de suerte, que inadvertido anduve largo espacio el monte adentro. Paré en el margen de una fuente, á quien servian de corona los sauces de una apacible floresta; y queriendo divertir mi fatiga en sus christales, apenas, fiando á un arbol mi escopeta, registré la amenidad del sitio, quando vi una

dama, que recostada en estrado de flores, se dexaba lisonjear del dulce yugo de un blando sueño, la mano puesta en la mexilla, el cabello suelto sobre los ombros era un sol rizado, la frente un campo de jazmines, las mexillas dos macetas de flores, la boca un clavel partido, alcayde de menudas perlas, la garganta una esfera de nieve, las manos de azucenas de á cinco hojas, el talle ayroso, los años pocos, la lindeza mucha, el vestido, manteo y vaquerillo, de lana azul, con flores de oro, el olor de palacio, y el descuido de la aldea. Así dormia aquel milagro hermoso; y yo embelesado y liberal con mis ojos, bebia por ellos mi muerte; ¡qué mucho si miraba su imagen en el sueño! ¡Ó hermosura imperiosa! (dixe viendo aquel exceso

de la belleza) ¡qué invencible que rindes! ¡ó privilegio divino, qué rendido que vences! ¡ó elegancia de la naturaleza qué apacible que matas! ¡ó engaño mudo que entendido que obligas! ¡ó dulce tirania que suave que fuerzas! pues no solo en mármoles y pinceles, pero ilusiva tienes imperio en las almas. Así admirado y confuso discurria, quando cayéndose mi escopeta, que habia fiado á un arbol, se disparó con el golpe, y á su ruido despertó aquella dormida beldad, como la soñolienta Aurora sonrosada en claveles. Levantóse turbada, y yo, asegurando su temor, y disculpando mi atrevimiento, no se qué la dixe de su belleza; y entre mi cortesía y su admiracion, doblando la rodilla, quise besar al prado las flo-

res que le debia á sus plantas. Ella reportada y ayrosa, aumentando con la vergüenza la hermosura, me levantó con apacible semblante, diciendo: No es justo, discreto caballero, que culpe vuestro proceder generoso, antes me confieso obligada de vuestra cortesia; dadme licencia para retirarme á este mi jardin, porque temo que nos miran algunos ojos. Y despidiéndose con una modesta afabilidad, penetró la floresta, hasta la puerta de un jardin, que se ocultaba entre los árboles del bosque, que cerró otra muger de no vulgar hermosura.

Deseoso de conocer el dueño de aquel ameno Aranjuez, apenas di la vuelta al edificio de una quinta, quando conocí la de mi mayor enemigo: porque habeis de saber, discreto Don

Enrique, que Don Beltran de Cardona, mi padre, en un desafio dió muerte á un caballero, hijo mayor de Don Fernando Antonio, padre de esta dama y dueño de esta quinta, donde vivia desde entonces retirado y triste, si no fenecidas nuestras enemistades, suspensa su venganza. Fue la causa de la muerte de Don Martin justísima, y así mereció mas aplauso la accion de mi padre, que lástima, la desdicha del muerto: y no obstante que el pasado Virrey y la mayor nobleza de la ciudad sosegaron los bandos y alborotos, movidos de muchos confidentes y deudos de Don Fernando Antonio (en cuyo medio ausente de Zaragoza murió mi padre) vivia el odio en los ánimos de algunos que me miraban, como heredero

de la enemistad de mi padre y de Don Fernando. Tenia este caballero dos hijos, Celauro, mancebo de muchas esperanzas, que en este tiempo asistia en la Corte de Castilla en la pretension de un hábito; si bien cuesta ya mas émulos el conseguirlos, que diligencias en pretenderlos; y la bellísima Narcisa Aurora (llamada así por su rara hermosura) que luego conocí ser la dama que os he referido, mas enamorado que retórico, en cuya dulce compañia pasaba Don Fernando su retiro, sin haber vuelto á la ciudad, ni ser conocida en ella la peregrina beldad de Narcisa; si bien era celebrada del aplauso comun por entendida y bella. Admirado de mi suceso busqué á Don Alvaro, y dándole cuenta de mi nuevo cuidado, ay

(dixe) amigo Don Alvaro, sin alma vengo del monte, quitóme la vida un cielo sin movimiento, un dia sin luz, una noche con sol, un desvelo dormido, un milagro con alma, y un prodigio con vida: nunca yo solicitára los bosques, nunca yo fatigára las selvas: y prosiguiendo referí todo el suceso de Narcisa, dexándole admirado la novedad de mi empleo. Exageróme lo dificultoso de la empresa, procurando con prudentes razones (como tan avisado) disuadirme de mi intento; porque á la dificultad de pretender los favores de Narcisa se seguia el manifiesto peligro de mi persona, odiosa á sus deudos y criados. Pero amor, que es encendido deseo de gozar lo que se ama, y fe que todo lo cree, vehemente fuerza del sen-

tido, lisonjero dolor del alma, dulce halágo de la naturaleza, olvido de la razon, blanda muerte, cuidado de descuidos, triste alegria, apacible tirano, efecto no entendido, y locura de cuerdos, me forzó á no obedecer los consejos del prudente Don Alvaro. Bien conocia yo mi peligro, pero es tal nuestra naturaleza, que hace alimento de imposibles, siendo su apetito la privacion y dificultad de lo que se desea. Determinando en fin de dar principio á mi pretension amorosa, quise reconocer el sitio y disposicion de la quinta de Narcisa, y así de allí á dos noches Don Alvaro y yo, nos llegamos á ella, y cerca del muro del jardin, donde salian las ventanas y balcones de un vistoso quarto, á mi parecer (por levantarse mas enci-

nente el edificio) dichoso aposento de mi dama, y tomando un instrumento canté así, para ser conocido del sugeto de estos versos, mudando (por su modestia y mi peligro) los nombres de Narcisa en Lisena, y de Febo en Tirso.

Selvas, yo vengo á quejarme,
Estadme una vez atentas,
Que no ha de faltarle á un triste
El silencio de las selvas.
Mis penas vengo á deciros,
Y ya os he dicho mis penas,
Que con decir que son mias,
He sabido encarecerlas.
Amigas selvas, yo muero
De una muerte tan discreta,
Que nunca pensé del mio
Que tan buen gusto tuviera.

Unos ojuelos me han muerto,
Que roban por esa sierra,
Sus señas pienso deciros,
Porque sepais quien los lleva.
No quiero llamarlos soles,
Porque tienen en su esfera,
Para soles muchos rayos,
Y mucha luz para estrellas.
No digo (selvas) que son
Sus dos cielos sus dos cejas,
Muy blancas para jazmines,
Para azabache muy negras.
No van á lo de la villa,
Ni de pardo, ni de mezcla,
Que son vestidos de negro
Ciudadanos de su aldea.
En ellos viven dos niñas,
Tan sin melindres traviesas,
Que siempre juegan con rayos,
Y se entretienen con flechas.

Tan rapazas, tan alegres,
Y tan á lo niño cuerdas,
Que me miraron riyendo,
Porque yo lloré de verlas.
Aquel musicó arroyuelo,
Pejaro, que canta y vuela,
Ayer las cantaba dulce,
Y ellas se durmieron tiernas.
Si me mataron dormidas,
No os espante, hermosas selvas,
Que aunque no se ven, influyen
Quando duermen las estrellas.
Ya os he dicho, selvas mias,
De estos hechizos las señas,
Que me miraron de burlas
Para matarme de veras.
Yo apostaré que decis,
Los ojos son de Lisena,
Tirso ha dado en entendido,
Pues sabe morir de verla.

Algunas horas se nos pasaron en aquella soledad, y dando la vuelta á Zaragoza, di yo infinitas á mi pensamiento, entregado á otros tantos discursos; no hallaba medra en el sufrimiento, ni adelantaba un paso mi esperanza: hallábame ya en los últimos términos del padecer, y tan galan de mi desconfianza, que hacia deleite de la desesperacion: pero piadoso amor me llevó una mañana al bosque, que servia de terrero á la alqueria de Narcisa, entretenido en una caza, que fingí por aquella misma parte.

Acompañabanme Don Alvaro y algunos criados; y despues de medio dia nos acercamos al jardin. Iba yo disfrazado en traje rústico por el riesgo de ser conocido: lleguéme pues á la puerta, encubierto de árboles, y

hallándola casi abierta, tendí la vista por aquel hermoso gremio de flores, y vi á mi amada Narcisa á la sombra de un dosel de jazmines, sentada en el marmol de una fuente.

Acompañabanla Fenisa, criada suya, y Leriano su primo, que tocando diestrísimamente una vihuela la cantaba estos versos, que despues zeloso del amor que supe que la tenia, llegáron á mis manos.

Goza tu juventud, Narcisa hermosa,
Que al estrenar la rosa sus colores
Es magestad, es pompa de las flores,
Y es de la tarde lastimada rosa.

Goza tu juventud, y en tu preciosa
Madeja, el sol peinado en resplandores;
Goza el clavel, que respirando olores
Mezcla el marfil con púrpura lustrosa.

Goza, gózate flor temprana; agora
Que la beldad de aquel jazmin te avisa
Que un oriente fue el siglo de sus años.
Antes que al espirar tan bella Aurora,
Nos falte (ay Dios, bellísima Narcisa)
Á mí tu sol, y á tí mis desengaños.

Levntóse mi amado dueño, y dando algunos pasos por las calles del jardin se acercó tanto á la puerta donde yo estaba, que tuve lugar de darla un papel, diciéndola, que era una carta de su hermano Celauro. Conocióme, y turbóla la novedad de mi atrevimiento; y perdiendo el color las tiernas flores de su belleza, se quedó como la blanca azucena, que descolorida de los rayos del sol desmaya las blandas hojas, que al alba la sirvieron de cuna y mortaja al oca-

so. Yo, temiendo que me viese la gente que en el jardin estaba, me retiré al bosque, exagerando á Don Alvaro mi dicha. Muchos dias, con la ocasion de la caza, volvimos al mismo sitio, previniendo, que si Narcisa determinaba pagar mis pensamientos, haria alguna demostracion, ó ya por el jardin, ó ya por la galeria de su quinta: y no salieron tan vanas mis esperanzas, que no la viese algunas fiestas que salia á misa á una aldea, acompañada de su padre y de Leriano; y yo con mi trage de serrano estaba ya en la iglesia antes que entrase. Dexabala su padre con las aldeanas de mejor porte, á quien Narcisa trataba con agrado; y entonces muy al descuido me ofrecia á sus ojos, que blandamente traidores me miraban

con menos cuidado que les merecia mi fineza; pero de allí adelante, ni salió mas á la aldea, ni pude verla en dos meses; tanta era la clausura y retiro de su casa, ó por mejor decir, la austeridad estraña de Don Fernando su padre.

Empeñado con mis deseos, y desvalído con mis esperanzas, me hallé en estremo triste, viendo quan en vano solicitaba el remedio de mis males. Bien conocia que era locura aspirar al casamiento con Narcisa, quando sus deudos deseaban ocasion de executar en mí su venganza; y así arrastrado de estos pensamientos, y anegado en un abismo de penas, me retiré melancólico y triste á una casa de placer mia, cerca de Peñaflor; por ver (como amor es delito) si el po-

ner tierra en medio, daba algun alivio á mis pesares; receta del gran Médico de amor Ovidio; aunque él fue mas amigo de la enfermedad, que de la medicina. Divertido allí en la florida amenidad de aquellos campos, partia con las flores mi pena, y con las aves mi sentimiento. De qualquier tortolilla envidiaba la segura paz de sus amores; á qualquier ruiseñor, haciéndolo secretario de los mios, y hablando con él, que tan tierno sabe decir su pena, le contaba mis males. Mirad las menudencias en que halla gusto un amante, y oid este soneto á que dió entonces sugeto un alamo, injuriado del invierno; motivo la eternidad de mis penas, y que ocasionó el último verso de la mas lucida pluma de España.

SONETO.

Alamo, Aguila hojosa que volaste
Al sol, Icaro verde que caiste,
Al prado y á la fuente en que naciste,
Ya de tus plumas fugitivo engaste:

Si á dar lisonja al viento levantaste
La pompa, en la lisonja la perdiste;
Esperas al verano, que te viste,
Las galas que el Diciembre no lograste.

Tronco eres hoy, y Adonis floreciente
Serás de Abril, que en esta confianza,
Te pretende lo sombra, el prado y fuente.

Y solo en mí es eterna la mudanza
De un mal en otro sucesivamente,
Que debo ser exemplo, y no esperanza.

Rendido así á mi amoroso cuidado, quise hacer alarde de mis últimas finezas; y una noche acompañado de Don Alvaro, báxo los balcones de Narcisa, haciendo testigos de su desden y mi firmeza los cristales y flores que me oyeron, esparcí al ayre estas quejas.

Lisena de mis ojos,
Si ya á los tuyos bellos
Como la noche al dia
Los ha vencido el sueño:
Dispierta, hermosa ingrata,
Oyrás en mi instrumento,
Quejas de tus desdenes,
De mis finezas premio.
Aqui á tus puertas lloro,
Aqui á tus puertas peno,
Donde los llantos mios

Profanan tu silencio.
De amor, y de mí mismo
Tristemente me quejo;
De mí, por atrevido,
De amor, por lisonjero.
Dos veces estos campos
Igualmente sintieron
Los halagos del Mayo,
Las injurias de Enero.
Y tantas ha que lloro,
Dando quejas al cielo,
lágrimas á las fuentes,
suspiros á los vientos.
Yo ví en aquestos valles,
Mientras anduvo Febo,
Soledades de estrellas,
Desiertos de luceros:
Que á los arroyos libres
Los castigó el invierno,
por ser murmuradores

Con mordazas de yelo.
Vi que los ruiseñores
Á las selvas huyeron,
Parados de las fuentes
Los vagarosos quiebros.
Vi que á las tortolillas,
En los copados fresnos,
Divorcio les impuso
La furia de los vientos.
Y ya fabrica Mayo
Por los prados amenos,
Encañados de flores
Para los arroyuelos.
Y ya los ruiseñores,
Músicos del desierto,
Citaristas las fuentes
Les prestan instrumentos.
Y ya las tortolillas
Para sus himeneos,
Del bosque solicitan

Los verdes aposentos.
Todo lo trueca y muda
La cierta ley del tiempo,
Y tú, Lisena, vives
Sin mudarte un momento.
Cándidas avecillas
De la gallarda Venus,
Hoy amantes se daban
Mil repetidos besos.
Amandose dos palmas,
Tan altivas suvieron,
Que ya imagina el monte
Que baxan de los cielos.
En dulce lid las yedras
Á los Lauros pusieron
Escalas de esmeralda
Por coronarse de ellos.
Todos de amor conocen,
Todos de amor sintieron,
Las plantas y las naves,

Sin alma y sin ingenio.
Solo en tí esquiba y bella,
Jamás halló mi pecho,
Ni un amoroso impulso,
Ni un compasivo afecto.
Remedio, ingrata, pido,
Que á los males que siento,
Sólo quien dió la herida,
Aplicará el remedio.

Con la respuesta de los ecos volvimos á Zaragoza, donde crecieron mis amorosas ansias, viendome tan mal pagado de Narcisa, y como zeloso de Leriano su primo, que aspirando á su casamiento, era ladron de casa, que por ser hijo de un hermano de Don Fernando, y haber quedado de tierna edad, le habia criado, y le tenia en ella; y viendo tambien que Celaurio, hermano de mi dama y ze-

cien venido de la corte, me miraba con algun cuidado, determiné ausentarme de Zaragoza; pero como dexaba en ella el alma, amor dilató mi ausencia; y entre el sentimiento, de partirme, y el deseo de quedarme, la fortuna dispuso así mis sucesos.

Gozaba á este tiempo Don Alvaro, los favores de una dama llamada Casandra, de noble sangre, y de mucha belleza, digno empleo de su buen gusto. Poseía Don Alvaro esta dicha por sus méritos y ventura; y yo en tanto que algunas noches entraba á gozar esta felicidad, le guardaba la calle. Dábame pesadumbre y cuidado muchas veces un embozado, que la asistia con tanta continuacion, que alguna me obligó á retirarme por obviar ocasiones, que públicas desdo-

rasen el honor de Casandra; pero una noche dió en seguirme con tan prolija curiosidad, que ya me pareció cobardia mi paciencia, y así me determiné á no moverme de la calle, resuelto á qualquier lance. Conocióme el pensamiento, y con postura bizarra se me puso delante; y mas confiado que cortés, me dixo: Caballero, si no teneis que hacer en esta calle, pues siempre os veo desocupado, no estorveis agenos intentos; salid de ella, ó por cortesia ó por necesidad. Por cortesia (respondí), la desocupara, si la necesidad de asistirla no me obligára á no dexarla: ademas, que nunca he recabado conmigo el hacerlo en otras ocasiones de mas peligro. Muchas bachillerias (replicó) son esas: el remedio de todo será echaros de ella á cu-

chilladas, y castigar vuestra presuncion. Y desnudando la espada me acometió tan descompuesto en su cólera, que yo haciendo lo mismo mas reportado de una rodela, executé mi primer estocada con tan buen acierto, que al punto cayó á mis pies, pidiendo confesion á voces. Conocí mi peligro, y seguí con largos pasos la primer calle; pero quisó mi poca suerte, que descubriendo alguna gente á la luz de una linterna, fue forzoso volver atras por encubrirme. Halléme confuso, porque siendo la calle muy larga, no tenia otras que entrasen en ella; mas advirtiendo que de unas paredes baxas, de quien pendian algunos pámpanos ó yedras, se formaba una oculta plazuela, volví la esquina, y prestamente me descolgué

por lo mas baxo dentro de un jardin espacioso. Aqui me pareció que seguro podia aguardar que cesase el alboroto, que forzosamente se habia de seguir en ocasion semejante, y que por la misma parte seria facil disponer de mi persona. Apenas en este discurso me ocupé breve espacio, quando me hirió blandamente la voz de algunos suspiros, cuya terneza publicaban mucha pasion en el pecho de quien los daba. Volví con atencion la vista á la parte que me enseñaba el oido, y descubrí entre los árboles los breves rayos de una luz: seguí una calle de naranjos, hasta llegar cerca de una ventana baxa, que daba entrada á lo templado del zefiro, y paso de lo ameno del jardin á lo curioso y rico de una sala. Esta pieza servia de

esfera á una dama, que de pechos en un bufetillo de plata, con dos buxias de lo mismo, el rostro inclinado sobre los brazos yacia desmayada ó divertida con su imaginacion; de forma que no se dexaba ver la belleza que prometia lo sublime del adorno, y lo aseado de la gala; ocupaban el bufetillo una escribania de plata, y un papel medio escrito. Corria un vientecillo fresco, y levantándose con mas fuerza, desaliñó los papeles, trayéndolos tan cerca de donde yo estaba, que alargando la mano, atrevido y curioso, pasé los ojos por el que estaba escrito, y con la poca luz que se comunicaba al jardin, pude leer estas, ó semejantes razones.

Esta mañana, acompañada de Celauro, llegué de mi quinta á casa de mi

prima Estela, no á ver públicos regocijos de Zaragõza, sino á publicar secretos sentimientos del alma. Estela, que ya sabe las finezas que os debo os remitirá este papel, que solo de su ingenio y cordura he fiado mi peligro. Lo que duraren las fiestas asistiré en su casa, que no pasa de este término la licencia que mi hermano y yo tenemos de mi padre, que solo por la ocasion de escribiros he solicitado muchos.

Suspenso me quedé (con razon) bebiendo en este papel el veneno de mis zelos: pues las señas de esta dama, venir de una quinta, tener por hermano á Celauro y á Estela por prima, me decia á voces, que Narcisa era su dueño, y que otro merecia serlo de sus pensamientos. Parecióme mucha paciencia no averiguar mis

agravios, teniendo el desengaño en los ojos. Miré cuidadoso á todas partes, y dando algunos pasos por acercarme á la sala, me sintió una perrilla, ladrando con tan notable inquietud, que asustada la dama levantó el rostro, encontrándonos con la vista, con tanta suspension de entrambos, que para encarecerla, basta decir que me miraba Narcisa, tan confusa y turbada, que sin dar lugar á la lengua, ni al movimiento, pudiera por lo bello y lo inmovil ser marmol en las fuentes de aquella huerta. Yo con su papel en las manos, y con mi dolor en los ojos, explicaba mi pensamiento, la decia mi pena, y la enseñaba mi desengaño: y los dos con un mudo retórico silencio nos leiamos las almas, y nos descifrábamos los pensa-

mientos. Conoció Narcisa (como tan avisada) la causa de mi enojo: levantóse, y salió al jardin con tan honesta turbacion y vergüenza, que de nuevo me enamoraba su belleza. Luego que me ví en la soledad de aquellos árboles, y que solo pudieran acecharnos las flores, aunque me preguntó la ocasion de estar en aquel puesto, donde corria tanto riesgo mi vida, sin responderla la dixe: ¿Es posible, hermosa Narcisa, que pagues tan mal un amor de tantos dias; y que habiendo nacido con obligaciones de noble, no te librases de los desayres de muger (por no decir de fácil)? ¿y que llegue á tal extremo tu ingratitud, que despues de costarme tantas penas, hayas anticipado á la duda de ser querido la certidumbre de verme desengaña-

do, porque fuese mayor el sentimiento de zeloso, que el mal de despreciado? Que otro con mas dicha, ó con mas méritos (si hay mas méritos que tener dicha), haya merecido tus favores, bien puede ser (y basta para haber sido no estarme bien á mí); pero que otro con mas amor, con mas honestos fines, y con mas templados deseos haya sabido estimar tu belleza, ni puede ser, ni le está bien al alma confesarlo. Merezca, pues, Narcisa ingrata, tus favores el dichoso á quien escribes este papel; tómale, y prosigue, que yo desesperado y triste me voy á llorar tu ingratitud y mi poca suerte.

Oyóme Narcisa suspensa, y asiéndome del brazo me detuvo, y entre una risa donayrosa, y un suspiro tier-

no, dixo así: Porque despues de oirme sé que es forzoso el quedarte, te suplico, discreto Febo, que me atiendas un rato. Ya sabes (prosiguió), que despues que Don Beltran tu padre, dió muerte á Don Martin mi hermano (dichoso solo en morir á sus manos, que si de la muerte adquiere nombre la vida, no mereció el de infelice), mi padre, en medio de los bandos de nuestras casas, se reduxo á la soledad de su quinta, con un sentimiento tan severo, que ni ha tratado de su consuelo, ni ha tenido gusto de su venganza. Allí, pues, en la amenidad de aquella selva, y en el ceño de aquel monte me crie con la modestia que te habrá dicho la fama, siendo tal el recogimiento de mi casa, y el cuidado con que mi padre

me atendia, que solo me dexaba comunicar con las plantas de aquel jardin, con tanto gusto mio, que no pasaba el deseo el término de la vista, que solo se dilataba en lo florido de aquellos campos. Así contenta y libre, lisonjeaba la tristeza de mi padre, hasta que una tarde (estando Celauro ausente en la Corte, y mi padre ocupado en un negocio en una aldea cerca de nuestra quinta), deseosa de gozar la frescura de una arboleda que la sirve de verde parque, me salí á ella con Fenisa, una criada, que por entendida mereció mis cuidados. Pluguiera al cielo, que nunca la novedad de otras flores me apartara de las que en mi jardin amanecian cada mañana. Estabas tú conmigo cerca de un arroyuelo (cuyo margen me servia de

estrado); tan suspenso y tan de las puertas adentro de ti mismo, que tuve lugar de verte, sin que tú reparases que te miraba. Ponderaba yo en tí (con la curiosidad que siempre las mugeres tenemos en los ojos) lo ayroso y lo galan del talle, lo varonil del rostro, templado en la hermosura; y todas estas partes naturales tan ayudadas del adorno aseado, y de la gala modesta, que me daban prisa á quererte. No te conocí entonces, y me pesó despues; porque el no conocerte hizo menor tu victoria, y solo venciste en mí mi libertad, y no el odio y aborrecimiento que me causara el mirarte como á enemigo y ofensor de mi casa. Así estaba yo gustosamente divertida, quando viendo que te acercabas, y que era forzoso el ver-

me, me recliné en las flores, y me fingí dormida; porque si me conocieras, pasaras adelante, sin que el cortés atrevimienso de los hombres diese ocasion á tu curiosidad para hablarme estando despierta. Ponderaste en mí con atencion ésta, que la comun opinion llama belleza, y yo la llamo desdicha, hasta que desperté asustada al ruido de tu escopeta, que se disparó casualmente. Retiréme á mi jardin, viendo que nos miraba Fenisa, que conociéndote me dixo tu nombre, y me informó de tus partes, parando en la enemistad de nuestras familias, cosa que me costó muchas lágrimas; digánlo aquellas flores de mi huerta, que entonces me confirmaron el nombre de Aurora, mejor que el de Narcisa, viendo quan tris-

temente las comunicaba mi llanto. ¡Ay tiernas flores (decia)! envidiosa de verlas con aquella libertad y sencillez que las concedió la naturaleza; que naceis y moris con tanta brevedad, que entre la vida y la muerte no alcanzais un breve instante para conocer la desdicha con que os desquiten la vanidad de hermosas: feriadme, amigas flores, lo breve de vuestra vida á las lágrimas con que os alimento, pues con ellas para vivir un dia no necesitais de los favores de esta fuente, ni de los réditos de aquel arroyuelo. Febo me dió un papel en vuestra presencia, y en él me dice su pensamiento; y yo que os comunico los mios, parto con vosotras la pena de verme querida, que solo en mí se ha hecho del bando de la

desdicha el beneficio de ser amada. Febo me asiste en los campos, y algunas veces se me ofrece tan galan á los ojos, que no puede poner á peligro la voluntad mas preciada de libre. Febo nació mi enemigo, mi padre le aborrece, mis deudos le malquistan, y yo sola le adoro. Divertida así con las flores les contaba mi cuidado en tanto que tu pasabas muchos dias por mi quinta hecho fingido cazador de aquellos bosques, y cantando en aquella soledad tus finezas, y culpando mis desdenes quitabas el sueño á mi familia, y despertabas en mi padre el cuidado de mirar con mas atencion por su casa y la curiosidad de inquirir á quien se dedicaban aquellos amorosos desvelos. Deciale yo, que sin duda algun labra-

dor de aquellas aldeas galanteaba honestamente á Fenisa; y me respondia que no era capaz ningun aldeano de tanta dulzura en el estilo de los versos, ni de tanta suavidad en la compostura de los tonos. Leriano, mi primo (que con engañados pensamientos me sirve), decia lo mismo, y que sospechaba que era mas superior el dueño que explicaba los suyos tan á lo cortés y entendido. Al fin el uno zeloso como amante, y el otro cuidadoso como padre, me zelaban aun de mi misma familia, pues no todos mis criados llegaban á mi quarto. De esta suerte se pasaron muchos meses sin hallar ocasion de escribirte: sentia yo, que amándote tan tiernamente pasase plaza de ingrata contigo, quando pagaba tus cuidados con lá-

grimas, y tus sentimientos con penas. Vino en esto tiempo de la Corte mi hermano, y al agasajo de su venida nos visitaron algunos deudos, y entre los mas de casa, Estela, mi prima, á quien como discreta y amiga comuniqué mis pensamientos, por valerme de su favor para nuestra correspondencia. Estrañó Estela esta novedad; pero viendo que en la resistencia habian de crecer mis deseos, y que seria nuestro casamiento paz de la enemistad de nuestras casas, y lazo de nuestras voluntades, se dispuso á mi gusto, y ayudada de Celauro pudo alcanzar licencia de mi padre para venir á Zaragoza á las fiestas, que por las bodas de los Reyes se celebran con tanta magestad. Llegamos ta mañana, y ahora dexando á Es-

tela acostada, torcí la llave á la puerta de esta sala, y tomando pluma y papel te avisaba en ese de mi venida. Á un tiempo corria la pluma por el papel, y corrian de mis ojos las lágrimas; de suerte, que el alivio del llorar me impedia el gusto de escribirte, que los descansos de un desdichado son pena disimulada, y estorbo de su mismo efecto; suspiraba triste entre la dudosa esperanza y el temor de no verte; y fatigada de estos pensamientos, inclinando el rostro sobre el brazo, me quedé tan dentro de mi discurso, que me olvidé de lo mismo que hacia, hasta que la inquieta travesura de esa perrilla, ó me avisó de tu venida, ó me pidió albricias de mi dicha, que aun los incapaces aciertan con la lisonja, y saben hacer aplauso

á la novedad que causa la suerte de un infelice. Ahora, noble Febo, que has sabido estas verdades del alma, te pido que me digas la ocasion que te traxo á este lugar, con tanto peligro tuyo: si supiste mi venida, ó si diferente causa te obligó á saltar las paredes, ó á abrir las puertas de este jardin, que te veo tan inquieto, que me has oido sin atencion y sin gusto, quando yo le tengo de verte tan cerca del alma, que no tiene mas vida que la tuya.

Hasta aquí discurrió Narcisa, enamorando el silencio de aquella soledad. Contéla brevemente la triste ocasion que me puso en aquel jardin, y que pensaba que sin duda en la calle mas vecina dexaba un hombre muerto, el peligro en que me habia visto,

y el que Don Alvaro podria tener en casa de Casandra. Sintió Narcisa esta desgracia, haciéndola mal agüero de su amor; y como las desdichas parece que se hacen del ojo, y se avisan las unas á las otras quando persiguen á un triste, no me dexaron gozar mas instantes de la comunicacion de mi dueño. Tratábamos los dos el modo de vernos de noche en su quinta, señalando la hora y la parte mas á propósito, quando dentro de la casa se oyó un ruido de voces tan triste, que causaron algun temor en Narcisa, creyendo que sin duda me vieron subir por las paredes del jardin, y que la justicia buscandome acudia por las vecinas casas á hacer sus diligencias; y pareciéndole mayor seguridad de mi persona, me reduxo por dos ó tres aposentos á un

pequeño camarin, tan secreto, que pudo fiar de él mi peligro. Cerró, y llevándose la llave de la puerta, abri yo las de mi discurso, haciendo varios juicios sobre los sucesos que habian pasado por mí en el breve término de una hora. Veíame encerrado en casa de mis enemigos, y dependiente mi vida de la facilidad de una muger, que por serlo (aunque noble y enamorada) pudiera ocasionarme la desconfianza que se debe á la condicion con que todas nacieron. Crecia mi temor al paso que crecian las voces que confusamente discurrian por toda la casa, y llegaban á mis oidos, embarazadas por las puertas y paredes de aquellas salas; dándome mucho cuidado que Narcisa no hubiese vuelto. Con esta confusion estuve algunas

horas, considerando mi contraria fortuna, y los lances en que me iba poniendo. Olvidáronme de este discurso los tristes suspiros de una muger, que cerca de donde yo estaba, dando lugar á sus quejas, y licencia á sus lágrimas, ¡ ay (decia) mal lograda hermosura, mentirosa dicha, fugitiva suerte, ligero bien, y adorada sombra, que te han robado á mis ojos, con tanta brevedad, que en todo pareciste mia! ¿ Es posible, amada prenda, que habiendo nacido para tuya, he de llegar á verte sin vida, como la difunta rosa, que espiró al alba, ensangrentada de su reciente púrpura, y que no ha de sobrar un golpe para fenecer dos vidas, que amándose parecieron una? ¡ Ay infelice, y quién pudiera avisarte de tu desdicha, ó

recibir en él pecho el golpe y las heridas antes que se atreviesen al tuyo! ¡Ó violenta fortuna, que tan presto te arrepentistes de tus lisonjas, y entre los halagos de mi esperanza me robaste en flor todas mis dichas, y no del todo amanecidos los tiernos rayos de un sol, que tan joven ha llegado á su ocaso! Llorad, ojos, llorad, que antes se acabarán vuestras lágrimas que las causas de mi dolor. Muera yo, y no quede mi pena desacreditada, sino acabe á manos de mi sentimiento la vida, que solo fue mia para sentir y amar. Recibe, pues, señor mio, en este postrer suspiro el alma que supo seguirte hasta la muerte.

Así dió fin con un suspiro tierno, quedando de improviso en silencio aquella voz que tiernamente se quej-

jaba. Quedeme con justa causa admirado, pensando que aquellas lágrimas eran de Narcisa, y que habiendo visto que me tenian cercado mis enemigos, y ella por avisarme con sus voces, ya me lloraba herido y ensangrentado en manos de Don Garceran, su tio, y de Celauro, su hermano. Acreditando, pues, esta imaginacion, me resolví á salir del peligro, ó de la prision en que estaba, ó por lo menos anticiparme al daño con mi defensa; y así para que me guiase á la puerta fui poniendo las manos en las paredes, donde hallé colgadas algunas armas, y entre ellas dos pistolas, que requiriéndolas conocí que estaban cargadas, y cebados los gatillos. Descolguélas, y fiándolas á la cinta, llegué á la puerta, procurando

quietamente con la daga levantar la cerradura : hallé que era de golpe; abrila, y salí á otro aposento, tan obscuro como el que dexaba. Proseguí confusamente, buscando la puerta arrimado á los tapices y sillas; y tropezando en unos cogines caí, dando con las manos en un bulto, que tratándole con menos susto y mas atencion, conocí por el adorno y blandura de las manos que era una muger; que el rostro elado, y el aliento debil, yacia en aquella estancia desmayada. ¡ Ay de mí (dixe) quejándome blandamente), esta es sin duda mi amada prenda, que poco ha me lloraba ! ¡Ay (proseguí) hermoso dueño! ¿por qué si temias mi peligro, estando tan cerca de mi prision no me avisaste vivo antes que me llorases muer-

to? Vuelve, amada Narcisa, á cobrar el aliento que te embargó la pena, que yo con mi valor ó con mi muerte venceré los hados, y rendiré la fortuna. Así discurria, entregado á mi mismo afecto, quando levantando el rostro, ví que entraba luz por una puerta, llegué á ella, y reparando que sólo estaba ajustada al marco, la abrí un poco, y dilaté la vista por una gran sala; en medio de ella, entre dos hacheros de plata, y sobre un paño de terciopelo negro, descubrí un cuerpo muerto, vestido un manto Militar, con la Cruz de Calatraba. No pude conocer el cadaver, por tener el rostro cubierto con un tafetan. Entraban y salian muchas personas, que suspirando publicaban su sentimiento. El que yo tuve entonces, para sentido fue por-

co ; y ahora es mucho para dicho. Yo os certifico, amigo Don Enrique, que me persuadia que no eran verdades las que tocaba, sino fantásticas apariencias de imaginacion mentirosa. Dudaba confusamente conmigo si el difunto seria Don Garceran, padre de Estela; ó Celauro, hermano de Narcisa (que ambos eran Caballeros de un mismo hábito), si la dama desmayada era la una que á mí me lloraba como amante, ó la otra, que como hija se quejaba de la desdicha del padre. Las lástimas y finezas que yo le habia oido mas correspondian con el amor de Narcisa, que con el filial afecto de Estela. Consideraba tambien, que Narcisa tenia la llave del aposento donde me habia ocultado, y que si conociera mi peligro, me avi-

sara con tiempo. Ultimamente, recusaba por falsas todas estas imaginaciones, pues la una ó la otra (ó fuese Don Garceran, ó fuese Celauro el muerto), tenia justa causa de lágrimas, y bastante ocasion de sentimiento. Sosegado un poco de mi temor, quise volverme a mi estancia, por no aventurar si fuese sentido mi vida, y el honor de Narcisa y Estela; y apenas me movi para executar este pensamiento, quando abrió la puerta una muger, que con una buxia de plata venia alumbrando á Narcisa. Fue forzoso embeberme entre la pared y la puerta: entró Narcisa llorando, y en un estrado halló desmayada á Estela, que llamándola con blandas voces, y rociándola el rostro, volvió en sí: y yo, viéndolas divertidas en su duelo,

ajusté la puerta al marco, y atravesando la sala, me volvi á mi prision; en cuyas sombras pasé lo que quedaba de la noche, y la mitad del dia, considerando los sucesos que por mí habian pasado en tan pocas horas, compuestos de tantos imposibles. Sentí abrir la puerta; ya mi prevencion estaba resuelta á qualquier lance, y solo sirvió de que siendo Narcisa la que entraba se admirase de verme armado de pistolas. Fióse con un blando suspiro en mis brazos, y vertiendo un diluvio de perlas, me dixo de esta suerte.

Apartéme anoche de tu presencia (señor y dueño mio) con el temor del alboroto que dentro de casa oimos; llegué al aposento de Estela, que turbada, y medio vestida, daba priesa á

que abriesen las puertas de su quarto; y abiertas (advierte nuestra desdicha) entró Don Garceran, mi tio, y en los hombros de quatro pages nos puso delante á mi hermano Celauro, que pasado el pecho de una herida, habia rendido el alma en la calle que corresponde á ese jardin. No quiero deciros nada de mi dolor, por no despertar el tuyo; y así paso en silencio la parte que me cupo de sentimiento: solo te diré los extremos de Estela, que ya lo trataba como á esposo: ¡Quánto menos que yo le amaba! pues no añadia á su dolor el perderle como hermana. Estela, pues, con un desmayo se rindió á su sentimiento; y abrazada de Celauro, le trasladó todo lo que tenia de cadáver. Los deudos y los vecinos que acudié-

ron al caso, embarazaban de suspiros el ayre, y la tierra de lágrimas. Don Garceran estaba sin discurso entre la cólera, que impaciente le daba voces por su venganza, y el dolor, que le estorbaba en lo mismo que resolvia. La justicia diligenciaba rigurosa en favor de nuestra pena, buscando indicios que no hallaban del homicida; y solo se averiguaba que Celauro asistia de ordinario á la calle de Casandra, prendado de cierta dama que traxo de la Corte. Yo dividida entre dos sentimientos, lloraba igualmente la desdicha de Celauro, y el peligro en que estabas, deseando que no se averiguase su muerte, solo por el riesgo de tu vida; pues en sabiéndose que tú le habias muerto, volverian mis deudos á resucitar los bandos de nues-

tras casas y á solicitar su venganza. Al fin solo se aguarda la noche para depositar á Celauro en una capilla sin pompa funeral, ni demonstraciones de sentimiento. Mira tú, amado Febo, el que yo puedo tener que corresponda á tantas desdichas; pues en un instante he perdido un hermano, dándole tú la muerte, y temo perderte á tí, quitándome yo la vida.

No pudo pasar adelante Narcisa, que el dolor la robó las palabras, y dió licencia á que los ojos llorando me dixesen su pena; que las lágrimas pedazos son de los afectos, que mudos se rompieron en el silencio de los labios. Yo entonces enternecido, tomándola las manos, y llevándolas á la boca, acompañé con iguales sentimientos del suyo. ¡Ay (dixe)! amada

pronda, bien conozco que pide mas consuelo tu dolor, que disculpa mi yerro; pero aunque tengo tan seguro apoyo en tu fineza, y en no haber conocido á Celaura, te pido que con este acero me quites la vida: tomale, y rómpeme el pecho; y si el afecto de hermana te venciere, muera yo á tus manos, que bien se á lo que sabe la muerte; pues no será la primera vez que me han muerto. Ya veo que te ofendes con esto, y que como entendida (sino como amante) dices que no hay tal género de venganza, como no querer vengarse, y que la mayor bizarria de ánimo generoso es tratar al enemigo de forma que piense tenerle por amigo; y que los nobles aborrecen como quien ha de amar, y no aman como quien ha de aborrecer.

No quiso Narcisa responderme mas, sino que sus obras y el tiempo me dirian lo que me amaba; y regalándome con algunas conservas, me dexó en mi prision hasta la noche, que bañada en lágrimas, pidiéndome que no la olvidase, pues la costaba tanto, y que me guardase de sus deudos, me abrió el postigo del jardin, dándome la libertad, que ya lloraba perdida.

Otro dia amaneci en Peñaflor, donde hallé á Don Alvaro, que me buscaba cuidadoso. Admiró mi suceso, y la fineza de Narcisa; y contándome el suyo, me dixo como aquella noche estando en el aposento de Casandra oyó el ruido de la pendencia, las voces de Celauro, y el estruendo de la gente que acudió al caso; y viendo el peligro de su persona, y del

honor de Casandra, y la cierta evidencia de que la justicia visitaria las casas de la calle, arrojándose de unas ventanas á otras casas convecinas, me buscó en la mia, y no hallándome en ella, se retiró á mi aldea, dexando orden á Lisardo, criado mio, que le avisase de todo. Vino Lisardo otro dia, de quien supimos que la justicia no habia podido averiguar el menor indicio de la muerte de Celauro, y que Don Fernando su padre, vencido de este sentimiento, habia ocupado la cama con un peligroso accidente: que Narcisa lloraba su perdido hermano, Estela sus muertas esperanzas, y toda la ciudad el mas gallardo mancebo que la ilustraba.

Desconsolado y triste me quedé en aquella soledad, mis desdichas pedian

mayor sentimiento: aqui lloraba la brevedad de mis glorias (Efimeras del amor, y flores de la fortuna), quejándome á un arroyuelo, que ciñendo una isleta de flores, parecia ramilletero de vidrio. ¡Ay (decia) arroyuelo mio! retrato de mis dichas, que vives y duras quando pobre y humilde sirves de estrado á tus flores, y mueres y acabas en tu aumento, quando con forasteros cristales te favorecen las lluvias, perdiendo de dichoso siendo rio, lo que ganaste siendo lama de plata, ó espejo de la yerva: parece que en lo breve mis glorias apostaron á vivir con tus flores. ¡Ay de mí, que duraron menos! Pero ¿qué bien, qué dicha, qué descanso concede el mundo á los hombres que no sea viento leve, sueño vano, engaño ligero, fugi-

tiva sombra, esperanza incierta, vanidad conocida, inconstancia visible, imaginacion que pasa, y bien que desaparece?

Muchos dias se me pasaron en aquel monte, desesperado de restituirme á los favores de Narcisa, aunque las finezas que habia usado conmigo daban algun breve rigor á mi esperanza. Consideraba por otra parte que aun guardaba mi acero las manchas del rosicler de la inocente sangre de Celauro, y que su muerte renoyaba la memoria de la desdicha de Don Martin, su hermano. Fatigado con estos pensamientos, me halló una tarde Don Álvaro, que viniendo de Zaragoza á verme, me puso en las manos una carta de Narcisa, que llegó á las de una Religiosa mi deuda, en un pliego con

dos cubiertas, y mi nombre en la úlma, que abierta decia así:

Si fuera vuestro amor verdadero no vivierais desconfiado de mi fé, cuya fineza remito á que os acuerde el suceso de la noche del jardin, donde vuestra estimacion antepuse al afecto natural de mi sangre. Acordaos de estos extremos, y de que teneis obligaciones de amante y de caballero.

Narcisa.

Desacreditó Don Alvaro esta novedad de Narcisa, diciendo que eran engaños de su venganza, y no finezas de su voluntad; como si cupiese esta sospecha en aquel angel, en quien pudo mas el amor que la naturaleza. Al fin, determinando aventurar en la empresa la reputacion y la vida, mereci hablarla en una reja de su

quinta : nunca tuvo amor tales yerros. Alli nos hallaba la aurora muchas veces, que acechando nuestras ternezas acallaba los cristales, y no despertaba á las flores de aquel jardin. Creció el amor con el trato, hasta que con nombre y palabra de esposo mereci llegar á sus brazos ; y confirmándose de nuevo nuestras voluntades, gozamos muchos dias de esta union, de esta paz, y de esta dulce y deseada posesion.

Don Fernando, ya mejor de sus achaques, mudó su habitacion á la ciudad., temiendo que la muerte de Celauro habia sido castigo del cielo, por los extremos con que sintió la de Don Martin. La novedad de la casa (que estaba enfrente de la de Estela), y el recato con que yo vivia, hizo di-

ficultosa nuestra correspondencia, hasta que todo lo facilitó el amor y el ingenio. Servia un jardin de florido sitial á un quarto de verano, que por no habitarse estaba siempre cerrado, de donde subia un pequeño caracol á la quadra de Narcisa. De la puerta de esta escalera, y del postigo del jardin hicimos llaves, de suerte que con facilidad gozaba de estas dichas; si bien duraron tan poco, que parece encarecer su brevedad, baste decir que eran mias y de Narcisa, que habiéndose librado de fea, era tan avisada, que vivia sin vanidades de hermosa. Su padre, pues, cuidadoso de darla estado, trató de casarla con un primo suyo llamado D. Jorge, mancebo de hasta veinte y dos años, tan rico, galan y entendido, que pudiera des-

empeñar el deseo mas ambicioso, y dexar sin queja á la mayor hermosura. Sentia Leriano mucho el casamiento de su prima, á quien amaba con extremo, y siempre vivió con esperanza de que Don Fernando se la daria; pues aunque le faltaban riquezas era tan galan y tan noble como Don Jorge, y su tio tenia obligacion de mirar por su aumento, por haberle criado en su casa, y haberle comunicado todos los afectos con que amaba á Celauro; mas Don Fernando, sin atender á la justa queja de Leriano, despachó á Roma por la dispensacion para efectuar el casamiento, prendado mas de la riqueza de Don Jorge, que de las obligaciones y finezas del sobrino.

Sentí en el alma esta nueva desdi-

cha, viendo mis esperanzas tan á peligro de perderse, y la injusta violencia que padecia la voluntad de Narcisa, á quien Don Fernando reprehendia el verla aquellos dias desaseada en el adorno, y el semblante retirado de la risa y del gusto. Don Jorge, á título de caricia de esposo, la galanteaba, sirviéndola con ricas joyas de diamantes; y Leriano, corrido de los desvios de Don Fernando y de los desdenes de Narcisa, y zeloso de las dichas del primo, sin despedirse de nadie se fue á Barcelona, y se embarcó para Italia.

Tenia yo en Valencia cercano deudo con la Condesa Policena, dama de superior belleza y entendimiento, y que habiendo enviudado de mediana edad, y sin hijos, no habia queri-

do admitir nuevo esposo, ó bien hallada en su soledad, ó severa en su condicion con los hombres. De esta dama era yo inmediato heredero, y prenda tan de su amor, que me atreví á comunicarla mis pensamientos y los lances en que estaban mis cosas, escribiéndola que determinaba llevarla á Narcisa (que la escribió lo mismo), pues con eso aseguraba su posesion, y cumplia con mis obligaciones, confiando en el tiempo, y en que interpuesta la autoridad de algunos señores, dispondrian la voluntad de Don Fernando, para que viniese en nuestro casamiento; pues era forzoso que estando desposados en secreto no le quedase otro medio á su sucesion, á su honor, y á nuestra amistad; y dispuesto así el robo de Narcisa, lo

remitimos á la primera ocasion.

Este estado tenian mis amores, quando me sucedió el caso mas peregrino que pudo inventar la fortuna, ni executar el hado. Fue, pues, que una noche, que me aguardaba Narcisa, no consentí á D. Alvaro que me acompañase, corrido de su incomodidad, pues por mí perdia algunas ocasiones con Casandra, y despidiéndonos, subí á la quadra de Narcisa. Dexo á vuestra ponderacion las delicias de dos amantes, quando el tiempo les concede algun espacio de comunicarse, y solo digo que Narcisa se me quedó dormida, y que yo cuidadoso la guardaba el sueño. Apenas descansó breve rato, quando sentí abrir la puerta del aposento, con tanta sutileza, que solo mi cuidado pudiera per-

cibirlo. Levantéme del lecho, que ocupabamos vestidos, y previniendome de una puerta correspondiente á la escalera que baxaba al jardin, y caia detras de la cortina de la cama, levanté el gatillo á una pistola, y determiné aguardar el suceso, deseoso de saber quien se atrevia á tal hora á quel retiro. Pierdo el sentido quando me acuerdo de los terribles lances de esta noche, donde ni el mayor advertimiento, ni el valor mas alentado, pudieran evitar la menor circunstancia de mi desdicha. Sentí en fin blandos pasos en el aposento, que se acercaban al lecho de Narcisa, que despertó sobresaltada; y con la imaginacion que me tenia á su lado; ¿donde estás, Febo mio, mi señor y mi esposo? (dixo) no hallándome en el

lecho. No soy Febo, Narcisa ingrata (respondió aquella desconocida sombra), no soy Febo, ese que tu amor, ó tu sueño te representa en los brazos, sino el mas infelice de los hombres; y al fin soy un furor, una locura, una violencia, un fuego, un rayo; y últimamente una determinacion resuelta á gozarte, ó á quitarte con este acero la vida. No queda mas atónito el triste caminante que en noche obscura se imaginó ceniza de el rayo abortado de tenebrosa nube, como me quedé oyendo aquella voz: tan lleno de horror y tan arrebatado de mi cólera, que sin poder usar de mis acciones, me hallé inmovil, y cubierto de un sudor frio; como el tierno arroyuelo, á quien embargó la plata la inclemencia del austro. Atendi,

y luego: ¿Quién eres, hombre? (replicó Narcisa, formando á pausas, y con débil voz las palabras) que atrevido profanas el silencio de este retiro? Reporta la pasion lasciva que te ciega, ó te dará la muerte la primer voz que me oyere mi famillia. Hermosa enemiga (replicó) no niegues á mi ruego lo que conseguirá mi violencia. Suelta las manos (dixo en alta voz Narcisa), saliéndose de la cama por la parte en que yo estaba oculto, al tiempo que dando vuelta por los dos lados de las cortinas, entré en el aposento, y buscando á tiento á mi enemigo, con está daga (aun ahora me arrebata el furor), con esta misma daga, le dí tantas heridas, que cayó á mis pies, despidiendo lastimosos gemidos, y diciendo muchas veces: Nar-

cisa por tí muero con gusto, conoce mi amor en esta última fineza. Apartéme luego, temiendo no se enlazase á mis pies, y sirviese de estorbo á mi libertad, y tropezando en quantas cosas habia en el aposento, llegué á la puerta de la escalera (postrer recurso de mi peligro, y hallándola cerrada y fuerte á los golpes, con que intenté romperla. ¡Ó Narcisa (dixe) que me has vendido! quedándome confuso, torpe el movimiento, inhábiles los pasos, y palpitando el corazon presuroso. El herido (que por ningun modo pude conocerle) daba terribles voces pidiendo confesion. En los aposentos crecia el ruido y alboroto de la familia; y yo cercado de tantos peligros, encerrado y expuesto á la venganza de Don Fer-

nando, de cuyas manos era imposible escapar con la vida, en nada me determinaba. Ultimamente elegi el menor riesgo, y abriendo la ventana de un balcon, que miraba al jardin, quise arrojarme de ella; atravesé mi ferreruelo á las rejas, por hacer menos distante el salto, y al mismo tiempo que Don Fernando y sus criados con armas y luces entraban en el aposento, y yo desesperado me descolgaba del balcon, me hallé una escala en las manos pendiente de sus hierros. Llegaron los criados y tirándome algunos golpes, de que no pude defenderme, me arrojaron precipitado de la escala, que sirvió de no llegar al suelo hecho pedazos. Á este peligro se siguió otro mayor, y fue, que no bien puse los pies en el jardin, quando con

valiente denuedo me acometieron dos hombres. Bien pudiera volver el rostro á este riesgo, por faltarme la espada, que perdí con la obscuridad del aposento: mas fiado en una jacerina y casco que llevaba, solo con la pistola y la daga, me defendí de sus golpes, retirándome con desiguales pasos; y si bien recibia algunas heridas, no me aprovechaba de la pistola, con intento de ganar la puerta del jardin. Sucedió todo como yo deseaba, porque hallándola abierta, dí fuego á la pistola, y dexando heridos ó espantados á mis contrarios, seguí veloz la primer calle, deseoso de llamar á un convento, que estaba cerca, y prevenir remedio á la vida y al alma. Sentíme mortalmente herido, y que la sangre presurosa desocupaba las ve-

nas; y faltándome el aliento para mover los pasos, medi el suelo con un desmayo tan parecido á la muerte, que me privó del sentimiento y del uso de la vida.

De esta forma estuve algunas horas, hasta que volviendo en mi acuerdo, con notable admiracion mia, me hallé en un precioso lecho, y en una sala adornada de vistosas tapicerias y pinturas. Extrañé la estancia y las personas que me atendian, que no eran menos que la bella Casandra, merecida prenda de Don Alvaro, y Doña Estefania su madrastra; ó mas bien dicho, su segunda madre. Miré con nueva atencion, creyendo que era remedio de algun encanto lo que por mí pasaba. Canocieron aquellas damas la causa de mi suspension, y en-

ternecidas de verme tan mal herido, me consolaron. Entró luego Don Pedro, padre de Casandra, y alegre de verme ya en mi acuerdo, y con caricia de amigo me pidió que tuviese buen ánimo; porque las heridas no indicaban forzoso peligro, y las habia aplicado con tiempo los medicamentos: que solo tratase de mi quietud, hasta que estando mas aliviado me diese cuenta del suceso que admiraba. Obedeci á Don Pedro, exagerando lo que importaba el secreto. Perded cuidado (dixo), que todos tenemos riesgo, si se sabe que os tengo en mi casa, y que mi familia merece las diligencias de vuestra salud.

Aquí llegaba Febo con su discurso, quando lo suspendió la voz de Menandro, criado de Don Enrique, que

venia por la selva cantando con mucha destreza de esta suerte:

Alegre paxarillo,
Que en cátedra de flores
Enseñas armonía
Á las aves del bosque:
Galan del alba hermosa,
Que en este verde monte
Requiebras las Auroras,
Festejas los albores:
Alma de los desiertos,
Tú que mis quejas oyes,
Quando suspiro al dia,
Quando lloro á la noche:
Músico paxarillo,
Cisne de este orizonte,
Tú que sabes de penas,
Tú que cantas de amores:
Vuela á Filida, aquella

Que al zefiro descoje,
Preso ó libre el cabello
Un sol, ú muchos soles:
Ayrosisima ingrata,
Qué pisa quando corre,
Menos lirios al valle
Que humanos corozones:
Dila, ruiseñor mio,
Con armónicas voces,
Silvio te adora, ingrata
¿Por qué no correspondes?
Acredita mis penas,
Cuentala mis amores,
Lástimas la aconseja,
Culpala sin razones.
Mi secretario dulce,
Si ayrada te responde,
Pícala en los claveles,
Castigalá rigores.
Bebelá en el aliento

Todo el ambar en flores,
Y traeme la respuesta
Que aquí aguardo en el bosque.

En acabando Celio de referir estos versos se levantó Diana, diciendo, que por ser tarde dexase lo que faltaba de la historia para la mañana siguiente.

Volvió con festivo estruendo la música, tocando en diversos coros, hasta que Diana, sus damas y caballeros desocuparon la sala.

AURORA QUARTA.

Cantaban los músicos esta letra, en tanto que Diana leyendo unas cartas de Valerio, breve relacion del suceso de Cintia, daba lugar en la atencion y silencio de todos á que Celio se previniese para proseguir su historia.

Porque estrene el prado flores
Al prado salió Filena,
Con cuyas plantas de nieve
Da pasos la Primavera.

Filena, la que en el valle,
Juntó bizarra y discreta
El donayre de palacio
Con la gala de la aldea:
La que en dos verdes años,
Que muchos floridos sean,
Goza siglos de entendida,
Disfruta edades de cuerda.
Vestida salió de grana,
Sin deber la Zagaleza,
Ni á la atencion el aseo,
Ni al arte la diligencia.
Que su lindo ayroso talle
Tantos al cielo le cuesta,
Que aun no han menester de verse
El cuidado de sí mesma.
La rica madeja de oro
Dexó á las espaldas suelta,
Que en su condicion lo libre
Aun no la consiente presa.

Un cupido de azabache
En unos corales lleva,
Perdido amor por retratos
De los labios de Filena.
Los corales con la boca
Se corrieron de vergüenza,
Que con cinco extremos de oro
No aciertan á encarecerla.
Con tanta beldad, Pastores,
Mentiras son, aunque bellas,
Lo cándido de la aurora
Lo florido de la selva.
Esquiva, ingrata serrana,
Libre deydad montañesa,
No hay finezas que la obliguen,
No hay méritos que la venzan.
Tirso, que vió á la Zagala
Vivir tan lejos de agena,
Dixo mirando sus ojos,
¿Qué sabe Tirso de estrellas?

De tan dulce muerte
Morireis, Zagales,
Que ha de ser la dicha
De vuestros males:
Que el que hubiere nacido
Con buena estrella,
Morirá de los ojos de mi Filena.

Recien nacido el año (dixo Celio) doraba el sol la bella imagen del Toro, y sus rayos con mas vigor ardientes, desmayando las flores se introducian en la selva, quando Febo y Don Enrique, huyendo los enfados del calor, se retiraron á una sala de la quinta; estancia acomodada para el tiempo; y Febo prosiguiendo su historia, habló así: Respondió mi salud al deseo de todos, y ya fuera de peligro, supe de Don Pedro, que reco-

giéndose á su casa la noche de mi tragedia, topó conmigo en la calle, donde me quedé desmayado. Conocióme á la luz de una linterna; y noblemente piadoso, me llevó en brazos á su casa, y Doña Estefania y Casandra, me acomodaron en un lecho; de forma, que pudieron los Cirujanos reconocer las heridas, y aplicar los medicamentos, estando sin volver en mi acuerdo hasta el punto en que dexamos la historia.

Don Fernando, admirado de la temeridad con que me arrojé del balcon, mandó que algunos criados me siguiesen; y volviendo á las voces del herido que estaba en el aposento, halló que era Leriano; que bañado en sangre pedia confesion aprisa. ¡O Misericordia Divina, que en los mayores

lances de tu justicia y de nuestro peligro, embargas todos los inconvenientes de nuestra salvacion! Dióle Dios tiempo á Leriano para que confesase; y despues para que declarase que moria por justa pena de su culpa; porque viendo las precisas bodas de Don Jorge, y que habia de ser dueño de la belleza de su prima, y que Narcisa y Don Fernando le pagaban tan mal su fineza, loco de enamorado y zeloso, intentó gozarla. Publicó, pues, que se ausentaba, y escribiendo desde Barcelona nuevas de su embarcacion para Italia, se volvió á Zaragoza, estando oculto en ella, hasta que saliendo aquella noche, con llaves maestras, prevenidas de muchos dias, facilitó las puertas; y llegando á la antecámara de su prima, abrió

la ventana de un balcon, y pasando á otro del aposento en que dormia, ató de él una escala; porque temiendo que Narcisa, ni con halagos, ni con amenazas se dexaria vencer, y daria voces, quiso asegurar su fuga por ella y por el jardin; demas, que dexándola atada al balcon, resultaba tambien en descrédito de Narcisa hallar un instrumento tan sospechoso en la ventana de su mismo aposento: pues aunque dixese que él habia sido dueño de aquella alevosia, quedaban en su favor las cartas, que él y otras personas habian escrito desde Barcelona; certificando su viage á Italia, con que D. Jorge, escrupuloso entre presunciones indiferentes, no daria conclusion al desposorio. Y últimamente, dixo que abriendo la puerta

de la cámara de Narcisa, y llegando á su cama, la despertó, repitiendo con tiernas ansias el nombre de Febo, y que acudiendo á su vóz un hombre (que sin duda fue el mismo Febo), sin darle lugar á su defensa, le dió las heridas de que moria; conociendo las culpas de su loco amor; de que pedia perdon á Narcisa. Y espirando con el último acento de este nombre, pagó el mal aconsejado amante los desaciertos de su juventud desenfrenada.

Apenas acabó Leriano esta declaracion, quando crecieron mas las lágrimas de las criadas de Narcisa; que buscándola por los últimos aposentos, no la hallaban. Llenóse de gente de las vecinas calles el jardin y la casa; unos acudian piadosos á las voces de

un hombre, que entre las murtas de la huerta estaba herido de la municion de mi pistola; y conociendo que era un criado de Don Jorge, comenzaron á buscarle, temiendo no le hubiese alcanzado parte de tan lastimosa tragedia: otros consolaban á Don Fernando, que tristemente lloraba la pérdida de tan amables prendas. Á este punto entró Don Jorge, y oyendo decir la fuga de su prima, y el suceso de Leriano, se quedó tan parecido á su forma, que solo las heridas lo diferenciaban del muerto. Volvió en sí, dando licencia á que informasen de su vida algunos suspiros: y sabiendo la declaracion de Leriano, y los indicios que de mí se tenian, dixo haberme conocido algunas noches en las calles que cercaban al jardin,

y que aquella noche, por satisfacer su sospecha, y conócer la causa de mi desvelo, determinó aguardarme, y llegando cerca del jardin, vió salir por el postigo un bulto, corriendo con tanta velocidad, que siguiéndole con toda diligencia él y Teodoro, su criado, se desapareció en un instante; y que volviendo despues al mismo lugar hallaron abierto el postigo. Sintieron voces en el quarto de Narcisa, entraron, y viendo que de un balcon se arrojaba un hombre, le acometieron para acabar de matarle, creyendo que el golpe dexaria poco que hacer á las espadas; y sucedió tan al contrario, que defendiéndose con gallarda osadia, disparando una pistola, derribó á Teodoro, y se libró de sus manos. Al fin se confirmaron las sospe-

chas de Don Jorge, y lo que de mí habia declarado Leriano, hallando en el aposento mi ferreruelo (conocido por singular en la tela) y en un contadorcillo de Narcisa, mi retrato, y papeles de mi letra.

Narcisa no parecia, ni pudieron descubrir las diligencias que en toda la ciudad hicieron su padre y sus deudos, ni las que en secreto la buscaron por mi orden, cosa que me puso en los últimos términos de la vida.

Poco despues supe de Casandra la ausencia de Don Alvaro, executada la misma noche de mi suceso, con tanto secreto, que por no fiarse de sus criados, se ignoraba el motivo de su viage. Sentimos Casandra y yo con algun extremo la ausencia de Don Alvaro, pareciéndonos poco va-

lor en un caballero tan valiente y entendido; sospechando, que sin duda la ocasionaba el temor, que por ser mi mayor amigo le alcanzaria no pequeña parte de mis fortunas. Quejabase Casandra de que la tenia poco amor, quien en tantos dias no la habia escrito, dexándola entre la severa condicion de Doña Estefania, su madrastra, y la poca caricia de Don Pedro, su padre; mas en medio de estos sentimientos me traxo Lisardo una carta de la Condesa Policena (á quien yo habia escrito mi tragedia), que bastó para satisfacer nuestras dudas, y consolar nuestras penas. Decia en suma, que Narcisa, acompañada de Don Alvaro, habia llegado á Valencia y á su casa, y que no me escribian por no saber de mis heridas, y pen-

sar (como ella la decia) que ya estaba en camino, y que así con toda brevedad saliese de Zaragoza. Con tan alegres nuevas convalecí del todo en breves dias, y me partí á Valencia, dexando en mi aldea á Lisardo para el aviso de mis negocios.

Caminaba de noche, y disfrazado en hábito de labrador, sin tocar en ventas, ni lugares algunos, que toda está prevencion fue necesaria contra las diligencias con que mis enemigos me buscaban. Halléme una noche fatigado del cansancio, y retirándome del camino entre unos árboles que guarnecian las faldas de una montaña, me recosté en la yerva, y despues de repasar en la memoria los sucesos de mi fortuna, que así me llevaba perseguido, me dexé lisonjear

del sueño, y apenas descansé breve rato, quando cayendo sobre mí un bulto, (ó fiera ó tronco me pareció de aquel monte), me despertó con un sobresalto tan prevenido, que al punto me puse en pie, y con la espada en blanco quise acometerle. Reparé luego que no se movia, y llegándome cerca, hallé que era un hombre muerto, que por algunas heridas vertia la caliente sangre, y que guardaba el mismo calor que si estuviera vivo; indicio que no habia mucho que lo estaba. Mi admiracion fue grande, pero viendo que no le conocia, y que en todo aquel monte solo se movian las hojas de los árboles, lastimándome con piedad christiana de su desdicha, me salí al camino, y seguí mi viage; y no bien caminé dos

tiros de escópeta, quando me suspendí, viendo en medio del camino un coche, que sin gente ninguna, y desjarretadas las mulas, daba indicios de no menor tragedia, que el difunto que dexaba en el bosque. Estaban todos aquellos distritos con un silencio tan grande, que me parecian las cosas que en ellos me pasaban ilusiones de la fantasia. Púseme á pensar si el dueño de aquel coche seria el muerto, que dando en manos de algunos salteadores le habrian quitado la vida y el dinero; y no me pareció la persona y el hábito ageno de esta presuncion. Quité un estribo al coche, y hallé en él algunas albajas, que por curiosas acreditaban ser de personas de importancia, y no de ladrones, los executores de accion tan desinteresada.

Sentí despues rumor, no lejos del camino, y guiando los pasos hácia la parte donde se oia por entre los árboles y quebradas de un valle, advertí que hablaban confusamente algunas personas; y ya de mas cerca oí, que levantando una voz, decia: Perdonad, señor D. Alvaro Felix este desacierto de mi cólera, pues es tan justa la causa que me obliga á semejantes travesuras, que con segura disculpa pudiera arrojarme á mayores desalumbramientos; pero si no consigo de vuestra cortesia lo que deseo, yo pongo mi causa en manos de la señora Isbella, no porque su hermosura fue la ocasion de esta desgracia, sino porque de dama tan entendida me puedo asegurar mayores confianzas. Señor Jorge de Aragon (respondió la

dama con notable admiracion mia), de antemano están disculpados vuestros yerros, que los tiene amor tan dorados, y la razon tan defendidos, que solo con estos bizarros atrevimientos pudierais cumplir con las obligaciones de Caballero y amante. Los sucesos que nos habeis referido de Febo de Cardóna, vuestro enemigo, y de Narcisa, vuestra prima, piden igual satisfaccion al agravio; y así ni Don Alvaro Felix será tan poco avisado, que no alabe vuestro valor, ni yo tan necia, que no os culpe este engaño, ocasionado de la mala informacion que os hicieron. Aquí pasó adelante la dama, y prosiguiendo en mas baxa voz, no pude percibir distintamente lo que despues hablaron.

Parecióme necia curiosidad, y que era tentar á la fortuna aguardar mas certidumbre del peligro en que estaba; pues el cielo de boca de mi enemigo me manifestaba sus intentos. Salí del monte á toda priesa, y caminando aquel dia con el seguro de que dexaba atras el peligro, llegué la siguiente noche á Valencia; alegróse la Condesa de verme con salud, y preguntándola por Narcisa, me respondió que no sabia de ella mas de lo que yo la habia escrito. Parecióme al primero donayre del buen gusto de Polidora, y que gustaba de hacer con aquel susto desquite del hallazgo de Narcisa. Mostréla la carta que me habia escrito á Zaragoza; y halló que era falsa, y que la habian contrahecho la letra y firma. Fue tan grande

el sentimiento que tuve, y los extremos que hice, que le costaron algunas lágrimas á Policena, compadecida de mi dolor, y me ocasionaron una calentura peligrosísima; de suerte, que con algunas sangrias que me dieron, quedé tan descaecido que solo me dexaron fuerzas para formar tiernos suspiros, y verter amorosas lágrimas.

Estaba yo una noche de mi enfermedad haciendo varios discursos de mis sucesos, y pensando quien era el inventor de la carta de Policena, quando entró un page á decirme, que un caballero forastero de pocos años, pedia licencia para verme: cosa que me asustó mucho; mas informándome de las señas, di licencia que entrase. Entró un mancebo de ayroso talle, si bien no

le conoci luego con la flaqueza y poco acierto de mi vista; y despues de las ordinarias cortesias me preguntó por Don Alvaro y Narcisa, diciéndome que era Don Lope, deudo de Don Pedro, á quien yo conocia. Respondíle que no sabia de ellos, ni estában en Valencia. Dió un tierno suspiro el joven, y diciendo, ¡ay de mí! amado Don Alvaro, reclinó la cabeza en la silla, quedándose desmayado. Acudieron los criados que me atendian, y la misma Policena salió del aposento de su estrado, y apenas la luz de una buxia dió á el forastero en el rostro, quando conocí á Casandra. Rocióla Policena con agua, que pareció aljofar en jazmines: volvió en sí, y volvió á ser rosa con la vergüenza. Advertila, que hablase á la Condesa:

hizolo así, y ya sosegada su turbacion, la conté los sucesos que me habian pasado en mi viage hasta Valencia; y ella, satisfaciendo la admiracion que Policena tendria de ver en aquel hábito á una persona de su porte: amor (dixo) señora Policena, funda sus finezas en desatinos, si bien los mios no merecen ese nombre, que quien nació con mis obligaciones, no cumpliera con ellas de otra suerte: demas, que las que Don Alvaro me debe son de tanto peso, que solo puede satisfacerlas con su mano; y así en esta accion, que tiene tantos ayres de libre, quedaré absuelta del todo con quien nació tan avisada, y sabe que los yerros del entendimiento son disculpa en la voluntad, y que ninguno hay tan entendido, que de no haber

errado, haga seguridad de no errar nunca. Partióse de Zaragoza Febo, creyendo por la carta de V. S. que Narcisa y Don Alvaro estaban en el seguro de su casa, y yo quedé contentísima de tener tan cerca á Don Alvaro, que nos pudiésemos corresponder cada ordinario: mas la severa condicion de Doña Estefania llegó á tal extremo, que reduxo á mi padre (poniéndole por exemplo el suceso de Narcisa) á que con toda priesa me diese estado. Este color daba al deseo que tenia de verme lejos de su vista. Propusieronme la eleccion de dos cosas, ó admitir por esposo á Don Mauricio, sobrino de Doña Estefania, y no á otro alguno, ó profesar en el convento que yo quisiese; y esto con tanta brevedad, que para la determi-

nacion de mi gusto me dieron muy pocas horas de término, que fueron para mí muchos siglos de llanto. Bien sabia yo de la terrible condicion de mi padre; que habia de executar el gusto de su esposa, y ponerme á peligro de perderle el respeto, ó hacer algun desalumbramiento, que no me estuviese tan bien como este. Reducirme á un convento, era desesperacion. y dar motivo á Don Alvaro para que no la diese nombre de fineza, y se olvidase de sus obligaciones. Admitir ageno dueño era perder el respeto á mi honor y condenarme á la perpetua queja de un casamiento á disgusto. Ultimamente, despues de estas consultas me resolví á executar el primer intento que mi voluntad me propuso; que no hay amante tan

superior á sus afectos que no quede vencido de alguno. Resolvíme á dexar mi casa, y á buscar en la de V. S á Don Alvaro, y la proteccion de su grandeza; pero mi fortuna, quitándome todo mi bien, castiga como culpas los méritos de mi amor.

Con un blando rocío de lágrimas cayó Casandra, consolóla Policena y el exemplo de mis desdichas: y despues dexándonos sólos proseguimos nuestra conversacion, y me dixo: Bien pudiera, señor Febo, callaros la noticia de un caso que me sucedió en el camino, y quiero daros cuenta de todo, porque admireis cómo castiga el cielo las liviandades de los hombres, la fuerza que tiene la razon contra el agravio, y los peligros que

me cuesta querer bien á Don Alvaro.

Con este vestido que previne en secreto salí de mi casa, sin fiarme de ninguna persona de ella. Caminé algunas jornadas al paso de mi delicadeza, y llegando una noche á una venta, quise descansar hasta el alba, por seguir con mas alivio mi viage. Retiréme á un patio apartado de lo mas público de la casa, temerosa de ser conocida, porque pensaba que todos sabian quien era, y me señalaban con el dedo. Divertime un rato con mis pensamientos, hasta que parando un coche á la puerta, y apeándose de él un caballero, galan sobre todo encarecimiento, y una dama bizarrísima, y tanto, que en lo ayroso y lo bien prendido traia bastante calificacion de serlo, entraron los dos á la

estancia donde yo estaba. Pidieronme cortesmente que despejase aquel lugar; repliqué con mucha cortesia se sirviesen de no obligarme á estar con la demas gente que ocupaba la venta, que por cierto inconveniente me importaba no ser visto de nadie. Lo no vulgar del talle, lo cortés del estilo, y lo atento á mi recato, les obligó á dexarme estar en su compañia, y á preguntarme mi nombre y patria. Respondí que me llamaba Leonardo, y que habia nacido en Zaragoza: segun eso (replicó el caballero) bien conocereis á Don Alvaro de Prada: No solo (dixe) le conozco, pero soy criado suyo, y voy ahora á servirle á Valencia, donde reside, por cierta ocasion que le obliga á dexar su casa: Alegróse el caballero de oirme, y ha-

ciéndome notables agasajos me dixo que se llamaba Don Alvaro Felix, y que habia sido muy amigo de Don Alvaro, asistiendo los dos en la Corte, y entonces viniendo de Murcia con aquella dama, que era su esposa, tuvo alguna noticia de sus cosas y de los sucesos de Febo Cardona su amigo. Finalmente, regalándome aquella noche, me obligaron por la mañana á que entrase en su coche, pues ellos llevaban mi mismo viage. Entré, pues, y con la luz del dia reparé con mas atencion en el rostro de Isbella (este era el nombre de la dama). Yo os certifico que si no viera tantas verdades que desmintiesen la vista, que la tuviera por Narcisa, tan bellas, tan parecidas las formó el cielo, que parece que las copió de una misma estampa, y que el pincel hizo en la imi-

tacion bizarria de su destreza. Mirabanme todos con cuidado, reparando en la blancura y delicadeza de mi rostro; pero quien mas dió en curioso conmigo fue Jacinto, un criado que llevaban en el coche, de tan buen talle y tan pocos años como su dueño. Hízose muy amigo mio, cuidando de mi comodidad y regalo, tan atento á hacerme gusto, que sospeché que me habia conocido. Yo vergonzosa disimulaba quanto podia, baxándome el sombrero á los ojos, no desnudando las manos de los guantes, y haciendo muy del hombre en mis acciones, arrepentida de haber encontrado con quien me cansaba con regalos y me desobligaba con caricias. Engañamos aquel dia los enfados del camino con varios cuentos, diciendo yo con despejo algunos donaires por deslum-

brar el encogimiento que las mugeres tenemos. Á puestas del sol se apearon del coche Isbella y Don Alvaro Felix; y despues de haber cenado algunos fiambres y dulces, se volvieron á êl diciéndonos á Jacinto y á mí, que un rato siguiésemos á pie el coche. Ya la noche estaba declarada, y con ella se confundian las cosas. Jacinto comenzó á informarme de las cosas de su dueño, diciéndome que era un caballero de los Coroneles de Sevilla, y que llevaba á aquella dama desde Murcia á su patria, y que tenia muy deseado hablarme á solas, que me habia cobrado mucha voluntad, por ser un retrato de cierta bizarra moza, que habia amartelado muchos dias, haciéndome una prolixa relacion de sus amores. El coche se perdia de vista,

y caminábamos por una montaña enmarañada de espesos bosques, y yo daba priesa á que alargasemos el paso, y Jacinto alargando su relacion, se paraba cada instante á pintarme con mucho afecto qualquier paso amoroso, á fuer de amante hazañero. Por una parte me enfadaba su prolixidad, y por otra gustaba de oirle, creyendo que me comunicaba sencillamente, y que me habia engañado el pensar que me tenia por hombre. Perdimos de todo punto el coche, de suerte que ya no se oia el ruido; y reparando con mas cuidado, conoci que totalmente habiamos perdido el camino, y que por todas partes nos cercaban árboles y peñas. Dixeselo á Jacinto con algun sentimiento, y casi resuelta á quedarme, y respondióme que no tuviese

pena, que él habia usado otra vez aquel camino, y sabia muy bien los atajos que tenia, y que siguiendo la senda que llevábamos llegariamos antes que el coche á una caseria que estaba cerca. Callé, y subimos una ladera de un cerrillo, y en lo alto me pidió que descansasemos: hícelo así. Sentéme, y sentándose á mi lado, mudando de plática. Bien sé (dixo) señor Leonardo, bien sé que vmd. no es Leonardo, sino Leonarda; y por mi fe, que no merece esa lindura dexar de ser bien querida. No me espanto que vmd. vaya en ese trage, que la fortuna tiene lances que obligan á las mugeres á mayores travesuras: ni vmd. se admire, pues pica en avisada, que yo en tan pocas horas la quiera bien, y que la pretenda mas

de un favor. Y diciendo esto, con deshonestas acciones, me obligó á que me levantase turbada, persuadiéndole que se reportase, y creyese que lo habian engañado los pocos años, y la hermosura, que tambien se hizo para los hombres; y que advirtiese que infaliblemente lo era. Yo os certifico que fue tal mi sentimiento, que me dexó sin discurso la cautelosa intencion del atrevido mozuelo. Finalmente, no fueron bastantes muchas razones que se me ofrecieron para disuadirle de su intento, antes creciendo su libertad en la resistencia, me obligó (vencida mi delicadeza) á medir el suelo, y forcejando los dos, me defendia de sus brazos, no con las pocas fuerzas que nos concedió la naturaleza á las mugeres; porque me ha-

llé con tantas así como me vi en tierra y á peligro de perder mi honra, que á imitacion de aquella fábula de Anteo, me sobraron para quitarle su misma daga de la pretina, que casualmente me hallé en las manos, y darle por las espaldas las heridas que bastaron para que lánguido y desmayado me diese lugar de librarme de sus brazos. Dexéle dando lastimosos gemidos, y corriendo veloz por la espesura del monte, me aparté de él tanto espacio, que quando fuera de dia, y quedara en otro estado, no me hallara su diligencia. Á esta hora, señor Febo, segun vuestra relacion, estabais durmiendo en el mismo bosque, y sin duda el herido mozuelo, dando algunos vuelcos con las ansias de la muerte, baxó precipitado del cerro donde

sucedió su tragedia, y cayendo sobre vos, como me habeis contado, os despertó, dando ocasion á vuestra piedad para lastimaros de su muerte, y causa para que dexando aquel sitio hallaseis el coche de Don Alvaro y de Isbella, y fueseis testigo de los intentos de Don Jorge; si bien los dos ignoramos el suceso que los conduxo á aquella soledad, dexando el coche tan mal puesto como habeis referido, Yo, penetrando lo mas oculto de aquella montaña, anduve toda la noche espantada de la liviandad y cauteloso atrevimiento de aquel hombre, dando gracias al cielo de haberme librado de sus manos.

Notablemente gusté de oir á Casandra los sucesos de su viage, admirado del animoso brio con que guardó

su honor, imitando algunas antiguas matronas, que le defendieron con iguales hazañas, de que Plutarco hace relacion en sus ilustres mugeres. Retiróse Casandra al quarto de Policena, y mudando de trage, atendieron las dos con tanto extremo á mi regalo, que me dexó del todo la calentura, sí bien no pude cobrar el perdido vigor en muchos dias.

En el espacio de mi convalecencia tuve algunas cartas de Lisardo, avisándome de los sucesos de Zaragoza, donde se murmuraba que Don Fernando y sus deudos tenian oculta á Narcisa, ó que la habian ocasionado la muerte. Ya que estuve con mejor salud me parti de Valencia á los lugares de la marina buscando á mi amigo D. Alvaro, á quien siempre tuve por au-

tor de la carta de Policena, como depósito de mis secretos, y en Denia tuve algunos indicios que lo vieron embarcar con una dama en las galeras de España, que iban á Sevilla. Volvime con esta informacion á Valencia, resuelto á hacer el viage de Sevilla, por buscarle, y apartarme de mis enemigos, que por todo el Reyno me seguian con notable deseo de su venganza; y asi rogué á Casandra que se quedase en el noble hospedage de la Condesa; pero ni mis ruegos, ni los suyos pudieron obligarla, determinando seguirme hasta Sevilla. Ajustéme á su gusto, por no darla ocasion á algun empeño á que pudiera conducirla su pasion amorosa; y dexando á Policena y á Lisardo instruccion del modo que nos habiamos de

corresponder desde Sevilla, volviendo Casandra al mismo trage con que vino, quedó transformada en un hermoso adonis; y embarcándonos en unos navios Flamencos, seguimos la derrota de la famosa barra de San Lucar.

Cobróme mucha voluntad el Capitan dueño de los navios, y obligado de su cortesia, pasando al suyo á ser un dia su huesped, dexé en el nuestro á Casandra, á quien recelaba de los ojos de todos, por no dar ocasion á la sospecha que pudiera engendrar su hermosura; y la que tenia Casandra era tan grande, que pudiera desvanecer de bella á la dama mas presumida de serlo. Regalóme al uso de su pais el Flamenco, los platos muy extraños, y muy ordinarios los brin-

dis; pero quiso mi mala dicha que sobreviniendo en medio de la comida un furioso Nordeste, nos dividió tan lejos, que en breve espacio perdimos de vista el navio de Casandra, con tanto sentimiento mio, que estuve mil veces para arrojarme al mar. Dos dias peleamos con un temporal soberbio, hasta que en esos cercanos mares creció con tanta violencia de vientos y lluvias, que dando en un escollo, se anegó, hecho pedazos el mísero navio; y yo, fiando mi vida á una tabla, anduve luchando con las furiosas ondas, hasta que ayer mañana, arrojado en esa playa, fui testigo de vuestra desgracia, y vos piadoso asilo de mis fortunas, y temiendo que algunas heridas ocasionaban vuestro desmayo, y la caliente púrpura que matizaba

la arena, os desabotoné el pecho, y hallé pendiente de vuestro cuello el hermoso retrato de Narcisa. Lloraba yo muerta mi amado dueño, y quando vi su imagen fue tan eficaz mi dolor, que me privó de sentimiento, y me dexó poseido de un prolixo desmayo. Este es el retrato de Narcisa; yo os le quité del pecho, como dueño del original; y esta es mi vida y mi historia: y ahora, si por desdichado os merezco algun favor, os pido, que dándome noticia de vuestros sucesos, me digais tambien la ocasion que os hizo poseedor de tan hermosa prenda.

Admirado y suspenso oyó Don Enrique á Febo, lastimándose de sus fortunas; que desdichas no merecidas se saben hacer lugar en la comun lástima de todos; y viendo que le

atendia con deseo de oirle, dixo así: No solo, señor Febo de Cardona, debo daros noticia de lo que pedis, sino haceros capaz de todos los sucesos de Narcisa y Don Alvaro; y así, por no confundir la historia, proseguiré desde la noche infelice de vuestra tragedia, dexando para despues el deciros por qué camino tengo noticia de ellos. Atendedme un rato, y vereis los mayores extremos de amor y amistad que pueden caber en la fineza de una dama y en la lealtad de un amigo.

Despertó Narcisa á la voz del atrevido Leriano al tiempo que vos (como habeis referido) sintiendo en el aposento sus pasos, os encubristeis entre las cortinas de la cama y la puerta de la escalera del jardin. Despertó, pues, repitiendo vuestro nombre; y atónita

y alborotada del atrevimiento de su primo, y de no hallaros á su lado, aun no creia que estaba libre de la prision del sueño. Testigo fuisteis de las palabras que entre los dos pasaron, hasta que levantándose Narcisa huyó veloz, entrándose por la misma puerta en que estabais; que sin duda fue al tiempo que vos, sin ser sentido de ella, dando la vuelta por las cortinas del lecho, executando en el deshonesto Leriano el castigo que mereció su alevosia, os quedasteis cerrado en el aposento, lidiando con tantos peligros, que, á imitacion del fingido monstruo de Alcides, de los que se acababan procedian otros sucesivamente. No quiso Narcisa dar voces, imaginando prevenida, que sin duda os habiais baxado al jardin, y que subiendo á su defen-

sa, y acudiendo al ruido su familia, quedaba expuesta vuestra vida á la venganza de su padre y número de criados, y perdido el dulce fruto de sus amores. Baxó corriendo al jardin, y no hallandoos en aquel verde distrito, quiso llamar á su gente para que acudiese á conocer el hombre que quedaba en su aposento; y oyendo luego indistintamente el ruido de vuestro combate y las voces de Leriano, la embarazó el temor y sospecha de que su padre, sabiendo el trato de vuestra correspondencia, intentaba la satisfaccion del agravio, y el castigo de vuestra osadia. Determinó con aquella primera perturbacion del ánimo librarse del peligro que imaginaba, vertiendo tan tiernas lágrimas, que las flores del jardin pensaron que desper-

taba el alba mas temprano que otras veces la aurora. Llegó á la puerta falsa; hallóla cerrada, y creyendo que estabais fuera la abrió; y con ligeros pasos (testigos fueron de su prisa D. Jorge y Teodoro) siguió la primera calle, sin mas adorno que un manteo de lamilla de plata. Á poco espacio se halló perdida, que como fue hermosa Diana de las selvas de su alqueria, acertó mal las calles de Zaragoza, si bien amor la engañó con el deseo de llegar á vuestra casa; pero piadoso el cielo, permitió que llegando un hombre á ella (que no fue menos que Don Alvaro) se ofreciese á servirla: y reparando con mas cuidado (oyendo que le preguntaba por vuestra casa) en el rostro y en el trage, la conoció, con tanta admiracion, que

mas turbado que ella, pudo pedirla el consuelo que pretendia de su valor. Informóle Narcisa brevemente de lo que pasaba; y conociendo el peligro en que estaban, la retiró á su casa, y sin llamar á ningun criado, dexándola cerrada en su mismo aposento, salió á buscaros: llegó á vuestra casa, y hallándola quieta, y viendo que los criados no sabian darle razon de vos, sin fiarles el secreto de tener á Narcisa en la suya, volvió cuidadoso á la de Don Fernando, que ya estaba alborotada, y oculto entre la confusion de la gente, se informó de todo lo que habia sucedido; y oyendo que todos generalmente os culpaban, conoció el peligro en que estaba Narcisa teniéndola en su casa; pues siendo vuestro mayor amigo, era cierto que

daria en la de los dos el primer golpe de la venganza de Don Fernando. Volvió veloz á su casa, y ensillando él mismo un caballo, y no confiando de ningun criado accion tan importante, se partió con Narcisa á Peñaflor: halló cerrada la quinta y que el jardinero no estaba en el pueblo: y temiendo que no podria encubrirse, por ser tan pequeña la aldea, y tan grande la malicia de los labradores, huyendo los peligros que se podian temer; que no es menos cordura temer los futuros, que prevenir los presentes, determinó salir de una vez de todos, y no parar hasta Valencia; y en conformidad de lo que estaba tratado, dexar á Narcisa en la noble proteccion de la Condesa vuestra tia, y desde allí avisaros, ó dar Don

Alvaro la vuelta á Zaragoza; y así atravesando el camino de Valencia, ántes que amaneciera habian ya caminado algunas leguas. Parecióle á Don Alvaro muy público el camino real: emboscóse, y por varias sendas de aquellas selvas y montañas, caminó al paso de la fatiga de Narcisa; y al cabo de algunos dias, perdiendo el camino, y dando en el de Vinaroz, llegaron á él una tarde á tiempo que se partia una falúa al Grao de Valencia. Gustó Narcisa de embarcarse por abreviar su viage, pasando aquel corto pedazo de mar. Navegaban alegres, respirando auroras y templados zefiros; quando en esta serenidad fiaban su esesperanza, sopló un viento de tierra, tan opuesto, y furioso, que en un punto se hallaron engolfados, y al des-

puntar el alba dió con la falúa una galeota Turca. Desvalixaronla, y subieron á ella á Narcisa, á Don Alvaro, y á todos. Los sentimientos de Narcisa fueron con tal extremo, que hubo menester Don Alvaro toda su cordura para engañar su pena, y sazonar lo desabrido de aquel infortunio; mas quiso el cielo que aquel mismo dia, descubriendo las galeras de España la galeota, la diesen caza, y la entrasen con poca resistencia.

Trasladó Don Alvaro á Narcisa á la popa de una galera, donde halló á Don Alvaro Felix, su amigo, aquel de los sucesos de Don Jorge, dueño del coche prodigioso, y de Jacinto, á quien dió muerte Casandra; el qual habiéndose embarcado con Isbella en Denia, pasaba á Cadiz, con intento

de llegar desde allí á Sevilla, su patria; y sin duda que en Denia le tuvieron por Don Alvaro, vuestro amigo, confundidos con el nombre; y así, por diferenciar las personas, de aquí adelante le llamaremos D.Felix.

Hablaronse Narcisa é Isbella, con admiracion de los que estaban presentes, viendo dos bellezas tan parecidas: diéronse los dos amigos cuenta de sus fortunas; y Don Alvaro, siguiendo el viage de las galeras, que llevaban orden de llegar á Cadiz, desembarcó en ella, y obligado del agasajo de Don Felix é Isbella, pasó á Sevila. De allí, con un correo que despachó á toda priesa, escribió á la Condesa Policena, con carta para vos, dando entera relacion del suceso que he referido. Y dexando aquí este discurso, pasaré

á daros noticia de los mios, que por varios accidentes han conducido mi vida á los peligros de que ayer fuisteis testigo en esa playa.

Naci tan acariciado de la fortuna, que me dió por ascendiente aquel ilustre Príncipe, alto honor de la Casa de Guzman, que purificando su noble sangre en el sitio de Tarifa, mereció dignamente el renombre de Bueno. Es mi patria Sevilla, corona de la mas fecunda region de España: honró mi pecho desde mi niñez esta Cruz de Santiago: ya de mayores años pasé á la Corte, donde gasté mi juventud en el decoro y lucimiento que piden las obligaciones de mi casa. Volví despues á Sevilla, y entre el hermoso número de sus damas me hallé en pocos dias muy amante de la incomparable

belleza de Nise: Nise, comun desvelo de toda la noble juventud Sevillana. Su condicion extraña me reportó mucho tiempo sin consentir que excediesen mis afectos los cortos términos de mi silencio. Crecia mas vehemente amor en aquel retiro del alma; sí bien tal vez se desquitaba en algunos descuidos de Nise, que profanando la prision se asomaba á los ojos impaciente por decirla mi pena. Reparó Nise en la atencion con que miraba sus rejas; y como tan entendida, percibió la causa aun entre los rebozos de mi recato, y llevada de lo peregrino de su condicion, dió en pagar mi fineza con un desden, tan cerca de desprecio, que desfalleciera otro amor de menos quilates que el mio. Tenia Nise una criada, á quien solicité con

dádivas, terciando con ella tan bien el oro, que puso en sus manos un papel mio, diciéndola que eran unos versos de cierto ingenio muy conocido en Sevilla.

Conoció Nise el dueño del papel, y sintió tanto el atrevimiento de Clavela, que quiso despedirla, sí bien no se resolvió á ello por estar Don Alonso su padre ausente de Sevilla, y querer mucho á Clavela, á quien habia criado en casa. Era Nise avisada sobre hermosa, y quiso darme á entender su enojo retirándose á una casa de campo que tenia en sitio no muy lejos de la ciudad, y acompañada de una señora anciana hermana de su padre, vivió en aquella soledad casi todo lo que duró su ausencia, acudiendo yo muchas veces á hablar á Clavela, que

me contaba aquel severo recato de sus pensamientos, y sentia que viviesen tan mal pagados los mios. Salia Nise á divertirse algunas veces con su tia y con Cladela á un bosquecillo que á un lado de la casa acompañaba hermosamente el edificio. Estaba yo no muy lejos una tarde que entretenia sus cuidados en aquel sitio, acompañado de Menandro, criado mio, y hijo de un labrador, que no muy distante de la de Nise tiene su casa de campo. Acechábamos á Nise entre unos árboles, que trasladaba al cabello las flores mas curiosas; y por darla á entender que no era comparable su ingratitud con mi fineza, y que no hay retiro, ni ausencia para quien bien ama, tocando un instrumento, canté así:

Preso el cabello, y preso el pie de nieve,
Nise salió de su cabaña al prado,
En flores el cabello aprisionado,
Y atado en cintas el coturno breve.

Un arroyuelo que á pasar se atreve
Mojóla un pie con su cristal elado,
Y de las hojas de un laurel sagrado
Asióla el pelo el vientecillo leve.

¡Ay, Nise (dixe á voces), qué mal tratas
De mi amor las finezas! mal pretendes
Exîmirme del fuego en que me matas.

Si tú al ayre y al agua no defiendes,
Ni al negro pelo que con flores atas,
Ni el blanco pie que con listones prendes.

Bien conoció Nise por el sugeto que

eran hijos de mi amor estos versos; y diciendo á Clavela que pasaba de licencia atreverme con tan poco recato á sus ojos, se entró en la quinta, y yo me quedé aquella noche en la de Menandro por hablar á Clavela: y en tanto que salia canté á las selvas mi cuidado, diciendo así.

Verdes y floridas selvas,
Mucho que deciros tengo,
Perdonad si con mis voces
Profano vuestro silencio.
Ya os he dicho, selvas mias,
De aquellos dulces ojuelos,
Negros como mi ventura,
Y libres como su dueño.
Los que yo llamo mis ojos,
Con un engaño tan cierto,
Que solo tienen de mios
Vivir de mi tan agenos.

Perdido por ellos vivo,
Selvas; yo se lo agradezco,
Porque estoy muy bien hallado
Despues que tan bien me pierdo.
Junto á un arroyuelo libre,
Que los miraba riyendo,
Y por lo libre decia,
Que era suyo el arroyuelo:
Cogiendo flores estaban:
Yo los vi, aunque no me vieron,
Que los señores ven poco,
Y un triste siempre está lejos.
Tendió Nisida la mano,
Á un casto jazmin, y luego
Solo fue jazmin la mano,
Y la flor dexó de serlo.
Lazo de rubies la rosa
Sirvió al pecho en el sayuelo:
¿Qué importan lazos en él,
Si vive tan libre el pecho?

Un Narciso, que en el prado
Era galan de sí mesmo,
Lo fue luego de su frente,
Hecha plumilla en el pelo.
¿Quién sino Nisida, selvas,
Por lo entendido y lo bello,
Lo enseñará á ser amante,
Y lo librará de necio?
Puso un clavel en los labios,
Que vergonzoso de verlos,
Le salieron las colores,
Mas no les venció por eso.
Hizo corona otras flores,
Que fue prision del cabello,
Las bebras volaban libres,
Y yo me quedaba preso.
Selvas, con tanta hermosura,
Con tan lindos años tiernos,
¿Quién no muere de entendido,
Y quién vive de grosero?

No quiero deciros mas,
Perdonad, selvas, que temo
Que he de morir de pensarlo,
Si llegué á morir de verlo.

Apenas acabé el último acento, quando súbitamente oimos un rumor de voces de fuego que discurria por toda la quinta, pidiendo desde las ventanas favor á las demas que estaban vecinas, diciendo que el fuego abrasaba el quarto de Nise, y que ya llegaba cerca de su mismo aposento. Ved el dolor que yo pude sentir entonces. Mandé á Menandro que me siguiese, y llegando á las puertas, que ya estaban abiertas, hallé á los criados, que con el temor se embarazaban unos á otros, sin acudir determinadamente al daño, y á Doña Mencia (así se llamaba la tia de Nise),

llorando con lastimosas quejas, y diciendo que solas Nise y Clavela estaban en el mayor peligro, por ser el fuego en las antesalas de su aposento, y que las rejas que tenian las ventanas hacian dificultoso su remedio. Nise se abrasa, acudid, señor Don Enrique (me dixo en viéndome), que para los pechos generosos como el vuestro son estas ocasiones: no se diga, no, que pudo mas la ambicion de un elemento que el denuedo de nuestro valor. No bien me informaron estas voces de la parte en que estaba Nise, quando arrojando el ferreruelo me lancé veloz por las llamas, y venciendo su ferocidad, y las espesas nubes de humo que me turbaban la vista, pasé uno y dos aposentos, hasta llegar á la puerta de el de Nise,

en que ya habia hecho presa el incendio: di golpes, diciendo á Clavela que abriese, porque me estaba abrasando. Abrió, y diciéndome que la pared de un lado de la cámara era tabique, rompi con un puñal de monte que llevaba el enlucido, y quitando facilmente los ladrillos, hice bastante lugar para que nos diese paso, si bien tuvo mucha dificultad, porque cayendo sobre un terradillo baxo, fue necesario hacer escala con unos bufetes que estaban en el aposento. Hasta aquel punto habia estado Nise poseida de un desmayo. ¡O quién supiera pintaros su hermosura con aquel desaliño del cabello y el trage, que el susto y el temor la tenian! Levantéla en brazos del lecho en que estaba, y sin volver en su acuerdo la baxé al pa-

tio, y diciendo á Clavela que avisase á Doña Mencia, la saqué de la quinta, y llevándola á la de Menandro, la acomodé con la mayor decencia que pude en mi lecho. Volvió en sí, y mudando en púrpura los jazmines del rostro, sin hablarme me pagó aquel beneficio mirándome con algunos indicios de afabilidad. Supliquéla que descansase en tanto que yo volvia á remediar el incendio. Ya en esto habian entrado Doña Mencia y sus criadas, y respondiendo cortés á la caricia de su agradecimiento, pasé á la quinta, y á costa de grande diligencia cesó el fuego, con pérdida de muchas alhajas y de la mayor parte del edificio. Di luego orden á Menandro que fuese á la ciudad y traxese en mi coche colgaduras, camas, y ropa blan-

ca. Volvió, y antes del alba estaba ya aderezado un quarto que ocuparon Doña Mencia y Nise, á quien presenté dos vestidos de campo bordados y algunas joyuelas de diamantes. Admitiólas Nise con muchas muestras de agrado, mostrándose tan cuidadosamente agradecida á la gallardia con que la libré del incendio, que guiado de sus ojos conocí que estaba muy cerca de mudar en favores aquellas cortesias.

Dos dias estuvieron en la quinta, recibiendo con mucho gusto los regalos que las hice. Volviéronse á la ciudad en mi coche, acompañándolas hasta su casa, donde era ya tan bien admitido, que me costaba oir una queja de las dos el dia que no las visitaba. Volvió Don Alonso de su ausencia, y

sabiendo el suceso, se mostró tan agradecido, que me hizo muchos regalos, con un agasajo muy hijo de la nobleza de su pecho. Ya Nise me correspondia, olvidada de aquella inconstante aspereza de su desden, de suerte, que de los papeles pasamos á comunicarnos las noches. Creció amor con el trato, y fiando de mi modestia su honor, me permitió que la hablase mas cerca del alma, y con grandes seguros de ser su esposo, nos vimos muchas noches en un jardin; comun tercero de amorosos cuidados, que parece que los jardines juraron á amor esta obediencia.

Á este tiempo llegaron á Sevilla Don Alvaro y Narcisa, Don Felix y su esposa Isbella. Visitóla Nise, por ser Don Felix su deudo, quedando

muy amigas ella y Narcisa. Don Alvaro fue mi huesped todo el tiempo que estuvo en Sevilla, haciéndome por su noticia capaz de vuestros sucesos, y de los que he referido; y contándome Don Felix entre los de su viage los de Don Jorge, pasó así.

Halló Don Felix, como sabeis, en el camino de Valencia á Casandra, y regalóla á titulo de fingirse criado de Don Alvaro; y mandándole una tarde que con Jacinto siguiese el coche, hizo que picase el cochero, y Jacinto, engañándola con sus caricias, con la obscuridad de la noche la desvió del camino, y pagó á manos de su varonil esfuerzo la traycion con que quiso ofenderla. Caminó el coche mas de una legua sin acordarse Don Felix de los criados; y man-

dando que parase, estuvieron aguardándoles largo espacio, cuidadosos de que tardasen tanto, por ser la noche obscura, y la tierra peligrosa. Estando en esta confusion sintieron cerca del coche ruido: quiso Don Felix arrojarse por un estribo, pensando que Jacinto y Casandra reñian, y estorbóle su intento una esquadra de bultos, que ya le tenian cercado por todas partes; y con una crueldad de bárbaros, desjarretando las mulas, y maniatando el cochero, le pusieron al pecho las escopetas, diciéndole, que si queria conservar la vida no se defendiese, y que se viniese con ellos, que no era su intento ofenderle. No estoy tan bien con mi vida (respondió D. Felix), que tenga á mucha dicha el desxarme con ella; y así escojo por mejor

partido el perderla defendiendo mi honor, y esta dama. Nuestro principal intento (replicó uno) es solo conservar su reputacion, y no disgustarla con ninguna violencia; y así porque el desengaño nos desempeñe con vos, no castigamos vuestra bizarria, que en esta ocasion pasa de temeridad, y no se libra de locura. Diciendo esto baxaron á Isbella del coche, que fatigada de su sentimiento fue forzoso llevarla en brazos. Entraron por un bosque, hasta llegar á un edificio que la misma naturaleza, sin ayuda del arte, habia labrado en un peñasco, que servia de presidio á los pastores de aquellos campos. Encendieron luces, y á poco rato llegó al mismo sitio en un caballo un gallardo mancebo, con otros que le acompañaban. Apeó-

se, y habiendo mirado con mucha atencion á Isbella y á Don Felix, se volvió á los demas, y con el semblante ayrado y descompuesto, les dixo: Si no viera tan cerca de vuestro engaño la disculpa, os quitara (á fe de caballero) la vida. El golpe habeis errado, y por darle en esta hermosa dama, y en este bizarro joven, me le habeis dado á mí en los ojos: mas yo tomo á cuenta de la enmienda la satisfaccion de este desacuerdo. Perdonad, señora (prosiguió hablando con Isbella), que de las acciones guiadas del mal consejo de la cólera, no se consiguen menos desayres. Y ahora, porque de la informacion de mis sucesos se siga la disculpa del yerro de estos criados, atendedme un rato, que yo seré breve.

por parecer desde luego pretendiente de vuestro gusto. Sentaronse, y mandando á todos que despejasen, despues de informarse de la patria y nombre de Don Felix y de Isbella, prosiguió así.

Esa poblacion hermosa, que ha tantos siglos que el Ebro le sirve de fecunda lisonja, me dió la primera cuna. Mi nombre es Don Jorge de Aragon, apellido que debe su origen á la casa Real de este Reyno. Tuve una prima, tan dignamente llamada por su rara belleza Narcisa Aurora, que parece que el cielo estrenó en ella las primeras lineas de la hermosura. Esta, pues, por conveniencia de nuestros padres, estaba dedicada para mi esposa; y en tanto que de Roma llegaba la dispensacion para efectuar

nuestras bodas, fue robada alevosamente de Febo de Cardona, enemigo por antiguos bandos de nuestra casa. La ofensa fue grande, y como el odio tenia poseido el ánimo de nuestros deudos, bastaba menor agravio para irritarnos á mayores demostraciones. Yo, á quien mas tocaba intentar la satisfaccion de esta ofensa, salí de Zaragoza, haciendo juramento de no volver á ella sin hallar á mi prima, y dar muerte á mi enemigo. Junté bastante número de criados, y de otras personas confidentes, y armados los dividi en varias tropas por los caminos de esas campiñas, mandándoles que sin ofender á nadie espiasen y reconociesen los pasageros, por ver si con esta diligencia hallaba señas de mi enemigo ó de la parte que le ocul-

taba. Ayer tarde, estando en una aldea, dos leguas distante de este sitio, tuve aviso de una esquadra de los de mi séquito que habian visto á Narcisa en un coche, acómpañada de un caballere, á quien no conocieron. Enviéles orden que los siguiesen, hasta que me dexase el frio de una quartana que me aflige, y acudiese á dar traza de lo que se habia de hacer: y ellos, ó neciamente codiciosos del premio que les tenia ofrecido, ó por lisonjear mi enojo, pasaron los términos de mi precepto, y descorteses se atrevieron á vuestras personas. Su engaño tiene mucha disculpa; porque vuestra hermosura, señora Isbella, es tan semejante á la de Narcisa, que aun ahora acabo de persuadirme á que no sois mi prima, si el color del pelo y la

estatura no tan pequeña, no os distinguiera de ella. Hasta aquí se dilató Don Jorge, y de los demas cumplimientos que pasaron fuisteis vos testigo en el bosque; y así los paso en silencio. Luego mandó á sus criados que hiciesen escolta al coche, y llevando á una caseria á Isbella y á Don Felix, los regaló con mucha liberalidad; y al otro dia, dándoles dos valientes mulas para el coche, despidiéndose de ellos, prosiguieron su viage hasta embarcase en Denia, donde á Don Alvaro Felix tuvieron por Don Alvaro de Prado, y os informaron de su embarcacion, equivocándose en el nombre, como otra vez he advertido.

Ya queda dicho como Don Alvaro y Narcisa despacharon aviso á la Con-

desa Polícena; y viendo que se tardaba la respuesta mas de lo que sufrian sus deseos, despidiéndose de Isbella y Nise, y acompañándolos Don Felix y yo algunas leguas, habia ocho dias que se partieron á Valencia.

Otro dia, con grande sentimiento de Nise, fue forzoso partirme á San Lucar, por estar el Duque de Medinasidohia enfermo; justa deuda de los que estamos dependientes de su grandeza. Dos dias estuve en San Lucar, y el tercero recibí una carta de Menandro, en que me decia que Nise estaba concedida por esposa de Don Bornardo, un caballero tan necio como rico (que de ordinario el oro y el poco aviso son como causa y afecto); y que Don Alonso su padre

habia efectuado el casamiento; y que Nise venia bien en todo; y últimamente, que se desposaba el siguiente dia. Turbado quedé de esta novedad, y dando crédito á Menandro, que se preciaba de verdadero, y yo no me tenia por dichoso, cansé dos caballos hasta Sevilla. Llegué á mi casa, y sin ver á Menandro, por no estar en ella, me fui á la calle de Nise, que hallé ocupada de coches y de aplausos. Tratábase entre todos de las bodas con mucha admiracion de algunos, que no se persuadian á que Don Bernardo, hombre tan necio como poderoso, y despreciado del altivo desden de Nise, llegase á merecerla, extrañando mas que fuese con gusto suyo. Á vista, pues, de estas verdades, aun no creia del divino ingenio de Nise lo

que todos afirmaban, sin persuadirme evidencias, y desengañarme lo que no admitia dudas. Combatido asi de estos pensamientos, y oculto entre la mucha gente que ocupaba la sala, subi á la que era teatro de mis agravios, y hallé á Nise con tantos indicios de gusto en el semblante y en lo costoso del adorno, que sobraron para mi desengaño. Yo os certifico que fue mi turbacion tan grande, que conocieran mi pena los que mas ignoraban la causa; que bien dicen, que el menor indicio de los zelos es crédito de una paciencia, y averiguados, dexando de ser zelos, y mudándose en desengaños, resuelven como víboras el amor de quien fueron nacidos. Bien á costa de mi dolor sentia yo en el alma la experiencia de estos efectos: ya aborrecia á

Nise, y ya la miraba como agena. Será posible (decia en aquel silencio de mis zelos), ¿será posible, ingrata Nise, que mis agravios hallen lugar en tu pecho? ¡Ay Nise, Nise! esta ingratitud, esta locura, ni tiene enmienda, ni merece disculpa; pues quando solo me debieras un amor menos prendado, te obligaba el haber nacido noble á intentar una lucida fineza opuesta á la obediencia de Don Alonso tu padre; pues sabes que la voluntad no puede ser apremiada á querer lo quo no quiere. Ay Don Enrique (proseguia), ¿dónde están tus esperanzas, pues ya por bien nacidas fallecieron tan breves? ¿Qué han merecido tus finezas? Pues ya por verdaderas tuvieron tan corta dicha, que solo pueden presumir de entendidas,

y parecer mentirosas. Quédate ingrata, que no quiero mayor venganza de tu ingratitud, que verte gozada y poseida de un hombre necio.

Así me quejaba de las mudanzas de Nise, quando entró Don Bernardo açompañado de deudos y amigos. Mil veces quise pasarle el pecho; mas reporté mi enojo, advirtiendo que matarle seria pagar á Nise mi ofensa en moneda de beneficio, librándola de la posesion de un hombre, que para no librarse de necio le sobraban suertes de dichoso. Salime fuera, por no ver mis agravios, y tener á raya mis iras. Llegué á mi casa, y viendo que aun no habia parecido Menandro, mandé á otros criados que luego me siguiesen; y subiendo á caballo, caminé toda la tarde y parte de la noche, con deter-

minacion de no volver en mi vida á Sevilla. Paré en esta quinta, á quien ciñen esos bosques de Guelva, donde ha tras dias que me tienen estas soledades por huesped.

Ayer mañana, siguiendo mis tristezas mas que la caza del bosque, me aparté de mi gente, y llegando cerca de la ribera del mar, vi salir entre lo mas espeso de los árboles una esquadra de serranos con mascarillas en el rostro, y apellidando mi muerte, levantaron para mí las escopetas de que venian todos armados. Yo que no pude resistir su alevosia, ni oponerme al peligro, veloz me derribé del caballo, diligencia que me libró de la muerte; mas embarazándome el pie en un estribo, desbocado y furioso al estruendo de los tiros, me arrastró al-

gun espacio, hasta que precipitándome de un peñasco, cai en las inmensas ondas del mar, hallando mi vida prevencion en vuestra piedad generosa. El retrato que entonces llevaba al pecho no es de la bellísima Narcisa, como vos, señor Febo, habeis pensado, copia sí de la hermosura de Isbella, que hallándole algunos dias antes olvidado en un contadorcillo que me fenió Don Felix, le guardé conmigo, por respeto del dueño, y ayer me le puse al cuello, para ensayar en su belleza los olvidos de Nise.

Llegó luego Menandro, y en vuestra presencia me dió unas cartas de Nise, con tan verdaderos desengaños de la fineza de su amor, que ni me queda que dudar, ni tengo ya que temer. Estas cartas (salvo la que vos

leisteis en el bosque) me llevaron por el rio á San Lucar, y llegaron despues de haberme partido con el primer aviso que tuve del casamiento de Nise, á que dió causa este suceso que pasó en el breve término de mi ausencia, y ahora he sabido de Menandro, si bien quando me escribió á San Lucar ignoraba lo substancial del caso, que pasó así.

Entre el desvalido número de galanes que festejaban á Nise era D. Bernardo el mas enamorado de su belleza, y el mas desfavorecido de su desprecio, que no sé darle otro nombre á aquel severo estilo de Nise, porque ella hacia gala de no llamarle desden. Sentia con mucho extremo Don Bernardo el verme tan continuo en su calle, y de que Nise solo quando yo pa-

saba no dexase la reja, como lo hacia con él y con los demas de su cortejo; si bien iba yo tan cautelado en mi recato, que solo pudieron sus zelos percibir por indicios nuestra correspondencia amorosa. Hablaba en mis ausencias como zeloso, que basta para encarecer su desacuerdo; y yo ni le respondia como á necio, ni mi modestia daba lugar á que mis amigos castigasen su poco aviso y su mal nacida presuncion, hija legitima de su necedad. Este estado tenian mis amores quando me partí á San Lucar, y aquel mismo dia, estando Don Bernardo en un corro de caballeros, picándole uno (que se preciaba de hábil para esto) en el desden con que Nise pagaba la galantería de sus finezas, dió ocasion á su poca cordura para que

colérico y corrido, dixese, que él, era caballero tan digno del amor de Nise, que no solo él habia merecido sus favores, hablándola de noche, pero qué mostraria papeles suyos, dándole en ellos palabra, que solo él habia de ser dueño de su hermosura. Dixo esto Don Bernardo tan disimulado y severo, que no todos dexaron de creerlo. Divulgóse brevemente, hasta llegar á oidos de Don Alonso, padre de Nise, que es un caballero de mucha prudencia y aviso. Sintió, como era justo, la jactancia de Don Bernardo, y quiso castigarle: mas advirtió con prudente reparo, que aunque lo hiciese, estando deslucido el honor de Nise tan públicamente, quedaba en opiniones, que siempre nuestro mal natural interpreta con malicia, y

la malicia difine con infamia, haciendo evidencia la duda. Resolvióse, pues, Don Alonso, con mejor acuerdo, á conseguir la satisfaccion de su honra con un medio muy hijo de su cordura (sí bien me estuvo tan mal á mí, que me ha puesto en los riesgos que habeis experimentado). Propuso, pues, á D. Bernardo, que retractándose de lo que habia dicho de Nise, la diese luego la mano. Respondió Don Bernardo tan executivo á esta proposicion, que no solo se retractó de lo que neciamente habia dicho en descrédito de su decoro, sino que en todas partes divulgaba, que jamas habia merecido de Nise el menor indicio de afable, y que todo habia sido envidia de verme á mí menos desfavorecido que quisieran sus zelos. Con esto

Don Alonso consultó á Nise, temeroso de que aquella soberania de sus pensamientos habia de ponerle en ocasion de hacer alguna violencia á su voluntad, tan preciada de no ser ageno: obligóla con caricias á que asintiese con su gusto, por estarle bien á su reputacion el casamiento de Don Bernardo. Nise, que era tan bien entendida, que nó se preciaba de serlo, pensó un ardid, cuyo buen efecto sabreis á su tiempo, y respondió á su padre, que estaba muy pagada del empleo que habia hecho de su persona, y que solo deseaba su gusto, y estimaba su obediencia: mas que advirtiese que importaba efectuarlo en el breve término de dos ó tres dias, porque el pensar en los inconvenientes que atropellaba por servirle no la mu-

dase la voluntad, para que en un convento buscase mejor esposo. Temió Don Alonso la condicion de Nise, pronta en executar lo que difinia espaciosa; y hablando á Don Bernardo, que estaba mas executivo, temiendo que yo no viniese á descomponer su dicha, diligenciaron, como poderosos (con los pretextos que les ofreció la industria), licencia del Ordinario para hacer luego el desposorio.

Nise, efectuado este concierto, me escribió á San Lucar el caso referido, y el intento que tenia de castigar el villano proceder de Don Bernardo, diciéndome en el último capítulo de su carta, que no viniese á Sevilla hasta que ella avisase. Esta carta se despachó por el rio en los barcos que ordinariamente navegan de Sevilla á San

Lucar, y llegó á tiempo que (como queda referido) yo me habia partido con el aviso que tuve de Menandro, que con la primera voz que corrió de las bodas de Nise, me escribió algunas horas antes con un propio, sin decirme en su carta el suceso de Don Bernardo, y conveniencia del suegro, ó porque ignoraba la intencion de Nise, ó porque la priesa, ayudada del susto, no le dió lugar á dilatarse; y esta fue la ocasion de tantas inquietudes mias; pues si la carta de Nise y la de Menandro llegaran en un pliego, no me viera en esos bosques tan cerca de la muerte.

Regocijada y alegre dexé la casa de Nise, y á Don Bernardo lisonjeado de sus amigos y aplaudido de sus deudos; y Nise, que ya tenia pre-

venidos los suyos, que sentian el infelice empléo de su belléza, al tiempo que Don Bernardo llegó á darla la mano, con una módestia libre, y una libertad modesta, dixo que no queria marido que la habia conquistado con tan villanos términos; y que supuesto que, como él decia, y era verdad, mentia en lo que neciamente habia dicho contra su decoro, aprendiese de aquel castigo á hablar con mas respeto de las mugeres de tan superiores prendas como ella; y volviendo el rostro, se entró en otra sala, dexando con tan resuelta novedad tan admirados á todos, que ni Don Bernardo acertó á responderla, ni su turbacion le dió mas lugar que á baxarse corrido y afrentado, sin levantar los ojos hasta llegar á su casa.

Alabóse con general encarecimiento el prudente desprecio de Nise: justo castigo de los que civilmente divulgan á costa de las mugeres nobles favores no merecidos.

Supo Menandro como yo habia estado en Sevilla, y como iba á la posta huyendo de la ingratitud de Nise; y despues del fabuloso desposorío habló con Clavela, contóla mi ausencia y mis zelos, y sabiéndolo Nise (que ignoraba que sus cartas no habian llegado á mis manos), sospechó que mis desconfianzas ocasionaban mi ausencia, y escribióme con Menandro la carta que leimos en el bosque; el qual estando ya puesto á caballo para venir á pedirme las albricias de mi nueva dicha, recibió con un propio el pliego de Nise, que habiendo lle-

gado á San Lucar, le volvieron á remitir á Sevilla; y ahora con facil discurso tengo por sin duda que los emboscados de las máscaras de la selva son Don Bernardo y sus confidentes, que habiéndome visto tan improvisamente en casa de Nise, coligió que su mudanza habia sido diligencia de mis zelos, y quiso vengarse de los dos con mi muerte.

Con admiracion y silencio oyó Febo la amorosa historia de Don Enrique, que impaciente por ver á su amada Nise, mandó que ensillasen los caballos, y corriendo aquella tarde la posta, llegaron á Sevilla. Febo quisiera luego partirse á Valencia, con el deseo de gozar los brazos de su esposa Narcisa, y pareciéndole desayre de su valor no llevarle á Don Alva-

ro á su querida Casandra, cuyo navio dexamos derrotado, determinó de no volver á la presencia de su fiel amigo hasta correr todos los puertos y playas de Andalucia, buscando á Casandra. Dexóse su viage para otro dia; y sabiendo Don Enrique, que Nise con otras damas estaba en un jardin fuera de la ciudad, salieron los dos amigos hácia San Agustin; y llegando cerca de su famoso convento, conoció Don Enrique el coche de Nise, y sospechando que estaba en la iglesia, alargó los pasos y entró dentro. Siguióle Febo, y antes de llegar á la puerta, oyó que nombrándole le llamaban. Volvió el rostro, y viendo que un hombre con la espada en blanco se venia hácia él, metió mano con bizarro denuedo y

comenzó á defenderse de su enemigo, que alentado y ayroso le daba tanto que hacer, que Febo huvo ménester todo su valor para el duelo. Hallóle descubierto por un lado, y tirándole á la cabeza un golpe, saltó la espada, quedándose con la mitad en la mano; conoció su contrario la ocasion, re- volviendo sobre él con mayor brio. Vióse Febo embarazado, mas sin fal- tarle su natural gallardia se defendió como pudo, hasta que corriendo des- de la porteria un mancebo, sacando ayrosamente la espada, se puso á su lado al mismo tiempo que hacian lo mismo dos caballeros que se apearon de un coche que paró en el camino. Hallóse desayrado el contrario, y que- riendo retirarse sin huirles el rostro, se embarazó los pies en el ferreruelo,

midió la tierra, y cayóse el sombrero que llevaba hasta los ojos; y Febo, mirándole con nuevo sobresalto, conoció que era Don Jorge, Don Jorge de Aragon su enemigo, y primo de Narcisa; y venciendo su cólera quiso obligarle discreto con alguna bizarria que le diese á entender que deseaba su amistad; y apenas volvió el rostro á los que le habian ofrecido su favor, pidiendo cortesmente que se tuviesen, quando (¡notable tropelía de la fortuna!) se halló el gallardo Febo en los brazos de Narcisa; y enfrente en los de Don Alvaro vió á la hermosa Casandra, que fue el mancebo que acudió á defenderle de Don Jorge; el qual admirado de aquel suceso, no acababa de vencer su enojo. Salió Don Enrique oyendo el ruido;

y no hallando á Nise en el templo, y informándose de todo lo que habia sucedido, llegó á hablar á Don Jorge, á quien ya Don Felix le disponia el ánimo, diciendo: Ya no es tiempo, señor Don Jorge de Aragon, que pasen adelante enojos; poned término á vuestros afectos, que indóciles os han conducido al desamor de mi señora la Condesa Narcisa, y de el Conde Febo, su esposo. Policena, que ya ha renunciado en él su estado, reduciendo á un convento sus pocos años y su mucha belleza; y el señor Don Fernando, vuestro tio, viendo que los sucesos pasados no solo eran lances de la voluntad de Narcisa, sino preciosos empeños de su honor, tienen acabadas estas cosas, y concluidas las paces; y en abono de

esta verdad, presento estas cartas de los dos. Noble sois, y entendido, y sabeis que los yerros de amor nacen de un parto; con la disculpa del que los comete. Mi señora la Condesa goza ya de su esposo; voluntad es del cielo, y no falta de vuestros méritos; y así bien me puedo prometer de vuestra cordura, que hablando á vuestra prima y al Conde, confirmareis la dicha que el cielo ha concedido á dos tan firmes amantes. La respuesta de Don Jorge fue llegar á su prima, y darle con los brazos muchos parabienes, haciendo lo mismo con Febo; accion digna de su generosa sangre, y despues con blandas caricias pedirles perdon de los enojos pasados. Finalmente, subiendo todos en el coche dieron la vuelta á la ciudad, refirien-

do con nuevo gusto los sucesos que de tan varias partes los habian conducido á aquel sitio.

Dexamos en su nave á Casandra, que padeció la misma tormenta que Febo, si bien arribó felizmente á Cadiz, de donde se partió á Sevilla; y llegando aquel mismo dia, salió á buscar á Febo en aquella hermosa confusion; y alargándose hasta San Agustin, viéndole acometido de Don Jorge, se ofreció á su defensa con varonil bizarria. Don Jorge, arrastrado de los deseos de su venganza, despues de haber buscado á Febo en toda la corona de Aragon, cohechando con dádivas (llaves doradas del mas retirado secreto) los criados de Policena, supo que estaba en Sevilla, y viéndole aquella tarde le siguió hasta

que en San Agustin sucedió entre los dos el duelo que ya queda referido.

Recibió la Condesa Policena las cartas de Don Alvaro y Narcisa, á tiempo que estaba en Valencia Don Fernando Antonio, padre de Narcisa, buscándola con apretadas diligencias. Visitólo la Condesa, y con infinitas lágrimas del anciano caballero, le dió particular noticia de los sucesos de Febo y Narcisa: terció con su enojo el paternal amor, y los ruego de Policena, que por mas obligarle á la conveniencia de las paces, que tan bien estaban á todos, renunció el estado en el sobrino, y reservando bastante renta para sus alimentos, reduxo su hermosura, pretendida de muchos, al famoso convento de la Zaydia.

Efectuadas las amistades, Lisardo

y otros criados de Don Fernando, partieron á Sevilla á dar los parabienes á los nuevos Condes, creyendo que sin duda estaria Febo en ella, y á pocas jornadas de Sevilla encontraron á Don Alvaro y Narcisa, que sabiendo tantas novedades de su dicha, y admirando el suceso de sus amantes, dieron la vuelta al hospedage de Don Felix é Isbella, con intencion de no volver á su patria sin buscar á Febo y Casandra. Narcisa é Isbella, saliéndose aquella tarde al campo en un coche, acompañadas de Don Alvaro y Don Felix, al pasar por San Agustin conocieron á Febo; y viéndole reñir con D. Jorge, arrojándose del coche, se ofrecieron á su defensa, quedando todos en aquel sitio conocidos y alegres, dando fin á tantos suce-

sos y á tan bien logradas esperanzas.

Lisardo declaró á Febo el secreto de la carta escrita en nombre de la Condesa Policena, que recibió quando en casa de Casandra estuvo herido, diciéndole que fue invencion de su ingenio, porque viendo que la mayor causa de su accidente procedia del sentimiento de no saber de Narcisa, contrahizo la letra de Policena, fingiendo que habia parecido, y que estaba en Valencia, por divertir su pena, y obligarle á salir de Zaragoza y del peligro en que vivia espiado de sus enemigos.

Hospedó Don Enrique liberal y cariñoso á los Condes, y hablando aquella noche á Nise, se absolvieron los dos amantes de las instancias en que cada uno se constituia por autor, y no se juzgaba por reo. Otro dia

propuso su pensamiento á Don Alonso, que conociendo lo que interesaba en el empleo que hacia de Nise, dándola calificado esposo, se efectuaron las bodas; y D. Bernardo, temiendo que se habia de saber la traycion con que quiso matar a D. Enrique en los bosques de Guelva, y que habia de intentar su venganza, se embarcó para Sicilia. D. Jorge, que ya se mostraba muy fino galan de su prima la Condesa, les previno á todos el viage con la grandeza que pedia su calidad; y despidiéndose de los generosos Sevillanos, se partieron á Valencia, donde visitaron en su retiro á Policena; y torciendo el camino, llegaron á Zaragoza, y á los brazos de Don Fernando, que ansioso los aguardaba. Celebráronse los desposorios de los Con-

des, de Casandra y D. Alvaro con general aplauso de todos, gozando Febo largos y felices años de su amada Narcisa, tan galan, tan amante de su belleza, que el último dia de su edad pareció el primero de su amor, dexando en hermosos hijos la dulce memoria de sus amores á la posteridad del tiempo.

Alabó Diana el buen gusto de Celio, la claridad de su ingenio, la dulzura de su estilo, y la modestia con que habia discurrido con su historia; y respondiendo cortés y humilde á los favores con que la honraba, hubo menester toda su cordura para no desvanecerse en ellos, y Diana, por hacerle mayor agasajo, mandó que fuese corona de su fiesta un sarao, donde hizo ostentacion toda la gala y lucimiento de palacio.

AURORA QUINTA.

Halló el sol á Diana de vuelta de el exercicio del campo, que ya con mejor salud divertida en el jardin con la hermosa esquadra de sus bellas damas, entraba á saco el guardajoyas de sus flores. Nieve á nieve se daban la batalla los jazmines y las manos de Diana; y los que primero le apostaron blancura, desengañados de lindos, se daban á partido con ellas, tan felizmente vencidos, que de prisioneros pasaban á ser corona de su frente.

Nise, por divertirla en un quadro mas preciado de florido que todos, artificiosa la texia un ramillete, y dulce la cantaba unos versos. Gustosa estaba Diana oyendo á Nise, quando la suspendió la tierna voz de un pastorcillo, que baxando de lo alto de una montañuela, cuya bruta amenidad servia por una parte al jardin de verde muro, y de apacible terrero, oyeron que dulcemente cantó así.

Selvas, á vuestro silencio
Vuelvo otra vez á quejarme,
Porque siempre os hallo mudas
Despues que os digo mis males.
Aquellos dulces ojuelos,
Tan señores, y tan grandes,
Que saben deber á todos,
Y nunca pagan á nadie.

Con un capote aldeano
Los vi en el soto ayer tarde;
Selvas, en mi vida he visto
Serranos de tan buen ayre.
¡ Ay (les dixe) ojuelos mios,
Quién os enoja, rapaces,
Que por matar disfrazados
Habeis mudado de trage!
Si venis á quitar vidas,
Ayrados, ojuelos graves,
¿ De qué sirve lo cruel
Donde mata lo agradable?
Bien sé que para mi muerte
Habeis buscado disfraces,
Y sé que ha de darme vida
Solo el favor de matarme.
Y no os espante que sea
Pronóstico de mis males,
Porque sé mucho de estrellas
Despues que es niño en el valle.

Ni os admire, ojuelos libres,
Que viva de que me maten,
Que en todo quiere ser Fenix
Mi amor, si el amor es ave.
Basta de crueldad, ojuelos,
Que para matar afables,
¿Quién tuvo como vosotros
Valentía en el donayre?
Selvas, aquestas ternezas
Me oyeron, y sin mirarme,
Volviéndome las espaldas
Me mataron de cobardes.
Si acaso, selvas, vinieren
Á ver vuestras soledades,
Decidles que no se enojen,
Que me miren, y me maten.

Todos admiraron la novedad de ver tan enamorado zagalejo en el isleño retiro de aquellas flores, donde solo

se atrevieron á vivir los Mayos, y á ser ciudadanas las Primaveras, no pasando de presidio del Flora á ser teatro de amorosos pensamientos, como fingieron los floridos distritos de Tesalia. Baxó, pues, el músico zagalejo, que por lo galan del pellico de Armiños y brevedad de la estatura, mas pareció animada flor de aquellos campos, y con gusto de Diana, y risa de todos, conocieron que era Don Chiste, que con aquella transformacion quiso divertirlos, enfadado (como él decia) de que viniesen las flores de aquellas selvas tan á lo del siglo de oro, que mas parecian sus Adonis, y Narcisos Ninfas de Diana, su señora, que espiritus de enamorados garzones; diciendo que suplicaba á S. A. diese licencia á las damas para que se mo-

tiesen á pastoras algunos dias, siquiera porque saliendo las Auroras á apacentar la nieve de su rebaño por aquella hermosa region de flores, oyesen las bien sentidas quejas de sus enamorados zagales, y olvidando las palaciegas severidades, hubiese Menga que ocasionase zelos, y cosquilloso Bras, que se fuese de la cabaña por esos mundos; que no habia de ser todo tan á lo fino de palacio, en cuyas bellezas quiere que viva el amor tan recoleto, que de la aspereza de su instituto diga un grande ingenio de España, en nombre de un amante de los de la atinada fineza.

Señora, ¿es osar morir?
Se tiene por mucho osar?

Y le respondan en una crueldad, que pudiera apostarselas á Neron.

¿Y es poco desvariar
Osármelo tú decir?

Estas galanterias de la adoracion, estas ceremonias de tan flamante especie de fineza (dixo Don Chiste), mande V. A. que se dexen para el manual de palacio, que es mucho desaliño de la caridad de estas damas, que en los desahogos del campo y licencias de la soledad anden estos pobres caballeros amantes gimiendo tan á lo tórtolo viudo, que ni hacen asiento en rama de esperanza verde, ni en flor que pueda ser fruto, y de forma que despegados en su amor de todas las cosas terrenas, pueden profesar de paxaros celestes. Riyóse mucho el donayre de Don Chiste, y gus-

tando Diana de su buen humor, mandó que volviese á cantar. Hízolo así el enano, y llegando luego Federico, la suplicó que partiendo su atencion entre Amaltea y Apolo, se dexase lisonjear un rato de sus flores, que producidas del natural, y cultivadas del arte, aguardaban en el teatro florido, ó lírico Aranjuez, que otras Auroras mereciesen verse ilustradas de su presencia. Respondió Diana al deseo de Federico con trasladarse á la sala del festin. Puso la música el primer silencio; y luego Lisardo, con otro segundo encanto de armonía, entró por una selva representando á Orfeo, y pulsando con tanta suavidad las cuerdas de un laud, y dando la voz al ayre con tan dulces sostenidos y cláusulas, que deshaciéndose los árboles y

peñascos del monte, le seguian con rápido movimiento. Coronóse todo de varias formas de animales, que dóciles á la obediencia de su música baxaban á escucharle, quedándose tan inmóviles y suspensos, que no daban alguna seña de vivientes. Matizóse el prado de variedad de flores, y abriéndose intempestivas por atenderle, rompian como olorosas víboras la preñez de su nativa esmeralda, ya desplegando púrpura, ya nieve. Por lo baxo de la selva aparecieron algunos pastores y zagalas, que dexando á su libertad el rebaño de sus anades, pendientes de su voz le atendian, y todo con tanta imitacion de lo natural, que no parecia compuesto, ni representado. Arrimóse Orfeo á un arbol de los que por su pie le seguian, y templan-

do lo lastimoso y triste de su afecto en la novedad y buen ayre de tono, cantó estos versos á la perdída belleza de su esposa.

Hay que murió, pastores,
La que fue en estos valles
Hermoso y entendido
Riesgo de los zagales:
Hay que faltó, y con ella
Todas las libertades,
Murió en leyes de humana,
Y vivió en fueros de angel:
¡Ó qué hermosa la muerte
Dentro de su semblante
Se disimula en flores,
Aunque marchitas yacen!
Escarmentad, serranas,
Que así acaba y deshace,
La guerra de las horas
Una flor de un instante.

Así pierde la rosa
La púrpura suave,
Y así el sol nace en rayos,
Y agoniza en celages.
Zagala de la Aurora,
Conduce entre deydades
Rebaño ya de estrellas,
Que al sol rayos le pacen.
¿Á dónde los jazmines
Por nieve irán fragantes?
¿Cómo sabrán los dias
Amanecer al valle?
¿De quién lo grave ayroso
Aprenderá el donayre,
Rendirá lo entendido,
Moverá lo agradable?
Si de mi dueño falta
(¡Ay tristes soledades!)
La hermosura y la vida,
Lloremosla, zagales.

Cantó Lisardo estos versos con tan dulce voz, con tan vivo afecto, que fue lo mas bien oido, y lo mejor alabado de todo; y entrándose por la selva desapareció el rústico auditorio que le atendia; y Federico, describiendo en esta égloga el tierno sentimiento de dos amantes, dixo así:

CLORIDA.

DAMON. TIRSO.

Eran del sol pronóstico las aves,
Sembrando la campaña de armonia
Dulces quejas armónicas suaves
Del ruiseñor, que despertaba al dia:
Al verde soto de las peñas graves,
Hecha pedazos de cristal caia
Fuentecilla que erudida y sonora,
Era líquido cisne de la aurora.

Su varia pompa desplegaba al prado,
Pabon de Abril, vestido de colores,
Abriendo á su plumage matizado
Ojos verdes, con párpados de flores:
Quando Damon sintiendo su cuidado,
Quando Tirso llorando sus amores
Cantaron juntos, y á su voz atenta
Paróse el rio y suspendióse el viento.
En tanto, pues, que su cantar sonoro
Escucha el prado en atencion florida,
Y el arroyuelo recostado en oro
Fatigas de cristal al curso olvida;
Permite, ó Clori, á tan suave lloro,
Consiente, ó Clori, á queja tan lucida
Grato el oido, y te dará mi pena
Agena voz: la escucharás agena.

Damon á Clori ausente.

Dam. *Deydad de esta rivera,*
Á cuyo pie de nieve

Floridos triunfos debe
La fertil primavera,
Que por vencer de Enero los rigores
Á tu planta se alistan tantas flores:
Vuelva tu boca hermosa,
Y, tu frente serena,
Á enmendar la azucena,
Á avergonzar la rosa,
Pisa el jardin, donde galan te quiso;
En flor Adonis, y en cristal Narciso.
Ven, ó Clori, y el prado
Flores te deba tantas,
Que á costa de tus plantas,
De Abriles coronado,
Claveles muerda mi rebaño breve,
Que abrigo te tributa en blanda nieve.
Despues que están ausentes
Tus puros resplandores,
No hay ambar en las flores,
No hay cristal en las fuentes:

Ni de tu planta cándida y hermosa,
Alma estrena el jazmin, vida la rosa.
Á manos del invierno
Pierde el monte y el llano
Lo galan del verano,
Del zefiro lo tierno:
Porqué en tí, ó bella Clori, le ha faltado
Honor al monte, autoridad al prado.
Hoy del Tajo en la orilla
Me preguntó Cupido,
¿Adónde se ha partido
Tu blanca pastorcilla,
Que sin sus ojos, de mis flechas de oro
Gasto las puntas, pero no enamoro?
Guárdote aquí una fuente,
Que el prado ha guarnecido
Para espejo lucido
De tu serena frente,
Porque al mirarte en ella, en tus colores
Nieve aprende el Enero, el Mayo flores.

Tengo un fertil manzano,
Que su primera fruto,
Guardo para tributo
De tu cándida mano:
Ven á su flor, que tierna te enamora,
Serás del prado, zagaleja, aurora.

Un estrado de flores
Sobre tarima verde,
Que la beldad no pierde
De sus vivos colores,
Te aguarda aquí, donde tu sol dorado,
Mande las selvas y presida al prado.

Mi Neblí quando esparza
Su vuelo, aunque presuma
Ser estrella de pluma,
Te volará la garza:
Y mi Irlandes, te cazará sangriento
De los montes el gamo pensamiento.

Ven, que en mis orizontes
Has de ser quando vuelvas

Cupido de las selvas,
Diana de los montes,
Siguiendo el corzo en prontitud florida,
Oro calzada y púrpura vestida.
Mas, ay Clori, mis quejas
Doy á sordos oidos;
Suspiros desvalidos
Doy á ingratas orejas:
Mi fe á un desden, á un aspid mi lamento,
Mi llanto al mar, y mi esperanza al viento.
Este fue de Damon el dulce canto,
Y de sus quejas el postrer acento:
Mas el funesto sucesivo llanto,
Mas el sonoro trágico concento,
Mas la voz fatigada en dolor tanto,
Mas el dolor mal esparcido al viento,
Que á Tirso la montaña escuchó luego,
Decidlo vos, oh, Pierides, os ruego.

Tirso en la muerte de Flori.

Tirso. *Moriste, ó flor luciente,*
Ilustre honor del Mayo,
Y en el triste desmayo
De tu edad floreciente,
De tus vivos colores
Una envidia perdieron muchas flores.
Moriste al primer paso
Del alba, y deslucido
Tu rosicler florido
Á un no llegó al ocaso,
Ni quisieron las horas
Que debiese tu vida á mas auroras.
Moriste á los rigores
De la parca ambiciosa,
Tu púrpura lustrosa,
Cadáver de las flores,
Dió piedad, dió escarmiento
Del alma al mas Narciso pensamiento.

Mas ay, ¿cómo no muero,
Si viví de adorarte?
Mas si vivo de amarte,
Vida inmortal espero:
¿De mi tan homicida,
Que solo mi dolor viva mi vida.

En la trágica suerte
De perder tu belleza,
No llegan á fineza
Mi llanto ni mi muerte:
Que en la tuya perdida,
No es fineza morir donde no hay vida.

Asunto de la fama
Será mi amor constante,
Y el no morir de amante
Crédito de mi llama:
Que á inmortal se apercibe,
Y porque el alma adore, el cuerpo vive.

De rayos coronada
Goza de eterna aurora,

Del alma que te adora
En vano suspirada:
Sirvate, ó flor hermosa,
De pirámide el sol en paz reposa,

Aquí dió fin el canto, y no la pena,
Porque viendo del sol introducido
El rayo ardiente por la selva amena,
Buscaron el ganado ya perdido:
Un arroyuelo de dorada arena
(Vernegal de claveles guarnecido),
Le dieron á beber, y Tirso en tanto
El arroyuelo restituye en llanto.

Digan estas décimas (prosiguió Cesar) el ingenio de Silvio, mi mayor amigo: escribiólas á una dama de tan rara belleza, que teniendo hoyos en el rostro, no dexaba de ser hermosa.

Sin hoyos vuestra hermosura
Fuera impiedad conocida
Andar matando homicida

Sin dar una sepultura,
Que en tan cierta conjetura,
Por difunto me teneis,
Que abiertas ya las traeis;
Y es hoy tal dicha el morir,
Que me volveré á vivir,
Porque otra vez me enterreis.

Al ver tantos hoyos juntos
Siento por un hado esquivo,
No haber sido mas de un vivo,
Porque no soy mil difuntos:
Mas como por nuevos puntos
En cada sepulcro abierto,
Cobro nueva vida, es cierto
Que los gozaré sutil,
Quando no por muertos mil,
Por hombre mil veces muerto.

Ocasion habeis dado á mi memoria (dixo Celauro) con los versos de Silvio para referir otras décimas á una

serrana de este vecino valle, tan linda en lo rústico del sayuelo, que puso en andar de Diosa, la hermosura de montañes. Yo quisiera que se llamara Menga; pero tambien se hicieron para las Olallas las coplas. Olalla, pues, como Menga por sus corales perdidos, llora por su espejo quebrado; y galanteando sus lágrimas, diçen así:

Olalla á un espejo osado
Dos cuerpos y un alma vió,
Que al animarlos dudó
Qual es vivo, ó qual copiado.
Que aun sin alma el retratado,
Ni sus brios tuvo en calma,
Ni al cuerpo vivo la palma
Por lo animado rendia;
Que de otros cuerpos podia
El retratado ser alma.

Pero en las manos de Olalla
El espejo se quebró,
Que su cristal se sintió
De no poder retratalla:
No llegaron á copialla
De un retrato los primores,
Y por ver si sus colores
Llegaba alguno á copiar,
Mil copias quiso sacar
En mil pedazos pintores.
Lloró Olalla, pero en tales
Desperdicios hay quien clama,
Viendo que perlas derrama
Porque ha quebrado cristales:
No son dolores mortales
Su llanto, sino un consejo
Cuerdo, que al ver que el reflejo
De un cristal no la copió,
Sus lágrimas derramó
Por quajar mas claro espejo.

Daros en tal desconsuelo,
Consuelo Olalla no intento,
Porque vuestro sentimiento
Es vuestro mayor consuelo:
Pues al mirar en el suelo
las lágrimas que llorais,
Como en ellas os hallais
Los retratos que os haceis,
Quantas lágrimas verteis,
Tantos consuelos os dais.

Cesar, alabando á un amigo la paz que gozaba retirado en la soledad de su quinta, dixo este soneto.

Vives, Fabio, en tus campos retirado,
Despiértate con música la aurora,
Á una fuente te vistes, que sonora
Para tu espejo la guarnece el prado.
Lirios nievas al monte en tu ganado,
Restituyendo los que muerde á Flora,

Y sin llorar lo que la envidia llora,
Repartes con las flores tu cuidado.
Dichoso tú, que sin temer mudanza,
Ni esperar el favor, llegas á verte
En un monte vestido de esperanza:
¡Ó amable soledad! ¡ó feliz suerte!
¡Ó vida venturosa! que no alcanzas
Lo que es morir hasta la misma muerte.

CELIO, EPÍGRAMA Á FABIO.

Hambre y plumilla en la boca,
Dientes cultos, y el semblante
Á lo festivo y amante,
Fabio á risa me provoca.
Pélate el labio te pido,
Que pluma en qualquier menguado
Es señal de haber llantado,
Y en ti no de haber comido.

Á SILVIA EPÍGRAMA.

En coche del sol tu rara
Belleza (ó Silvia) conduces,
Porque en él qual Febo luces,
Y porque el coche no para.
Y si descansa de noche,
Tal vez que duermes sospecho
En el coche, y no en el lecho,
Por madrugar en el coche.

EPÍGRAMA Á TORO.

Toro, aquel buen escribano,
Signó una escritura ayer,
Y hoy porfió su muger,
Que era el signo de otra mano.
Y díxome Polidoro,
Que á todo testigo fué,
Que el mismo Toro dió fe,
Como era el signo de Toro.

Pues de la misma data (dixo Don Chiste) allá van mis epigramitas en pos de la de Celio.

EPÍGRAMA Á MUCIO.

Yace aquí el mayor amigo
De Baco, y tan desgraciado,
Que murió pasando un vado
Á manos de su enemigo.
Su condicion exquisita
Fue tal, que entrando en el Templo,
Aunque diera mal exemplo,
Nunca tomó agua bendita.

EPÍGRAMA Á LESBIO.

Tuerto de un ojo, y Jurista
Eres, y tan mal Letrado,
Que siempre te han condenado,
Lesbio, en la vista y revista.

Tu fatiga es sin provecho,
Dexa Lesbio de abogar,
Pues no has sabido estudiar
Ninguna ley al derecho.

EPÍGRAMA Á UN AMIGO EN DIA DE PURGA.

Cursos falsos y chanflona
Escuela en que graduarse
Busca Gil, que quiere darse
Á la médica poltrona.
Préstale tú por favor,
Libio, los que hoy has cursado,
Pruébelos, y pase al grado
Que pretende de Doctor.

Pensará la señora Libia (prosiguió Don Chiste) Diablidueña y Calbienana de palacio, que por mas que

oculte el palmito de carita amortajado en beatilla, que la cólera de mis versos, *lo dexo por escondido, ó le perdono por pobre*: Pues por vida de Don Chiste, que se ha de llevar para almuerzo un par de epigramitas corriendo sangre en venganza de las pesadumbres, con que es causa que cada instante me endueñe, que es peor que si me endiablase; y agradezca que en ellas le perdono lo dueña, que sobre ser suegra y enana, es peor tacha, que lo cabilhecho de la mollera. Quien dixo dueña, dixo peste. ¿Qué es uno de estos estancos de los años, sino achaque de que enferma de embustes y embelecos la casa de un señor y todo un barrio? Ellas inventaron los zelos en un matrimonio: las mohatras en un hidalgo pe-

bre; las fianzas, en un necio piadoso, las envidias en el valimiento del bueno; la presuncion desvanecida, en un linajudo; la descortesia, en un ignorante, preciado de haber nacido noble; el robo con capa de secreta razon de Estado en el tirano gobierno de una república; los maldicientes, con mucho mas de perjuros en la pretension de un hábito; los testigos falsos, en un letigio injusto; el engaño, en un amigo fingido; la hipocresia en la usura, en un desalmado; la avaricia, en los logros de un rico; la ambicion de la honra, en el desnudo de méritos; la simonia, en la malvada detraccion del indigno, haciendo trato lo que es gracia, y mercancia lo que es voluntarioso; la desvalida pobreza, en un lucido ingenio; la soberbia, en la desber-

güenza del plebeyo; los testimonios, en la sencillez de una inocencia; las muertes violentas, en la seguridad de un ánimo; las mentiras, en un caballero adeudado, los tahures, los mariones, los gariteros, los malos casamientos con tias y cuñados, el chisme, el embeleco, el embuste, los pesos falsos, los soplos, las malas nuevas, los venteros, calvos, capones, zurdos, bermejos, pesames, suegras y poetas cultos, y toda quanta pésima sabandija es veneno de la vida y tasa de la naturaleza en esta universal tramoya del orbe. ¿Qué son dueñas, sino tarascas de todo el año? ¿De qué sirven en el mundo, sino de ser vidas adrede, y mentiras de la naturaleza? Pues haciendo que pasen por mugeres, siendo diablas añejas,

nos da dueña por liebre como gato. Hay susto como verlas en una sala de estrado hablar de fuelle y visage, asomando de medio ojo un diente ermitaño de aquella soledad del *inimicis nostris* entre mas pliegues y dobladuras, que calzones de Monsiur y servilleta de repostero curioso; metiéndose sin sentir de gorra en todo secreto entre boca y oreja, y estarse viviendo á posta todo un linage entero, desde tatarabuelo á chozno, con vida tan innumerable, que hay dueña que Noé murió mal logrado con ella, y en la flor de sus años, y dueña que hizo cocos en la cuna á Golias; y tan inmemorial y fiambre, que ha vivido dos suegras; *que es lo eterno de lo eterno*. No se conoce cimenterio que no esté en los huesos

de hambre de mongil y dieta de tocas, sin haber dado bocado en uno de estos embustes de cañiqui, y dimes y diretes de añascote. ¿Ve V. A. tanta mentira de pluma, y tanto embeleco de siglos como escriben del Fenix? pues yo tengo por cierto, que la tal páxara ermitaña es alguna dueña emplumada, que huyendo vergonsa se fue á la Arabia á ser dueña selvage en el zaquizami de un monte, donde está viviendo á suegras, y á dueñas, como á tontas y á locas; y no se ha de llamar ave fenix, sino ave dueña. Pero vaya de chiste y epígrama.

Libia, enana á lo bampon,
Que ingrata de las fruteras,
Irás con que así me me alteras
Eres tan leve ocasion.

Siempre que llegas á sello
Tan calbicaponia estás,
Que ocasionado jamas
Pude asirte de un cabello.

Á LIBIA EPÍGRAMA.

Revestida en regatona
Naturaleza taimada,
Libia (con ser tan pesada)
Te cercenó la persona.
Que civil Naturaleza
Anduvo, y que á lo muger,
Pues te dexó á medio hacer,
Despues de hacer tal baxeza.

Federico á la rosa, que madrugadora en sus pimpollos, es la primera caricia del alba, y como hermosa, la primera tragedia de las flores, glosó así el último verso de este soneto.

LA ROSA.

¿No ves, no ves, ó Nisida, en el prado,
No ves la rosa, que á imitar se atreve
De tus mexillas la encarnada nieve,
Y de tu boca el rosicler nevado?
¿No ves en rubios átomos copiado
Tu cabello, que plubias de oro llueve?
¿Y en esta espina aquel rigor aleve
De tu desden injustamente ayrado?
¿No ves como desmaya en sombra obs-
cura,
Y espira, ó de su autor en breve rato
Arbitrio que verdades nos advierte?
Retratar en la rosa tu hermosura,
Porque viendo su muerte en tu retrato,
Lecciones de morir te dé su muerte.

LUCINDO Á LA ROSA.

SOMETO.

La rosa en los cristales de una fuente
Flor á flor todo el prado desafia,
Hermosa en plumas de jazmin se abria
Á ser Narciso en el cristal luciente.
Y quando mas purpurea y floreciente
En copas de rubí perlas bebia,
Del achaque de un sol, del mal de un dia
Murió, que aun la hermosura en flores miente.
¡Ó flor! el primer paso de tu vida
Fue el último tambien que pudo verte
Antes escarmentada que nacida.
¡Ó documento de la humana suerte!
¡Ó verdad en los campos escondida!
¿Quién no se desengaña con tu muerte?

CESAR Á LA ROSA.

SONETO.

Nació la rosa honor del verde llano,
Sobre el sitial de su esmeralda viva,
Ceñida de archas la beldad esquiva,
Exemplo hermoso de un desden tirano.
El jazmin, de los campos ciudadano,
Con el clavel, que con la rosa priva,
Por la sangre de Venus sucesiva,
La juraron Monarca del verano.
Mas no gozó su pompa una mañana
Muerta á los primitivos resplandores,
Sin deberle á un oriente lo florido.
Celia, si es flor la juventud lozana,
Teme, que en las bellezas y las flores
Es mas cierto el no ser, que el haber sido.

ÇELIO Á LA ROSA.

SONETO.

Apenas en la selva oyó el canoro
Aplauso de los tiernos ruiseñores,
Quando la rosa descubrió á las flores
Por boca de carmin secretos de oro.
Envidió su aromático tesoro
Tiro y Pancaya en púrpura y olores;
Mas hay, que peligrando en resplandores,
Dorada muerte le perdió el decoro.
No te quejes, ó rosa castellana,
Viendo que acaba sin haber tenido
Achaque de mortal tu edad florida.
Si á toda flor de la belleza humana
Le sobra por achaque haber nacido,
Qué mayor accidente que la vida?

Qué mayor accidente que la vida.

Está bien dicho (dixo Camilo), á quién cupo discurrir sobre el verso que eligiese su gusto. Sin duda que Celio quando escribió este soneto tenia muy cerca aquella sentencia de nuestro laureado Petrarca. Ninguno (dice) hay tan viejo, que no pueda vivir un año; ni tan mozo, que no pueda morirse hoy. Tan de nuestra cosecha es el morir, que ni el viejo fallece por anciano, ni el mozo acaba por enfermo; ni los años, ni los achaques diligencian la muerte del joven, ni la falta del decrépito: todos morimos de una enfermedad dichosa, de una salud enferma; pues todos faltamos solo de haber tenido sér. ¿Qué mayor dicha que disfrutar el beneficio de la vida, y qué mayor achaque para morir que el nacer? En vano se fatiga la queja

y la curiosidad de los mortales, inquiriendo y culpando los accidentes de la muerte, sin advertir que no tiene nuestra naturaleza mas aguda enfermedad que la vida, y que el morir no es morir, sino llegar á su mayor crecimiento este accidente; no porque los años fueron mas, sino porque este achaque en nosotros es naturaleza, y no contingencia dependiente de agena causa, ni morir tarde ó temprano es diferencia de tiempo, sino de suerte. Todos capitulamos al nacer la condicion de morir, sin que ocasionen la ruina de nuestra fragilidad las enfermedades que la acechan, ni los dias que la disminuyen, que estas son desdichas añadidas, para que sintamos la vecindad de la muerte, no para que sin ellas le falte á nues-

tra naturaleza. Curate de la vida, y vivirás (dixo un sabio á otro, que se lamentaba de que podia morir mozo); y mas bien dicho, torciendo en nuestra utilidad la sentencia. Vive bien, y morirás, aunque mozo, mas anciano de siglos que el tiempo; que solo el virtuoso, el sabio vive, aunque muera luego que llega á serlo. No ha mucho que Ascanio, aquel grande ingenio, que mereció la privanza del Duque Carlos mi Señor, se lamentaba con extremada continuacion, llamando violenta la muerte, que tan en flor le llevó á su hijo Roselio, sin atender á que cobró lo que le debia, acordándole que era humano. Tan lejos estuvieron las virtudes del joven de consentirlo á esta opinion, que pudieron engañar al mismo que le dió

el sér. Murió temprano (decia), pocas auroras le conocieron, y menos Abriles lo codiciaron por Adonis de la juventud de sus flores. Murió joven, como la adoleciente fuentecilla, que apenas vió su cristal tierno infante del prado, quando le lloró bebido de la sed ambiciosa del rio, que cerca (como undoso retrato de la muerte) alimentaba su pompa de ancianos y recien nacidos arroyos. Engañóse Ascanio; decrépito murió Rosello, que si numerára por sus virtudes y sus años, viera que para inmortal le faltó la naturaleza, no la dilatacion, no las costumbres. Solo el virtuoso (como tengo dicho), y sólo el sabio vive; porque conociendo con prevencion entendida, que la vida es la comun enfermedad de que morimos, ha-

ce tan atinado juicio de ella, que le aplica el medicamento de vivir bien; y vive mucho quando muere tempra- no; no solo aprovechando el bien vi- vido tiempo de su vida, sino añadiéndose todas las edades; y haciendo pro- pios suyos los años que han pasado, vive desde los primeros siglos en com- pañia de aquellos grandes espiritus, eminentes en virtudes y ciencias, que fueron honor de la antigüedad vene- rable. El no virtuoso, el avaro, el mal- diciente, el idólatra de los favores del Principe, el que tiene pendiente del semblante de la privanza su gusto y su fortuna; el que alimentado de una vana esperanza llega primero á pey- nar canas, que á conocer desengaños; el que anhela por lo que no merece, envidiando que lo alcance el que me-

rece mas, el que galanteando muchos dias pretende un favor que no consigue, y consigue un desprecio que no espera; aquel á quien coge la muerte despues de largos años entre las prevenciones para pasar la vida, el sedicioso, el pleytista, el inquieto, pequeña parte de su vida (dice delgadamente Séneca, que me ofrece muchas razones) es la que vive; porque lo demas que ha vivido es espacio, y no vida, sino tiempo. Ni se juzga, pues, que alguno ha vivido mucho, porque le adquieran respeto las venerables canas; que aunque haya estado mucho tiempo en el mundo, no habiendo vivido bien, ha vivido tan poco, que muere mal logrado: estos no viven, solo duran llorando la brevedad de su vida, y culpando de escasa

á la naturaleza; y porque se vea lo poco que viven, miremos lo mucho que desean vivir. Finalmente, para que todos faltemos, nos basta solo el accidente de la vida; y en esta achacosa instabilidad de nuestro ser, el bueno, el sabio, es solo el que vive. Y en conformidad de este discurso diré un soneto que escribí á la muerte de Tirso, sugeto tan raro (aunque mozo) que hoy con sus escritos trae afanada nuestra edad en aplausos.

Aqui yace, mas no vive extinguido
A la inmortalidad en marmol leve,
El que aun dexar de ser mas vidas debe,
Que instantes debe á todo un haber sido.
No yace Tirso, no, que no ha podido
Hacer si fue vital el golpe aleve,
Quien una eternidad eco hace breve
De sola una hora de las que ha vivido.

Siglos de fama en términos de dias
Te obraste, ó lo que obraste, eso viviste,
Que en tus obras de eterno te concibes.
Vive, ó Tirso, inmortal, tú que supiste
Vivir de obrar las horas que vivias,
Para vivir los años que no vives.

Habia estado Don Chiste muy atento al discurso de Celio, y haciéndole señas Estela y Nise, que estaban mas cerca, para que le dixese algun donayre, se levantó dos dedos del suelo, y afectando algunas monerias y gestos, dixo: Por cierto, señor Celio, ha pensado con tanto aliño y destreza su discursito de pie de cruz, de pésame y epitafio, que parece que ha pasado por aquello de la última boqueada; y que ha sido muchas veces difunto de todos quatro costados. Vmd.

lo guarde, que vale un ojo de la cara para mortificar las carnestolendas mas festivas, y pasar plaza de *Memento homo*, á vista del mas olvidado de la muerte, y mas descarado de conciencia; si bien le debemos el habernos perdonado su cortesia el conceptillo, de que somos ceniza, polvo y nada. De oro y azul me parece llamar dichosa enfermedad á la vida, aplicándonos un achaque que para morirnos nos ahorra de médicos, y nos sacude de boticarios. ¡Ó enfermedad saludable! morirse un hombre de sí mismo sin llevarse á la otra vida la queja de que muriendo de garrotillo, lo curaron de gota coral. ¿Qué mayor dicha nos pudo conceder la naturaleza, que darnos pasaporte de valde, de un Reyno á otro, sin el registro de un Escu-

lapio, graduado en homicidios? Qué es ver á uno de estos antubiones de la salud trotar de portante por esos barrios, con todo su apatusco de *requiem*, haciéndose del ojo con las sepulturas; y de manga con lo de la cruz de la Parroquia, tocando de pasa-calles las arterias, y pulsos de sus condenados dolientes; rebosando más sin embargos, y mas resolucion que una Sala de Alcaldes; y echando rumbo y valentia de parca, irse por esas boticas dando cédulas de muerte, que á fuer de sus visitas la executan á letra vista. Pues ¿qué no le debemos al buen gusto de nuestra fragil naturaleza, en habernos librado de dos docenas de trisulcos sajados (el culto llama así las ventosas sajadas), fulminados de un cirujano enxerto en Neron y

aforrado en Atila, que armado de su Calvo y Fragoso, pasando á lanceta (como á cuchillo) toda sabandija viviente, no dexará á sangre y fuego piedra sobre piedra en todo el género humano? Hay cosa mas holgona que meterse un Christiano en baraja con los del otro mundo, sin andar bruxuleando si pinta ó no pinta el tabardillo? Pues al cabo y á la postre, el Físico mas bien barbado de caletre, con quarto fullerias de Aberrois, y quatro flores de Dioscórides, nos ha de despintar la salud y el dinero: pero callo, no sea tan infelice que muera de mal de Doctor, que es el que temo, que sobre haber nacido enano, y con tentaciones de poeta, será peor que morir de terciana suegra, como de terciana doble. Y advierto á vmds. que solo hablo de los

médicos chirles y mortecinos; de cuya mano no hay récipe que no sea un *requiescat*, ni uncion que no sea la extrema, no de los eminentes y doctos, que los tales son dignos de estimacion venerable. Y por remate vaya este epigramita á uno de estos ahorro de los años, que echar por ellos es echar por el atajo para la otra vida.

Pescando, que hacerlo sabes,
Te vi, Polivio, en el rio,
Y hoy con diestro ayroso brio,
Tirando al vuelo á las aves.
Ó Atila en todo elemento,
Ó Fisico original,
Despoblador criminal
En tierra, en agua y en viento.

Con dulcísima suspension estaba Cesar ragalando el oido, quando entraron Valerio y Carlos, hermano de Cin-

tiá; cuya trágica muerte y amores infelices con Alexandro, dieron sugeto á la novela de Cesar en la primera y segunda aurora. Entró con éllos una dama cubierta: superior el adorno, el talle ayroso, y lo prendido bizarro, señas que la indiciaban de no vulgar sugeto. Llegaron los tres á Diana, y despues de hablarla en secreto, mandó á Cesar que traxese de su prision á Alexandro. En estando presente hizo que se descubriese la dama. La novedad fue grande, y prodigio la admiracion de todos, conociendo que era la hermosa Cintia, muerta en la comun opinion á manos de Alexandro. Mirábala su esposo, sacando al rostro los sentimientos del alma, ya en vergüenza, ya en ira. Suspensos, pues, de ver la hermosura de Cintia tán bella

y tan cabal, que no daba indicios de haber padecido la ofensa de una sangria, rompió el silencio esta voz de Valerio.

Son los zelos una locura tan breve, un furor del entendimiento, y un delirio de la mas advertida cordura, con que turbada la conforme Monarquia de la razon, que preside á las pasiones del ánimo, dirigiendo los pensamientos de quien los padece solo al fin de su aprehension, conducen á efectos infelices. Enferma, pues, de este achaque vino Porcia á la aldea, y tal vez reparando Cintia en su melancolia, conoció por el pulso de los ojos la enfermedad del alma; y como es lo mas comun en todos, erró el juicio; pues presumió amor lo que eran zelos. Tratóla una vez de su pena, y

Porcia, viéndose sola; con aquel dulce cariño de sus palabras, comenzó á hablar así: Por darte gusto á tí, Cintía mia, vivo yo sin él, aunque vivo contigo; pues amándome Alfredo, le retira de verme tu condicion esquiva; y si bien crece mas su fineza, tan finamente adora, con la distancia que nos divide (que como amor es armonia de dos almas, suena mejor de lejos) se me quejan los ojos, que lloran sin mirarle, y miran con deseo de verle. Bien sabes tú que amor, dirigido á honestos fines, es digno del pensamiento mas casto; y como los de Alfredo le estrenaron la voluntad en tan divino objeto como el tuyo, ama con mas decencia, y mas cortés; mas fino respeta mi decoro. Si le vieras sola una vez que vino en trage de serra-

no, despues que nos tiene este monte, nunca vieron las selvas mas hermoso zagal á Apolo: ¿qué galan, qué discurso, qué aseo, qué bien casados el ambar y el tomillo, lo montaraz del trage, y lo entendido y apacible de la Corte? ¿Qué gracias no le sirven de adorno? Si canta, es halago del alma lo dulce y lo sonoro: si escribe versos, mueve con claridad, enseña con sentencias, y entretiene con gala. En la ocasion es valiente, en la condicion blando, en la verdad entero, en el ayrarse tardo, en el templarse cuerdo, leal con sus amigos, fiero con sus contrarios, y prudente con todos: jamas le debieron sus pocos años una licencia de mozo; jamás le achacó un descuido la envidia, ni mancilló su ventud un defecto atrevido. En par-

tes tan hermosas, Cintia mia, en tan cabales méritos, permite que mi amor se precie de buen gusto, y que Alfredo nos visite, ó dame tu licencia para volverme á Mantua. No conoció Cintia el veneno que la mezclaba Porcia en la dulzura de estas palabras; que como estaba enseñada á lo bien nacido de sus pensamientos, no cupo cautela tan villana en descuido tan noble. Al fin, por darla gusto permitió Cintia su communicacion á Alfredo; y con pretexto de amigo de Alexandro y primo de Porcia fueron freqüentes sus visitas; y llegó á ser trato familiar lo que antes fue cortés cumplimiento. Todos vivian engañados; porque Alfredo creia que á diligencia de su ruego lo introducia en el pecho de Cintia, combatiendo

con el blando golpe de una continua persuasion aquella inaccesible estrañeza de Cintia; y Cintia pensaba que las finezas de Alfredo en la constante asistencia de aquella soledad se dirigian al galanteo de su prima. Con este sabroso engaño acudia Alfredo; y Porcia (por trazar mejor su cautela) le obligaba á venir muchas veces oculto, y en trage de serrano, por dar ocasion de sospecha á la malicia de los villanos y á los recelos con que vivia Alexandro, cierta de que no faltaria quien le advirtiese lo que pasaba en su ausencia; y por dar mas fuerza á esta invencion de sus mal reportados zelos, obligó tambien á Cintia á vestirse de labradora, porque aun del adorno del cuerpo infiriese Alexandro la correspondencia de las almas, y

Juzgase favor de Alfredo, lo que en la sencillez de Cintia era gala de su buen gusto.

¡Qué no intentará un amor que pasó de la gloria de favorecido á la pena de despreciado! Vióse Porcia amada de Alexandro, y vióle despues olvidado y desatento con su hermosura, y á todas horas mas galan, mas amante de Cintia; y lo mismo que por verle ageno en la mesa, y la cama habia de servir de olvido y desengaño á su voluntad, le servia de incentivo á su deseo, y con ansias de zelosa se consumia en freqüentes sentimientos. Resolvióse en efecto Porcia al mas cruel pensamiento que pudo caber en el odio mas bárbaro: creyóse á sí misma; (¡qué mayor yerro para ningun acierto!) y creyó que si Ale-

xandro le diese muerte á Cintia por zelos de Alfredo, agradecido á la firmeza de su amor, se casaria con ella. Como lo imaginó lo dispuso, y como lo dispuso llegó á ser su pensamiento caso, y su resolucion efecto. ¿Pero qué no emprenderá una muger, y sobre serlo (que basta) enamorada, y zelosa, en orden á conseguir su intento, y á ganar á sus deseos la victoria?

En sabiendo Porcia que Alexandro habia de faltar de la quinta, se dió ella misma una breve herida en la mano derecha, y manchando de sangre un lienzo, fingió con Cintia que casualmente se habia lastimado. Cintia, mas herida del dolor que Porcia del acero, acudió con bálsamo, la una colonia, y regaló el bra-

zo una banda. Con tan bien fingido impedimento de no poder escribir á su primo, le pidió á Cintia que lo hiciese ella de su letra. Cintia, sin malicia, y con gusto, la escribió un papel para Alfredo, y le dictó Porcia tan equívoco, que quando le vió Alexandro quedó tan bien engañado, que la creyó todo quanto le dixo contra el honor de su esposa.

En viendo Porcia que Alexandro con facil engaño habia bebido el veneno de sus zelos, guardó el papel de Cintia, y escribióle otro á su primo. Fingió Alexandro su ausencia, y quedóse oculto en la selva. Vino Alfredo, y salieron con él al campo Cintia y Porcia: y finalmente, vió Alexandro en lo aparente de estas acciones averiguado su agravio. Alfre-

do, viendo tan tibia la voluntad, ó por mejor decir el descuido de Cintia, aconsejado de Porcia, se resolvió á la fuerza; y para conseguir su lascivo deseo, se quedó en el jardin escondido, hasta que su prima baxase á subirle al aposento de Cintia, quando la soledad y el desaliño del adorno la tuviese mas imposibilitada la defensa. Pero la casta inocencia de Cintia abogó por sí misma, y permitió el cielo, que quando Porcia baxaba por Alfredo, Alexandro (creyendo lo que ella misma le habia advertido) la tuviese por Cintia, y la diese las heridas que castigaron la culpa de sus zelos, y malograron los hermosos quince Abriles de su belleza.

Cintia estaba descuidada en su retrete, y quando sintió el ruido de la

pistola con que Alexandro quitó la vida al atrevido Alfredo, oyó las voces lamentables de Porcia y Leonida, y conoció á su esposo, temiendo que su misma seguridad antes le sirviese de desdicha que de defensa, huyó sin parar hasta Mantua, donde Ortensia la tuvo escondida en su casa hasta que Carlos la traxo ayer en un coche para que besase á V. A. la mano.

Ocho dias ha, Señora, que llegué á la quinta de Alexandro, teatro trágico de tantos infortunios, y por la declaracion de Porcia supe la verdad de tan infelices sucesos; porque viendo cerca su muerte, y atendiendo á que era castigo de su delito el permitir el cielo que muriese á manos de Alexandro, manifestó su culpa, dexando el invencible honor de Cintia con mas

esplendor y decoro.

Respondió el aplauso y el gusto á la novedad del suceso; y á la vencedora casta hermosura de Cintia, el respeto y estimacion de Alexandro, y los parabienes de todos, logrando los *dos* regalados esposos en dulce suave yugo, en pacífico tálamo tantos nobles deseos, tantas lucidas finezas, dichosos felices años.

Sonó luego la música, y á la dulce obediencia de instrumentos sonoros por las quatro puertas del edificio que coronaba el teatro, salieron danzando ocho damas en quatro parejas. En la primera, Cloris y Lucinda de verde y oro, con penachos de los mismos colores. En la segunda, Estela y Laura de lama noguerada, y flores de plata. Lisida y Jacinta en la tercera de raso

azul bordado de variedad de lazos; y en la quarta Policena y Aurora, con vaquerillos enteros de tela de plata encarnada, y todas con muchas plumas y joyas de diamantes. Danzaron con tanta bizarria y destreza, que merecieron el aplauso de todos y el gusto de Diana, que por el estreno de su mejor salud dió lugar á los galanes con las damas: modesta libertad de palacio en tales ocasiones. Ibase á levantar Diana, quando la suspendió la indistinta armonia de instrumentos y voces que sonaba en la cópula del teatro. Descubrióse un cielo fabricado de transparentes cristales; diáfana imitacion de la esfera de Venus, y abriéndose en muchas partes, dió libertad á una sonora multitud de paxarillos, doradas plumas con tan pro-

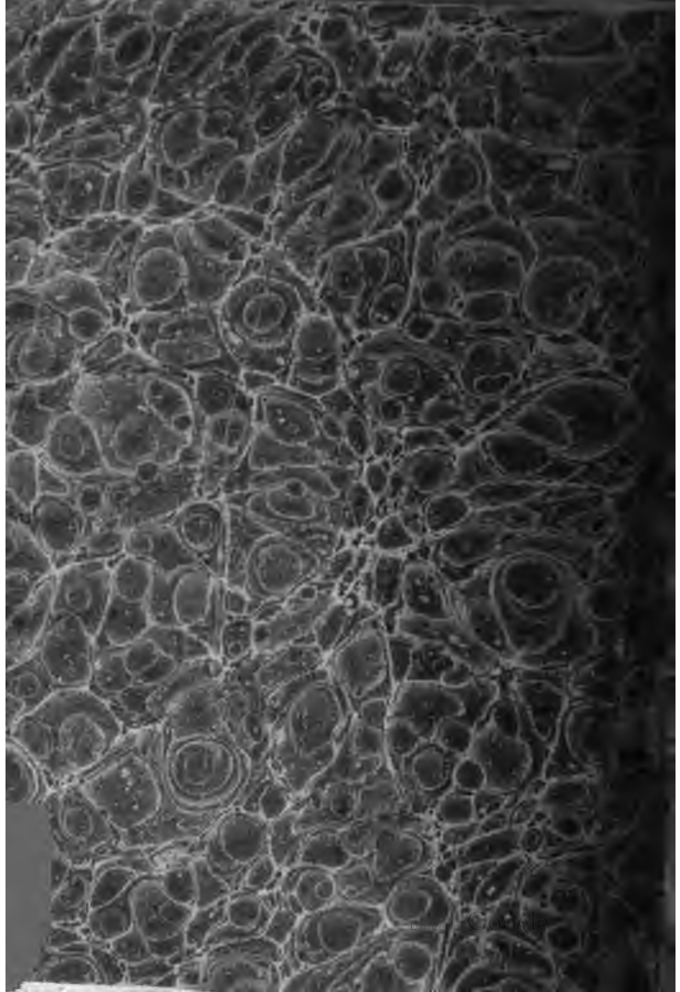
lixa curiosidad, que mas parecian estrellas que aves: llevaban muchos atados al pie pequeños ramilletes de flores; de modo, que vencidos de su peso cayeron sobre el sitial de Diana y estrado de las damas; en cuyas manos cambiaron la libertad por tan dulces prisiones. Apareció luego en medio del cristalino globo el Dios de Amor, que lo representaba el Marques Pompeyo, primo de Diana, niño de pocos años, gallardo, ayroso y entendido. Baxó á la sala, y con bizarros versos la dió el para bien de su mejor salud, y de que las rosas de su madre volviesen á vivir en la nieve de sus mexillas. Llegóse luego al estrado de Diana, suplicándola que danzase con él. Danzó Diana con tan modesto despejo, que desempeñó los deseos de ver en el decoro de un su-

geto Real juntos la Magestad, la gala y el buen ayre.

Despues de haber danzado, deseosa de pagar discretas esperanzas y corteses deseos de tan lucido concurso de amantes, mandó á Celauro que diese la mano á Nise; que Cesar mereciese la de Flora, y Federico con la de Estela disfrutase acabar sus penas, solo percibidas por paga; y que Narcisa estimase las finezas de Camilo, desdichadas por entendidas, y desdeñadas por verdaderas. Lograron con esta felicidad sus esperanzas, que siendo de palacio, sola la discrecion de Diana pudo quitarles lo eterno. Llegaron las damas y caballeros á darla la enorabuena de su salud, y del gusto que mostraba; estimando Diana con apacible cariño la fe de los deseos de servirla;

dando con estos parabienes alegre fin á tan celebradas auroras, viendo conseguido el que todos tuvieron de festejarla y divertirla de lo penoso de un achaque, y lo melancólico de una convalecencia.

FIN.




UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 06290 4977

